



FACULTAD DE TEOLOGÍA

INSTITUTO UNIVERSITARIO DE ESPIRITUALIDAD

“LIBRES QUIERE DIOS A SUS ESPOSAS” (Cta. 451, 8)
LA LIBERACIÓN INTERIOR EN SANTA TERESA DE JESÚS

TESINA PARA LA OBTENCIÓN DEL GRADO DE LICENCIA

ALUMNO: NGUYEN QUACH TIEN, O.C.D.

DIRECTOR: PROF. DR. JUAN ANTONIO MARCOS, O.C.D.

Madrid, junio de 2018



FACULTAD DE TEOLOGÍA

INSTITUTO UNIVERSITARIO DE ESPIRITUALIDAD

“LIBRES QUIERE DIOS A SUS ESPOSAS” (Cta. 451, 8)
LA LIBERACIÓN INTERIOR EN SANTA TERESA DE JESÚS

TESINA PARA LA OBTENCIÓN DEL GRADO DE LICENCIA

ALUMNO: NGUYEN QUACH TIEN, O.C.D.

DIRECTOR: PROF. DR. JUAN ANTONIO MARCOS, O.C.D.

Madrid, junio de 2018

Visto bueno del profesor:

PROF. DR. JUAN ANTONIO MARCOS, O.C.D.

ÍNDICE

SIGLAS Y ABREVIATURAS	9
INTRODUCCIÓN GENERAL.....	11
1. JUSTIFICACIÓN Y RELEVANCIA DEL TEMA	11
2. OBJETIVO Y ESTRUCTURA	12
3. MÉTODO Y DELIMITACIÓN DE FUENTES.....	14
4. ACLARACIÓN DE TÉRMINOS.....	15
CAPÍTULO I	19
EN BÚSQUEDA DE LA VERDAD	19
1. DIGNIDAD DEL HOMBRE.....	20
1.1. Creado a imagen y semejanza de Dios.....	21
1.2. Herido por el pecado.....	24
2. MENTIRA DEL MUNDO.....	27
2.1. Los puntos de honra negra	28
2.2. Los dineros y bienes materiales	32
2.3. Características del mundo	34
3. REALIDAD DEL DEMONIO.....	35
3.1. Naturaleza del demonio	36
3.2. Estrategias del demonio	38
3.3. Objetivos del demonio	38
4. VERDAD DE DIOS	40
4.1. Dios de la historia, de la grandeza	40
4.2. Dios de las misericordias	41
4.3. Dios de fidelidad, espera y perdón.....	41
5. CONCLUSIÓN.....	44
CAPÍTULO II	47
HACIA LA LIBERTAD	47
1. LAS LECTURAS TERESIANAS	48
1.1. Las Escrituras.....	49
1.2. Los Padres de la Iglesia.....	55
1.3. Los autores medievales y de su tiempo.....	59
2. EL ACOMPAÑAMIENTO ESPIRITUAL	62
2.1. El magisterio oral de los letrados	63
2.2. Las amistades con las personas espirituales.....	65
3. LA ORACIÓN CONTEMPLATIVA	68

3.1. Aventura hacia la interioridad.....	69
3.2. Fuerza liberadora.....	74
3.3. Jesucristo, el único maestro y libertador.....	76
4. CONCLUSIÓN.....	81
CAPÍTULO III.....	85
LA LIBERTAD EN PLENITUD.....	85
1. EL HOMBRE DESASIDO.....	86
1.1. Del mundo exterior.....	86
1.2. De uno mismo.....	93
1.3. Del demonio.....	95
2. EL HOMBRE HUMILDE.....	98
2.1. Para alcanzar, obedecer y vivir la verdad.....	99
2.2. Las facetas de la humildad verdadera.....	100
3. EL HOMBRE AMOROSO.....	103
3.1. Esclavos de Dios.....	104
3.2. Al servicio del otro.....	106
4. CONCLUSIÓN.....	109
CONCLUSIÓN GENERAL.....	111
BIBLIOGRAFIA.....	117
FUENTES PRIMARIAS Y SUSIDIARIAS.....	117
LIBROS.....	117
OBRAS COLECTIVAS.....	119
ARTÍCULOS DE REVISTAS.....	120
RECURSOS DE WEB.....	121

SIGLAS Y ABREVIATURAS

Si no se hace constar expresamente otra cosa, los textos teresianos en este trabajo serán tomados de Teresa de Jesús (Santa). *Obras Completas*. 15ª ed. Burgos: Monte Carmelo, 2009.

C -----Camino de Perfección (CE = Camino de perfección, autógrafo de El Escorial;
CV = Camino de perfección, autógrafo de Valladolid)

CC -----Cuentas de Conciencia.

E -----Exclamaciones

F-----Fundaciones.

M-----Moradas (1M, 2M...Primeras Moradas, Segundas Moradas. 7M 4, 8: Séptima morada, capítulo 4, número 8).

P-----Poesías.

MC-----Meditación de los Cantares.

R -----Relaciones.

V -----Libro de la Vida.

Cta. -----Cartas

Const -----Constituciones

GS -----Gaudium et Spes

DV -----Dei Verbum

GE -----Gaudete et Exsultate

La manera de citar las obras de la Santa será libro, capítulo y párrafo: V 8, 18: Vida, capítulo 8, párrafo 18.

En las citas de las Cartas seguimos la numeración de la edición de Monte Carmelo, Burgos 1998.

INTRODUCCIÓN GENERAL

La liberación interior según Santa Teresa de Jesús es el tema de nuestra investigación. Empezamos nuestro estudio con una introducción general que consiste en cuatro puntos. En el primer punto hablaremos de la justificación y relevancia de nuestro tema. En el segundo punto apuntaremos los objetivos de nuestro trabajo y su estructura. Seguimos indicando el método que utilizaremos y la delimitación de fuentes en el tercer punto. Finalmente, y para poner cierre a esta introducción general, aclararemos los términos del título de nuestro trabajo.

1. JUSTIFICACIÓN Y RELEVANCIA DEL TEMA

Puesto que somos creados por Dios por amor y conservados siempre por amor, nuestro corazón está inquieto mientras no descanse en Él¹. Por consiguiente, existe en nosotros un deseo intenso y fuerte de entregarnos a Él y a los que nos rodean libremente para vivir en plenitud y para ser verdaderamente humanos. Así lo afirma el Concilio Vaticano Segundo: “El hombre, la única creatura terrestre a la que Dios ha amado por sí misma, no puede alcanzar su propia plenitud si no es en la entrega sincera de sí mismo a los demás” (GS 24). No hay duda de que, en toda relación del amor, de entrega, para que esta sea auténtica, es necesaria una entrega sin reservas. Ello sólo es posible en la medida en que la persona es libre. Para poder amar la persona antes ha de sanarse y liberarse de aquello que la estorba y la impide entregarse en libertad y totalidad. Esta es la convicción de santa Teresa de Jesús: “Un alma apretada no puede servir bien a Dios” (Cta. 376, 3). La esclavitud le impide al hombre compartir el gran tesoro guardado con los demás: “Muchas veces me parecía como quien tiene un gran tesoro guardado y desea que todos gocen de él, y le atan las manos para distribuirle; así me parecía estaba atada mi alma” (F 1, 6). Entonces, podemos decir que el amor y la libertad son los aspectos fundamentales del hombre. Libertad y donación de sí se presentan sinónimos. También son los elementos sustanciales de la experiencia y doctrina teresiana.

Sin embargo, al mismo tiempo, como santa Teresa de Jesús, nos sentimos atados a muchas cosas tanto del mundo como de nosotros mismos. Existen en nosotros “condicionamientos y ataduras que nos mantienen instalados en mediocridad espiritual”² y nos impiden entregarnos a Dios y al prójimo como lo confiesa santa Teresa: “Cuán atada me veía para no me determinar jamás a darme del todo a Dios” (V 9, 8). En consecuencia, “ni yo gozaba de Dios ni traía contento en el mundo. Cuando estaba en los contentos del mundo, en acordarme lo que debía

¹ Cfr. San Agustín, *Confesiones* 1, 1, 1; GS 19.

² Eulogio Pacho, *Estudios Carmelitanos* (Burgos: Editorial Monte Carmelo, 1998), 133.

a Dios era con pena; cuando estaba con Dios, las aficiones del mundo me desasosegaban” (V 8, 2). En la experiencia de la Santa, el hombre que vive bajo la esclavitud sufre mucho: “¡Oh, qué sufre un alma, válgame Dios, por perder la libertad que había de tener de ser señora y qué de tormentos padece!” (V 9, 8).

De ahí que la libertad sea algo tanpreciado y deseado por santa Teresa de Jesús (cfr. F 5, 7; R 64). Por tanto, la procuraba la Santa con tan gran fuerza que le costaba hartode su salud (cfr. V 24, 8). Por eso, les exhortaba a sus monjas carmelitas: “Libres quiere Dios a sus esposas, asidas a solo Él” (Cta. 451, 8). “No consintamos, oh hermanas, que sea esclava de nadie nuestra voluntad, sino del que la compró por su sangre” (CV 4, 8). Y le pide a Dios con mucha insistencia: “Vosotras, hijas, pedid como os pareciere; yo no le hallo viviendo, y así pido al Señor que me libre de todo mal para siempre. ¿Qué hallamos en esta vida, hermanas, pues carecemos de tanto bien, y estamos ausentes de él? Libradme, Señor, de esta sombra de muerte, libradme de tantos trabajos, libradme de tantos dolores, libradme de tantas mudanzas, de tantos cumplimientos como forzado hemos de tener los que vivimos, de tantas, tantas, tantas cosas que me cansan y fatigan” (CE 72, 4).

Hoy en día ese deseo de ser libre está muy de actualidad y necesario si queremos vivir de veras como seres humanos³. Además, para los creyentes, como dice uno de los padres de la Iglesia: “En razón de su libertad, el hombre es igual a Dios”⁴. Es por eso que la necesitamos, la defendemos y la procuramos como lo hizo santa Teresa y hoy en día nos invita a “andar con una santa libertad”, ni “encogidos” ni “apretados” (CV 41, 5). A primera vista, parece una tarea imposible de cumplir viviendo en una sociedad tan marcada por el egoísmo, por la posesión del otro o la acumulación de cosas. Sin embargo, con nuestros esfuerzos propios y con ayuda de la gracia divina, conseguiremos la “santa libertad de espíritu” (CV 10, 1) y llegaremos a ser “señores de todas las cosas del mundo” (CV 19, 4) al final de nuestro camino.

2. OBJETIVO Y ESTRUCTURA

Nuestro trabajo intenta responder a las siguientes preguntas principales: ¿qué nos esclaviza?, ¿qué es lo que nos impide, nos aleja de entregarnos totalmente a Dios y a nuestro prójimo?, ¿quién nos librará de nuestra esclavitud para que podamos entregarnos libremente a aquel Amor que nos amó tanto que ha dado a su Hijo unigénito (cf. Juan 3, 16), y también a

³ Así se dice en el preámbulo de la Declaración Universal de Derechos Humanos: “La libertad, la justicia y la paz en el mundo tienen por base el reconocimiento de la dignidad intrínseca y de los derechos iguales e inalienables de todos los miembros de la familia humana”.

⁴ San Gregorio de Nisa, *Discurso sobre la muerte*, PG 46, 524.

entregarnos a nuestros hermanos que nos rodean?, ¿cómo alcanzamos la libertad interior?, ¿qué es lo que constituye la esencia de nuestra liberación?, ¿cómo vive el hombre libre? Lo hacemos con la ayuda de la experiencia y enseñanza de santa Teresa de Jesús, estudiando su experiencia y analizando sus escritos. Es sin duda que santa Teresa de Jesús fue una mujer liberada. Tiene mucho que decirnos sobre esta cuestión de la libertad interior.

A través de sus escritos, santa Teresa de Jesús nos enseña que lograr la libertad verdadera es un proceso de liberación interior en el que tenemos que trabajar todos los días. “Este proceso hacia la libertad se dirige al interior y al exterior de nosotros y abarca distintos ámbitos de la vida: la familia, nuestro yo, el cuerpo, el dinero, la honra, el querer tener siempre la razón o el pretender disculparnos. La lista reproduce los aspectos señalados por Teresa, pero puede y debe ampliarse en función de nuestra situación personal”⁵ tales como los miedos, las ansiedades en la vida diaria, etc. Veremos que se preocupa santa Teresa directamente de enseñar una táctica segura para eliminar las opresiones que en la tradición de la espiritualidad cristiana proceden de uno mismo, del mundo y del demonio que esclavizan al hombre en un plano humano y espiritual, impidiéndole o coartándole la libertad necesaria para luchar por la liberación de sí mismo y de los demás para vivir con plenitud la vida humana.

Veremos que este proceso comienza con el conocimiento de nuestra dignidad como hijos de Dios creados a su imagen y semejanza, también de nuestras esclavitudes, nuestras opresiones, es decir la parte oscura de nuestro ser causada por el pecado, el de Adán y el de nosotros mismos. En este proceso de liberación juegan un papel importante las realidades del mundo y del demonio. Sin embargo, según la Santa, hemos de tener en cuenta el hecho de que no es posible conocer la verdad de uno mismo, la verdad del mundo y la verdad del demonio sino a la luz de Dios desde el inicio del camino de oración hasta al final (cfr. 1M 2, 9; 6M 10). El conocimiento de la realidad de nosotros mismos, del mundo, del demonio nos ayudará en este proceso de liberarnos de nuestras esclavitudes. Como nos dice Jesús: “La verdad os hará libres” (Jn 8, 32). La Santa nos enseña que sólo el hombre que busca, halla, y obedece a la verdad es realmente libre. En este camino de conocer la verdad, la de nosotros, la del mundo, la del demonio y la de Dios, el Espíritu Santo es el que nos llevará a la plenitud de la verdad. Por tanto, es obra del Espíritu Santo (cfr. 2M 11). Este proceso de liberación interior se realiza, se alcanza o se culmina últimamente en el encuentro con Dios, en la unión y la obediencia a la voluntad de Dios a través de Jesucristo que habita en lo hondo de nuestra alma en una

⁵ Antonio Mas Arrondo, *Acercar el cielo. Itinerario espiritual con Teresa de Jesús* (Santander: Sal Terrae, 2004), 84-85.

experiencia personal e intransferible (cfr. V 40, 5) como lo confiesa la Santa: “Sea Dios bendito por siempre, que en un punto me dio la libertad que yo, con todas cuantas diligencias había hecho muchos años había, no pude alcanzar conmigo” (V 24, 8).

En cuanto al esquema del trabajo, además de una introducción general y su conclusión, el trabajo tiene tres capítulos principales. El primer capítulo describe la experiencia y la enseñanza de santa Teresa sobre las realidades y las verdades del hombre tanto en sus opresiones como en sus hermosuras por ser creado a imagen y semejanza de Dios, también las del mundo, del demonio y de Dios. El segundo capítulo investiga los medios teresianos para ayudar a alcanzar esas realidades, esas verdades son: las lecturas espirituales, el acompañamiento espiritual, la oración y contemplación. El tercer capítulo describe cómo vive una persona libre que ya ha logrado su liberación interior, es decir, ¿cuáles son los frutos de esa liberación interior? Veremos que el liberado posee un señorío de sí mismo, del mundo y del demonio. Él no vive para sí mismo sino totalmente para entregarse a Dios y a la liberación de los hermanos que están en el mundo. Es obvio que nadie puede comprometerse en la praxis liberadora hasta que consiga su propia plena liberación. Esto lo entendemos en el sentido de que no tenemos que santificarnos para después darnos, sino que es dándonos como nos santificamos.

3. MÉTODO Y DELIMITACIÓN DE FUENTES

El método para llevar a cabo el trabajo será estudiar y analizar los textos teresianos en los cuales santa Teresa habla de su experiencia de libertad y del proceso de liberación interior. Además, utilizaremos también los estudios históricos y literarios para situar los textos en su contexto y ambiente histórico, así como la vida personal de santa Teresa, sus relaciones interpersonales que se reflejan en los textos. Se trata de un estudio transversal de los escritos teresianos teniendo en cuenta como la primaria fuente el *Libro de Vida* de la Santa. Es allí, en el *Libro de Vida*, con los datos cronológicos que constituyen su biografía, donde “puede seguirse el itinerario teresiano de la conquista de su libertad desde la dualidad de una libertad *de algo*, lo que conlleva un proceso de liberación, y una libertad *para algo*, que se manifestará en el compromiso de acción”⁶. Mientras en el Epistolario y el libro de *Las Fundaciones* se

⁶ Ana María López Díaz-Otazu, *Amor y libertad en Teresa de Jesús* (Madrid: Nancea, 1986), 24. Libertad de algo se refiere a la libertad de las ataduras del hombre en todos aspectos de su ser y libertad para algo se refiere a los frutos manifestados en la vida diaria del hombre liberado que son las virtudes de desasimiento, humildad y amor.

pueden constatar profundos niveles de libertad como datos abiertos del proceso de liberación alcanzado⁷.

No pretende nuestro trabajo ofrecer un nuevo descubrimiento de la doctrina de la Santa sobre el tema, sino más bien se trata de un estudio y una síntesis de personal investigación con la ayuda de otros estudios anteriores teniendo en cuenta el hecho de que “Teresa es siempre mucho más. Humanamente inmensa y desmesurada, se escapa al análisis de cualquier disciplina. Y por eso sólo una visión multidisciplinar, asediando su obra y su persona desde diversos enfoques, logrará devolvernos la mejor imagen de la verdadera Teresa, la del siglo XVI, la que, por ser ya un clásico de la literatura española, conversará siempre su vigencia, desarrollando en cada época unas potencialidades nuevas”⁸. Pero lograr aplicar todas las disciplinas a este trabajo, en cierto sentido supera la capacidad del autor y la naturaleza y el alcance de este trabajo.

4. ACLARACIÓN DE TÉRMINOS

Antes de emprender nuestra investigación, es necesario que aclaramos el sentido de los términos “liberación interior”. En el ámbito de teología de liberación, la liberación como se entiende por lo general abraza elementos y aspectos de muy diversa índole: elementos humanos y cristianos, aspectos materiales y espirituales, esfuerzos personales e iniciativas colectivas. En nuestro trabajo nos enfocamos principalmente en el aspecto cristiano y espiritual. Por lo tanto, liberación “desde un punto de vista cristiano no es sólo cuestión técnica y económica o política. Reducida a un contenido material terminaría a la larga por crear un vacío o una pobreza peores que las del punto de partida. De ahí que no pueda prescindir de la dimensión espiritual, sin olvidar por ello que la autorización del hombre no puede llegar a ser plena sin un mínimo de bienes materiales, pues en ningún caso puede tratarse de una existencia desencarnada”⁹.

Entendido en este sentido, podemos decir que “todo tipo de ‘liberación’ con genuino sentido cristiano implica una determinada postura religiosa; realiza y se realiza en un tipo concreto de espiritualidad, lo que no significa que la liberación, en su sentido más amplio, se reduzca a un sistema teológico ni se limite a un programa definido de vida espiritual. Únicamente se afirma que en su compleja realidad no elimina el aspecto espiritual, incluso cuando se propone en clave no cristiana o se actúa de intento en una dimensión puramente humanista”¹⁰. Entonces,

⁷ Ibid., 66.

⁸ Juan Antonio Marcos, “La prosa teresiana”, en *Introducción a la lectura de santa Teresa*, ed. A. Barrientos (Madrid: Editorial de Espiritualidad, 2002), 325.

⁹ Pacho, *Estudios Carmelitanos*, 118.

¹⁰ Ibid., 113.

nuestro trabajo “en última instancia se trata de encarnar en cada ser humano la liberación conquistada por Cristo. Frente a posturas demasiado unilaterales hay que insistir en este dato capital: la liberación sólo tiene sentido cristiano y espiritual si se pone en relación o dependencia de la redención y de la salvación de todos y cada uno de los hombres”¹¹. En resumen, liberación interior significa, en términos cristianos, la reconciliación con Dios del hombre caído, dominado por el mal y oprimido por el pecado realizada por la pasión, muerte y resurrección de Cristo. Es la restauración del plan primitivo de la creación realizada por el misterio pascual de Cristo. Dicho con otras palabras, es la plenitud de la redención del hombre en Cristo: “Si el Hijo os da la libertad seréis realmente libres (Jn 8, 36); “Cristo nos ha liberado para la libertad” (Gal 5, 1).

“La libertad, que en el NT nunca tiene el sentido de la libertad civil (fundamento romano de la dignidad humana), no se define por la independencia ni por el dominio de sí, sino por el hecho de ser hijos de Dios. Esta libertad espiritual ha sido conquistada por Cristo y comunicada por el Espíritu; nos hace libres del juicio ajeno. Esta es la ley regia de la libertad del creyente, palabra divina plantada en él. El estado del hombre libre se define, según el NT y el concepto ordinario, por oposición al concepto de esclavo. Pero, contrariamente a la mentalidad política o estoica, el hombre no nace libre, sino esclavo de la corrupción. No puede hacerse libre por el conocimiento ni por ningún otro tipo de iniciación en las religiones místicas ni por rito alguno. Está esclavizado a las potencias del mal, el pecado y la muerte; no puede librarse de ellas por sí mismo, sino que, sin el Espíritu, se encuentra fatalmente abocado a la muerte. Sólo Cristo puede hacernos libres, no para que seamos independientes del Liberador, sino para que, liberados de la ley, del pecado y de la muerte, nos hagamos esclavos de Jesucristo y hermanos suyos y lleguemos así a la justicia y a la santidad”¹².

En pocas palabras, podríamos decir que, “la liberación se produce, entonces, por un cambio de dominio: del señorío esclavizante de todo lo que hayamos convertido en falsos señores, al señorío del Señor de la libertad”¹³.

Veremos que santa Teresa cuando habla de la opresión o de la esclavitud se refiere habitualmente a la de índole espiritual. “En tal sentido, para ella, esclavos son los ricos dominados por el ansia de bienes materiales. Su pena desgarradora por los millones de indios que se pierden (cfr. F 1, 7) está también en relación directa al aspecto espiritual; sólo de manera

¹¹ Ibid., 118.

¹² X. Léon-Dufour, *Diccionario del Nuevo Testamento* (Madrid: Cristiandad, 1977), 282.

¹³ Rómulo H Cuartas Londoño, “Libertad y liberación en la experiencia mística de san Pablo y de santa Teresa”, en *Libertad y liberación en la experiencia mística*, ed. R. H. Cuartas Londoño (Ávila: CITEs, 2010), 146.

indirecta al humano o temporal”¹⁴. Veremos que la Santa se preocupa de todo lo que concierne al proceso continuo y constante de liberación que el hombre creyente ha de establecer para lograr vivir, no bajo las cosas esclavizantes, sino en la libertad de los hijos de Dios.

¹⁴ Pacho, *Estudios Carmelitanos*, 121.

CAPÍTULO I

EN BÚSQUEDA DE LA VERDAD

Como ya hemos dicho en la introducción, el proceso de liberación interior comienza con el conocimiento y conciencia de las verdades de nuestro ser, del mundo en el que vivimos, del demonio y de Dios. No habría discusión si afirmamos con el conocido teresianista, Tomás Álvarez que Santa Teresa de Jesús es una buscadora de verdad, necesitada de “andar en verdad” (6M 10, 7). Es una persona de llaneza y claridad. Tiene conciencia de poseer un “natural de aborrecer el mentir” (V 40, 4). Es una persona refractaria a la mentira y a todo cuanto lleve resabios de mentira. Para ella, conocer la verdad y vivirla nos hará libres como nos lo declara Jesús¹⁵. También el apóstol Santiago dice que “nos engendró por su propia voluntad, con palabra de verdad, para que fuésemos las primicias de sus criaturas” (St 1, 18). Pues hay una íntima relación que se da entre la verdad y la libertad. Porque quien busca la verdad busca a Dios y quien halla la verdad halla a Dios y le da Dios la libertad. Además “si no conocemos que recibimos, no despertamos a amar” (V 10, 4). Así lo afirma Maximiliano Herráiz: “la libertad podría muy bien presentarse como el coronamiento de la verdad en que se anda y del amor en que se vive”¹⁶; “la libertad e hija del día, fruto de la verdad. La lucha por la libertad se plantea desde el conocimiento de la entera realidad, pues toda realidad solicita y atañe al hombre”¹⁷. Con santa Teresa, en este capítulo vamos a descubrir y conocer la verdad de las tres realidades tradicionales de la espiritualidad cristiana, a saber, del nuestro ser, del mundo, del demonio. Pero la verdad de estas tres realidades solamente se conoce a la luz de las verdades de Dios. Es que “Teresa contempla la realidad entera anegada por completo en Dios. En sus escritos podemos encontrar afirmaciones como ésta: ‘Se le descubre (al alma) cómo en Dios se ven todas las cosas y las tiene todas en sí’”¹⁸.

Veremos en el primer apartado de este capítulo que “en Teresa descubrimos subrayas las dos vertientes de la comprensión teologal del hombre: por un lado, la propia miseria, y por el otro la altísima vocación a la que el hombre ha sido llamado desde su creación y el gran amor que Dios le tiene. Son como las dos caras de una misma moneda, o como las dos ruedas de la

¹⁵ Tomás Álvarez, “Verdad”, en *Diccionario de Santa Teresa de Jesús*, dir. Tomás Álvarez (Burgos: Monte Carmelo, 2000), 1379.

¹⁶ Maximiliano Herráiz García, *Solo Dios basta. Claves de la espiritualidad teresiana* (Madrid: Editorial de Espiritualidad, 2000), 5: 351.

¹⁷ *Ibid.*, 354.

¹⁸ Secundino Castro, “Teología teresiana del mundo”, *Revista de Espiritualidad* 40 (1981), 387.

bicicleta”¹⁹. Miseria y grandeza son las realidades que forman parte de la verdad de lo que somos. En el segundo apartado, veremos que, en el pensamiento teresiano, el mundo es las leyes del mundo: “Es grandísimo [bien] verse libre de los cansancios y leyes del mundo” (F 10, 9). ¿Cuáles son? En el libro de Vida 20, 24-28, hace Santa Teresa una fuerte crítica de dos categorías o dos valores mundanos que deben ser desfondados para la liberación y formación del hombre espiritual. Son, por este orden, los puntos de honra y los dineros. Superar esa doble tiranía es absolutamente necesario para llegar a la libertad de espíritu, que ella califica de “señorío para el alma” (V 38, 4). En el tercer apartado, veremos que, en la experiencia de santa Teresa, hay que tener mucho cuidado con el demonio. Es uno de los enemigos más astutos del hombre en la vida espiritual. Es el padre de mentira. En el cuarto apartado, descubrimos que Dios es en sí mismo verdad, “y es sin principio ni fin, y todas las demás verdades dependen de esta verdad, como todos los demás amores de este amor, y todas las demás grandezas de esta grandeza” (V 40, 4).

1. DIGNIDAD DEL HOMBRE

Sabemos que la libertad es parte constitutiva de nuestra condición de imagen y semejanza de Dios, de nuestra identidad de ser hijos de Dios. Sin embargo, muchas veces no somos conscientes de esto. Hay un deficiente conocimiento de nosotros mismos, con el correspondiente deterioro de la conciencia y el aprecio de nuestra propia identidad y dignidad²⁰. Así que el hombre “se tiene en tan poco procurar con todo cuidado conservar su hermosura: todo se nos va en la grosería del engaste o cerca de este castillo, que son estos cuerpos” (1M 1, 2). Por tanto, podemos decir que lo primero que nos esclaviza es nuestra ignorancia de nuestra identidad y dignidad. Así lo afirma santa Teresa: “No es pequeña lástima y confusión que, por nuestra culpa, no entendamos a nosotros mismos ni sepamos quién somos. ¿No sería gran ignorancia, hijas mías, que preguntasen a uno quién es, y no se conociese ni supiese quién fue su padre ni su madre ni de qué tierra?” (1M 1, 1). En consecuencia, afirma el teólogo alemán Jürgen Moltman que “el hombre influye en los demás mucho menos con sus palabras y acciones que con su existencia y modo de ser, pero no lo quiere reconocer. Solamente quien se ha encontrado a sí mismo puede entregarse a los demás”²¹.

¹⁹ Francisco Javier Sancho Fermín, “El conocimiento de sí en la meditación teresiana”, en *La meditación teresiana*, ed. F.J. Sancho Fermín (Ávila: CITEs, 2012), 77.

²⁰ Cuartas, “Libertad y liberación en la experiencia mística de san Pablo y de santa Teresa”, 6.

²¹ Citado por Francisco Javier Sancho Fermín, “El conocimiento de sí en la meditación teresiana”, en *La meditación teresiana*, ed. F.J. Sancho Fermín (Ávila: CITEs, 2012), 59.

En este apartado, nos va a ayudar santa Teresa a responder a la pregunta fundamental para que podamos entender nuestra identidad de hijos y apreciar nuestra gran dignidad y hermosura de ser hijos de Dios: ¿quién es el hombre para Teresa? Es una pregunta básica y fundamental en el proceso de liberación interior en santa Teresa. Es que “la liberación es inconcebible en la visión teresiano-sanjuanista si no es a partir de una postura sobrenatural afianzada en profunda vida teologal. Vale tanto para el cristiano comprometido en la tarea de emancipación de sus hermanos como para el término final a que debe conducir a éstos”²².

1.1. Creado a imagen y semejanza de Dios²³

Si leemos a santa Teresa con mucho cuidado y atención, podemos decir que “el hombre es objeto de observación minuciosa con curiosidad femenina e introspección continua. [Con sus genuinas intuiciones] Teresa llega a lo profundo de ‘sí misma’ para saber su verdad y la verdad del hombre; ha practicado el socrático ‘conócete a ti mismo’”²⁴. Usa muchas imágenes y símbolos para expresar su observación sobre las realidades, las verdades del hombre tales como el jardín con fuente y pozo, el castillo de múltiples moradas habitado por un Huésped misterioso, el camino, el gusano, el diamante y la crisálida, esposa, amigo, etc. Para ella, la primera verdad es que somos hijos de Dios creados a su imagen y semejanza. Por eso, el hombre tiene una vocación altísima y una dignidad grandísima:

“Considerar nuestra alma como un castillo todo de un diamante o muy claro cristal, adonde hay muchos aposentos, así como en el cielo hay muchas moradas. Que si bien lo consideramos, hermanas, no es otra cosa el alma del justo sino un paraíso adonde dice Él tiene sus deleites. Pues ¿qué tal os parece que será el aposento adonde un Rey tan poderoso, tan sabio, tan limpio, tan lleno de todos los bienes se deleita? No hallo yo cosa con que comparar la gran hermosura de un alma y la gran capacidad; y verdaderamente apenas deben llegar nuestros entendimientos, por agudos que fuesen, a comprenderla, así como no pueden llegar a considerar a Dios, pues Él mismo dice que nos crió a su imagen y semejanza” (1M 1, 1).

Vemos en el párrafo que acabamos de citar que, respecto a la altísima vocación y la grandísima dignidad del hombre, “Teresa parte del principio, fruto de su propia experiencia, de que Dios habita en el centro del alma (cfr. V 40, 6; C 28, 2.11); que no estamos huecos, sino que estamos

²² Pacho, *Estudios Carmelitanos*, 125.

²³ Véase un buen estudio de Ezequiel García Rojo, “La interioridad en Santa Teresa de Jesús”, *Revista de Espiritualidad* 75 (2016): 189-217.

²⁴ Tomás Álvarez, “Honra”, en *Diccionario de Santa Teresa de Jesús*, dir. Tomás Álvarez (Burgos: Monte Carmelo, 2000), 759.

habitados ni más ni menos que por el Infinito. Teresa, es por eso una gran humanista, que vive convencida de la gran dignidad del ser humano, que es imagen y semejanza del mismo Dios”²⁵. Somos hijos de Dios con una dignidad grande, colmada de valores y belleza (cfr. 1M 1, 1.2) con plenitud, anchura y grandeza (cfr. M 1, 2, 8), “capaz para gozar de Su Majestad como el cristal para resplandecer en él el sol” (1M 2, 1). En nosotros mismos están grandes secretos que no entendemos (cfr. 4M 2, 5; V 38, 2-7). En nuestro interior, ya hemos recibido en prenda el reino de Dios: “Así, en el camino espiritual de las quintas moradas, Dios nos ha dado ya en prenda el reino futuro dentro de nosotros mismo, convirtiendo la tierra en cielo, y nos ha entregado también a su Hijo Jesucristo. Hemos encontrado el tesoro del que habla el Evangelio”²⁶. En nosotros está el cielo. A percatarse esta verdad ha de llagar el hombre si es que quiere alcanzar su plenitud²⁷. Por lo tanto, es importante que sepamos que somos hijos de Dios tan queridos por Él, siempre llamados a la comunión íntima con Él. En consecuencia, el hombre está capacitado para recibir la comunicación de Dios, por ser un castillo habitado por el mismo Dios y por haber sido creado a su imagen. Está llamado a entrar en el castillo, en sí mismo, huyendo de la periferia y de la vida superficial para descubrir la importancia de la creación a imagen y semejanza de Dios. Es que hay una incompatibilidad del Dios cristiano con otros dioses menores, en especial la riqueza²⁸. Dios sigue llamando de incontables maneras al hombre a entrar en el diálogo, en la amistad para disfrutar de intimidad con su Creador a pesar de sus fallos, caídos y pecados:

“Así éstos entienden los llamamientos que les hace el Señor; porque, como van entrando más cerca de donde está Su Majestad, es muy buen vecino, y tanta su misericordia y bondad, que aun estándonos en nuestros pasatiempos y negocios y contentos y baraterías del mundo, y aun cayendo y levantando en pecados (porque estas bestias son tan ponzoñosas y peligrosa su compañía y bulliciosas que por maravilla dejarán de tropezar en ellas para caer), con todo esto, tiene en tanto este Señor nuestro que le queramos y procuremos su compañía, que una vez u otra no nos deja de llamar para que nos acerquemos a Él” (2M 1, 2).

“En esta línea Teresa insiste sobre la necesidad de creer que por mucho que el hombre peque, nunca pierde su dignidad y Dios no se aparta de él. Lo contrario es fruto de la situación interior en que se encuentra el hombre manchado por el pecado o ciego por su ignorancia. Dice Teresa: ‘La fuente y aquel sol resplandeciente que está en el centro del alma no pierde su resplandor y

²⁵ Sancho, “El conocimiento de sí en la meditación teresiana”, 63.

²⁶ Mas, *Acercar el cielo*, 144.

²⁷ Sancho, “El conocimiento de sí en la meditación teresiana”, 82.

²⁸ Mas, *Acercar el cielo*, 47.

hermosura que siempre está dentro de ella, y cosa no puede quitar su hermosura' (1M 2, 3). Sin duda, resulta consoladora esta afirmación teresiana que, intencionalmente escribe para evitar a los otros el caer en uno de los grandes peligros – que por no conocer – supuso un freno y un sufrimiento constante en su camino oracional²⁹:

“Acaecióme a mí una ignorancia al principio, que no sabía que estaba Dios en todas las cosas. Y como me parecía estar tan presente, parecíame imposible. Dejar de creer que estaba allí no podía, por parecerme casi claro había entendido estar allí su misma presencia. Los que no tenían letras me decían que estaba sólo por gracia. Yo no lo podía creer; porque, como digo, parecíame estar presente, y así andaba con pena. Un gran letrado de la Orden del glorioso Santo Domingo me quitó de esta duda, que me dijo estar presente, y cómo se comunicaba con nosotros, que me consoló harto” (V 18, 15).

Además, tenemos que ser conscientes de nuestras cualidades, por ejemplo, en el caso de Teresa, querida por todos. La santa es consciente de ser hermosa y discreta; no de ser “santa”. No se cree tal, y cuando le llega ese rumor, no lo soporta³⁰. Así escribe desde Sevilla a María Bautista en Valladolid el 28 de agosto 1575:

“Y una de las cosas que me hace estar aquí contenta [lejos de los ambientes castellanos] y ha de hacer estar más, es que no hay memoria de esa farsa de santidad que había por allá [por Castilla], que me deja vivir y andar sin miedo que esa torre de viento había de caer sobre mí ... que ya ha pasado tanto tiempo sin verla” (Cta. 88, 12).

Este conocimiento de uno mismo y esta toma de conciencia de nuestra identidad y dignidad de ser hijos creados a su imagen y semejanza es sumamente importante en el proceso de liberación y consecuentemente en la entrega de amor a los otros. Es que nadie puede dar lo que no tiene o lo que no sabe que tiene. “¿Cómo aprovechará y gastará con largueza el que no entiende que está rico?” (V 10, 6), dice la Santa. Del hecho de ser creado a imagen y semejanza de Dios podemos deducir que ser hombres de veras, es decir, ser libres de verdad, “es vivenciar con hondura y extremosidad la dependencia absoluta de Dios. hacer amorosa, consciente y responsable, por elección y vocación, lo que ontológicamente se es: criatura, necesitada y dependiente de Dios para vivir”³¹.

²⁹ Sancho, “El conocimiento de sí en la meditación teresiana”, 82.

³⁰ Álvarez, “Verdad”, 1380.

³¹ Herráiz, *Solo Dios basta*, 356.

1.2. Herido por el pecado

Respecto a la propia miseria del hombre, la verdad es que somos hijos de Adán con las consecuencias del pecado original, es decir, nuestras debilidades, límites, deficiencias y pecados. Según la Santa, el pecado original que se llama por ella el primer pecado nos hace mucho daño y “de aquí me parece nos vino ser incapaces de gozar tanto bien en un ser” (V 30, 16). Por lo tanto, “somos tan miserables y tan inclinados a cosas de tierra” (V 10, 6; 19, 2; 1M 2, 10), “a lo peor que a lo mejor” (V 2, 3), “sujeta a muchas caídas” (V 37, 5). En la experiencia de la Santa, el alma está “tan metida en cosas del mundo y tan empapada en la hacienda u honra o negocios -como tengo dicho- que, aunque en hecho de verdad se querría ver y gozar de su hermosura, no le dejan, ni parece que puede descabullirse de tantos impedimentos” (1M 2, 7). Sobre esto, Teresa nos da el propio testimonio de su vida pecadora que está “llena de infidelidades”, especialmente en los años antes de su conversión en 1554. Se ve a sí misma como “esta pobre miserable” (7M 4, 16). A causa de este primer pecado, su debilidad es más fuerte que su esfuerzo por ser fiel y por darse a la oración y nos confiesa que se deja llevar por el mundo (cfr. V 5, 1), “no había fuerzas en mi alma para salvarse, si su Majestad con tantas mercedes no se las pusiera” (V 18, 5):

Pasaba una vida trabajosísima, porque en la oración entendía más mis faltas. Por una parte me llamaba Dios; por otra, yo seguía al mundo. Dábanme gran contento todas las cosas de Dios; teníanme atada las del mundo. Parece que quería concertar estos dos contrarios -tan enemigo uno de otro- como es vida espiritual y contentos y gustos y pasatiempos sensuales. En la oración pasaba gran trabajo, porque no andaba el espíritu señor sino esclavo; y así no me podía encerrar dentro de mí (que era todo el modo de proceder que llevaba en la oración) sin encerrar conmigo mil vanidades. Pasé así muchos años, que ahora me espanto qué sujeto bastó a sufrir que no dejase lo uno o lo otro. Bien sé que dejar la oración no era ya en mi mano, porque me tenía con las suyas el que me quería para hacerme mayores mercedes (V 7, 17).

Además, queremos más la mentira que la verdad (cfr. CV 42, 4); siempre andamos llenas de culpas (cfr. CV 15, 4); llevamos una doble vida y engañamos a la gente “porque en lo exterior tenía buenas apariencias” y “me tuviesen en buena opinión” (V 7, 1). Somos débiles, flacos y prontos al mal, especialmente las mujeres (cfr. V 23, 13; 4M 3, 11). Dada esta condición del hombre caído, tan inclinado a cosas bajas, tan poco de amor y ánimo y tan pronto a recaer en sus pecados (cfr. CV 33, 2; Cta. 294, 8), aunque es una persona de “la mucha penitencia y oración y viglias” (4M 3, 11), el hombre sigue condicionado por inclinaciones y tensiones que pueden apartarle del bien real encerrándole en sus pretensiones egoístas: “Porque este cuerpo

tiene una falta, que mientras más le regalan, más necesidades descubre” (CV 11, 2). En consecuencia, se siente fatiga “de verse sujeta a tantos inconvenientes y embarazos y atadura como trae el estar en la cárcel de este cuerpo” (CV 32, 13).

Otra verdad es que el hombre herido tiende a inclinarse a sus opiniones propias, a ser egoístas. Por eso, advierte a sus hermanas: “Muchas veces os lo digo, hermanas, y ahora lo quiero dejar escrito aquí, porque no se os olvide, que en esta casa, y aun toda persona que quisiere ser perfecta, huya mil leguas de ‘razón tuve’, ‘hiciéronme sinrazón’, ‘no tuvo razón quien esto hizo conmigo’” (CV 13, 1). Es caro y tardío en darse del todo a Dios y pronto en buscar y exigir donaciones (cf. V 11, 1; 5M 1, 4-5).

Además, tiende a ser dependiente de otro, buscar amor propio y desangrarse afectivamente en el amor del otro. Si se acerca al otro es para servirse de ellos. O para exigir la paga a sus servicios. Por eso, es preso del egoísmo y no libre por el amor. Refiriéndose a sus amistades particulares cuando estaba en la Encarnación, confiesa la Santa: “Que como comenzaba a entender que una persona me tenía voluntad, y si me caía en gracia, me aficionaba tanto que me ataba en gran manera la memoria a pensar en él, aunque no era con intención de ofender a Dios; mas holgábame de verle y pensar en él y en las cosas buenas que le veía; era cosa tan dañosa, que me traía el alma harto perdida” (V 37, 4). Este egoísmo y búsqueda del amor propio del hombre viejo también se manifiesta en su vida de oración, en su trato de amistad con Dios. Inicia el camino de la oración en busca de regalos, a la caza de satisfacciones personales. Hace mucho caso a los gustos y consolaciones en la oración. Y se frustra y anda quejoso y triste por falta de consuelos (cfr. V 11, 14). No sabe que “no está el amor de Dios en tener lágrimas ni estos gustos y ternura, que por la mayor parte los deseamos y consolamos con ellos, sino en servir con justicia y fortaleza de ánimo y humildad” (V 11, 14). Para ella, es signo de “imperfección y no andar con libertad de espíritu, sino flacos para acometer” (V 11, 14).

La verdad que da sentido y explicación de todo esto es “no tener cosa buena de nosotros, sino la miseria y ser nada; y quien esto no entiende, anda en mentira” (6M 10, 7). Pero, tenemos que tener en cuenta que “esa ‘nada’ a la que conduce un auténtico conocimiento de sí en el hombre, no ha de confundirse ni con una visión negativa del hombre ni con un desprecio de su ser y vida. Al contrario de cuanto sucede en las corrientes filosóficas existencialistas ateas, la ‘angustia’ a la que conduce una visión seria y auténtica del ser humano, no es el paso hacia el suicidio o el sin-sentido. En los místicos esa nada es la condición necesaria para descubrir la presencia de Dios y suscitar la actitud de abandono en sus manos. Teresa lo expresa diciendo

que ese conocimiento, no sólo nos ayuda a saber quién somos, sino que nos abre los ojos frente a todo lo que gratuitamente recibimos de Dios, y así ‘despertamos a amar’ (cf. V 10, 5)”³².

Por tanto, Teresa es consciente de que por sí misma, no puede salir de la situación pecadora. Necesita la ayuda de la gracia, la misericordia de Dios y la ayuda de los demás, especialmente la del confesor, de las personas espirituales.

Pedidle, hijas mías, que viva Su Majestad en mí siempre; porque si no es así, ¿qué seguridad puede tener una vida tan mal gastada como la mía? Y no os pese de entender que esto es así, como algunas veces lo he visto en vosotras cuando os lo digo, y procede de que quisierais que hubiera sido muy santa, y tenéis razón: también lo quisiera yo; mas ¡qué tengo de hacer si lo perdí por sola mi culpa! Que no me quejaré de Dios que dejó de darme bastantes ayudas para que se cumplieran vuestros deseos; que no puedo decir esto sin lágrimas y gran confusión de ver que escriba yo cosa para las que me pueden enseñar a mí. ¡Recia obediencia ha sido! Plega al Señor que, pues se hace por El, sea para que os aprovechéis de algo porque le pidáis perdona a esta miserable atrevida. Mas bien sabe Su Majestad que sólo puedo presumir de su misericordia, y ya que no puedo dejar de ser la que he sido, no tengo otro remedio, sino llegarle a ella y confiar en los méritos de su Hijo y de la Virgen, madre suya, cuyo hábito indignamente traigo y traéis vosotras (3M 1, 3).

Podríamos decir que es el hombre, no las cosas, quien se hace esclavo o libre. “Son las estructuras íntimas, cordiales, no las externas y ambientales, las que hacen del hombre un esclavo o un ser libre”³³. Ante este estado esclavizante, en la experiencia de la Santa, no puede librarse el hombre hasta que le una Dios a Él completamente en la contemplación y le da aviso al hombre cómo actuar en esta situación:

De una cosa aviso mucho a quien se viere en este estado: que se guarde muy mucho de ponerse en ocasiones de ofender a Dios; porque aquí no está aún el alma criada, sino como un niño que comienza a mamar, que si se aparta de los pechos de su madre, ¿qué se puede esperar de él sino la muerte? Yo he mucho temor que a quien Dios hubiere hecho esta merced y se apartare de la oración, que será así, si no es con grandísima ocasión o si no torna presto a ella, porque irá de mal en peor. Yo sé que hay mucho que temer en este caso, y conozco a algunas personas que me tienen harto lastimada y he visto lo que digo, por haberse apartado de quien con tanto amor se le quería dar por amigo y mostrárselo por obras. Aviso tanto que no se pongan en ocasiones, porque pone mucho el demonio más por un alma de éstas que por muy muchas a quien el Señor no haga estas mercedes; porque le pueden hacer gran daño con llevar otras consigo, y hacer

³² Sancho, “El conocimiento de sí en la meditación teresiana”, 79.

³³ Herráiz, *Solo Dios basta*, 352.

gran provecho, podría ser, en la Iglesia de Dios; y aunque no haya otra cosa sino ver el que Su Majestad las muestra amor particular, basta para que él se deshaga porque se pierdan; y así son muy combatidas y aun mucho más perdidas que otras, si se pierden. (4M 3, 10).

2. MENTIRA DEL MUNDO

Santa Teresa tiene una visión muy realista de la sociedad de su tiempo. Sabe que no se rige por el código de la verdad, sino que la animan las apariencias, el afán de poder. “Por eso el mundo es también enemigo del hombre, a quien no pocas veces invita insistentemente a rechazar la llamada del Evangelio, a cerrarse a la voz amiga de su Señor”³⁴. Entonces para ella, la vida en este mundo es como una cárcel dura y despiadada y está llena de engaños y dobleces: “Cuando pensáis tenéis una voluntad ganada, según lo que os muestra, venís a entender que todo es mentira. No hay ya quien viva, viendo el gran engaño en que andamos” (V 21, 1). “El mundo es mentiroso porque promete al hombre aquello que le roba, la paz interior y la serenidad del alma”³⁵. Por lo tanto, de esta cárcel de vida el hombre quiere y desea verse suelto: “Deseábame morir por no vivir en vida donde no estaba segura si estaba muerta, porque no podía haber muerte más recia para mí que pensar si tenía ofendido a Dios y apretábame esta pena, suplicándole no lo permitiese, toda regalada y derretida en lágrimas” (V 34, 9; cfr. V 20, 25; 36, 9).

¿Cómo se entiende el mundo en el pensamiento de santa Teresa? Ya hemos dicho arriba al principio de este capítulo que, en el pensamiento teresiano, el mundo se entiende y se asocia con las leyes del mundo. Por tanto, “es grandísimo [bien conocer] y verse libre de los cansancios y leyes del mundo” (F 10, 9). ¿Cuáles son las leyes del mundo y sus mentiras? En el *Libro de Vida* 20, 24-28, hace Santa Teresa una fuerte crítica de dos categorías o dos valores mundanos que deben ser desfondados para la formación del hombre espiritual³⁶. Son los puntos de honra negra y los dineros del mundo. Así afirma Secundino Castro: “el mundo se apoya en dos columnas que vienen a ser como dos raíces por donde le asciende la savia: la honra y el dinero. Ambas realidades se reducen a la primera”³⁷. Dice la Santa: “¡Oh, si todos diesen en tenerlos por tierra sin provecho, qué concertado andaría el mundo, qué sin tráfgos! ¡Con qué amistad se tratarían todos si faltase interés de honra y de dineros! Tengo para mí se remediaría

³⁴ Castro, “Teología teresiana del mundo”, 385.

³⁵ *Ibid.*, 394.

³⁶ Con este aspecto peyorativo, no queremos excluir el sentido positivo del mundo en el pensamiento de la Santa. En este trabajo, nos centramos sólo en los aspectos del mundo que le esclavizan al hombre. Para tener una visión completa de su pensamiento, véase Secundino Castro, “Teología teresiana del mundo”, *Revista de Espiritualidad* 40 (1981): 381-405.

³⁷ Castro, “Teología teresiana del mundo”, 395.

todo” (V 20, 27). Para Teresa, “no hay tóxico en el mundo que así mate como estas cosas la perfección” (CV 12, 7). Por eso, superar esa doble tiranía es absolutamente necesario para llegar a la libertad de espíritu, que ella califica de “señorío para el alma” (V 38, 4): “Si faltase interés de honra y de dineros, tengo para mí se remediaría todo” (V 20, 27; cfr. CE 2, 3).

2.1. Los puntos de honra negra

¿Qué significa e implica la “negra honra” o “negros puntos de honra”? Antes que nada, hemos de aclarar que el concepto “honra” en los escritos teresianos “no siempre conlleva significado peyorativo. Tiene acepción bivalente. Equivale, a veces, a honor, por ejemplo, al ‘gloria y honra’, de origen bíblico. Incluso lo pondrá en boca del Señor, en momentos solemnes: ‘como verdadera esposa, mi honra es ya tuya y la tuya mía’ (R 35; cf V. 21, 1; M 6, 1, 4; 7, 3, 2, etc.)”³⁸. En este trabajo, lo que nos interesa es la otra aceptación que designa el fenómeno ético social que santa Teresa etiqueta frecuentemente como “negra honra” o “negros puntos de honra” (C 36, 6.7).

La honra era una cuestión obsesiva de los españoles del siglo XVI de la que difícilmente lograban librarse. Estaba tan arraigada en la estructura socio religiosa y en la mente de todos. En opinión de Teófanos Egido, era “el alma de los comportamientos de aquellos castellanos de la segunda mitad del XVI”³⁹. Dicho en otras palabras: “La honra, pantalla que oculta la realidad, que se convierte en la realidad que todo lo empapa y todo lo rige”⁴⁰. Aquí va el testimonio de la Santa sobre el problema de honra en el ambiente religioso y social:

“Mas mirad, hermanas, que no nos tiene olvidadas el demonio; también inventa sus honras en los monasterios y pone sus leyes, que suben y bajan en dignidades como los del mundo. Los letrados deben de ir por sus letras -que esto no lo sé-, que el que ha llegado a leer teología, no ha de bajar a leer filosofía, que es un punto de honra que está en que ha de subir y no bajar. Y aun si se lo mandase la obediencia, lo tendría por agravio y habría quien tornase de él, que es afrenta. Y luego el demonio descubre razones que aun en ley de Dios parece lleva razón” (C 36, 4).

En cuanto al fenómeno ético social, la honra tiene diversas acepciones tales como estima, reputación, honor o prestigio identificada con las connotaciones de linaje y de la limpieza de sangre⁴¹. Recordamos que huyendo de la deshonor y para defender a su familia, Juan Sánchez,

³⁸ Álvarez, “Honra”, 768.

³⁹ Egido, “Ambiente histórico”, 96.

⁴⁰ Herráiz, *Solo Dios basta*, 234.

⁴¹ Salvador Ros García, “Amor y libertad en el epistolario teresiano”, *Revista de Espiritualidad* 44 (1985), 557.

su abuelo, se trasladó a Ávila, cuando el hijo Alonso (padre de Teresa) tenía apenas cinco años, donde también prosperó en sus negocios. Pero no en el reconocimiento social, como se desprende del pleito de hidalguía de Alonso y sus hermanos, que falló en favor de los mismos la Real Chancillería de Valladolid en 1523, cuando Teresa tenía ocho años. El asunto es conocido por ella, como se deduce de la carta escrita a su hermano Lorenzo el 23 de diciembre de 1561, enviándole un traslado de dicha ejecutoria cuando estaba en Quito⁴². Precisamente por conocer bien cómo su familia pasó en un corto plazo de judeoconversa ahidalga, sabe que hasta la honra procedente de la limpieza de sangre se compra⁴³. De ahí la santa tiene un desprecio⁴⁴ a la “negra honra” y su aprecio por la libertad fundamentada en los valores auténticos y no en manejos de intereses egoístas. Nos dice así: “Ríese entre sí algunas veces cuando ve a personas graves de oración y religión hacer mucho caso de unos puntos de honra que esta alma tiene ya debajo de los pies” (V 21, 9). Pero no es así con sus parientes, tan necesitados de influencias, que con demasiada frecuencia tratarían de aprovecharse de la sagacidad y crecida fama de ella para mejorar su condición como se ha mencionado en la carta a su hermano Lorenzo que hemos mencionado arriba⁴⁵.

También en aquella época, los motivos de la honra entendida como estima y reputación cristalizarán en el aspecto de lo sexual, a saber, decoro, virginidad física “pública” en la soltera, fidelidad en la casada que afecta exclusivamente a la mujer⁴⁶. “Tan honrosa que no me parece tornara atrás por ninguna manera, habiéndolo dicho una vez” (V 3, 7) escribe ella cuando decide hacerse monja contra la voluntad de su padre. Pero ya de adolescente, nos dice que “en tener (la honra) vanamente, tenía extremo” (V 2, 4). Luego, intenta liberar a su hermano Lorenzo de ese complejo de honra diciendo: “Vuestra merced es inclinado y aún está mostrado a mucha honra. Es menester que se mortifique en esto” (Cta. 113, 3). Entonces, “en el plano meramente personal, aquel supuesto código de honra servía de máscara para encubrir la propia realidad. Fuente de hipocresía, con inversión de la auténtica escala de valores: ‘Porque... anda el mundo tal, que si el padre es más bajo del estado en que está el hijo, no se tiene (éste) por honrado en conocerle por padre’ (C 27, 5). ‘Allá se avengan los del mundo con sus señoríos y

⁴² “He dicho que le enviaré, cuando vaya Antonio Morán, un traslado de la ejecutoria, que dicen no puede estar mejor, y esto haré con todo cuidado” (Cta. 2, 13).

⁴³ Egido, “Ambiente histórico”, 87-95.

⁴⁴ Aquí vemos “el desprecio paradójico”. Porque la Santa alaba la ejecutoria que le mandó a su hermano Lorenzo.

⁴⁵ Ros, “Amor y libertad en el epistolario teresiano, 562-63.

⁴⁶ Egido, “Ambiente histórico”, 97.

con sus riquezas y con sus deleites y con sus honras y con sus manjares’, clama ella (Conc 4, 7; cf V 31, 20-23)⁴⁷.

De estas experiencias y testimonios de la Santa (cfr. V 2, 6.9), se deduce que el que vive sometido a la honra va a buscar con consistencia su yo en la opinión de los demás que puede no adecuar con la realidad o puede basarse en criterios contrarios a la revelación⁴⁸. En consecuencia, “el esclavo de la ‘honra’ planta el yo en el centro de sus preocupaciones. Canaliza hacia él los grandes y los pequeños movimientos de la vida. Ante el yo se postra y le da culto. Vive vuelto hacia él”⁴⁹. Se transforma en “esclavo de los demás, al depender en la más sensible de sus fibras vitales de la opinión, del qué dirán. Lope de Vega, cantor de los españoles con honra, tradujo en verso la misma vieja idea que anda ya por *Las Partidas*⁵⁰: ‘Honra es aquello que consiste en otro, / ningún hombre es honrado por sí mismo, / que la honra está en otro y no en él mismo’, etc.”⁵¹. Por eso, en opinión de la Santa “si hay punto de honra o de hacienda [...] que, aunque tengan muchos años de oración (o por mejor decir, consideración, porque oración perfecta, en fin, quita estos resabios), que nunca medrarán mucho ni llegarán a gozar el verdadero fruto de la oración” (CV 12, 5). Entonces, para ella “el concepto de honra siempre lleva inherente el de mentira”⁵²:

“Lo que el mundo llama honra ve que es grandísima mentira y que todos andamos en ella. Entiende que la verdadera honra no es mentirosa, sino verdadera, teniendo en algo lo que es algo, y lo que no es nada tenerlo en nonada, pues todo es nada y menos que nada lo que se acaba y no contenta a Dios” (V 20, 26).

La Santa constata su experiencia de ser esclava de la honra en el culto al propio rango cuando estaba en la casa de doña Luisa de Cerda. “Fue allí, en obligado contacto con aquellos círculos nobiliarios, donde finalmente se le cayeron las últimas escamas de los ojos, al ver de cerca la ‘mentira’ social y ‘en lo poco que se ha de tener el señorío’, para terminar, aborreciendo del

⁴⁷ Álvarez, “Honra”, 772.

⁴⁸ Castro, “Teología teresiana del mundo”, 395.

⁴⁹ Herráiz, *Solo Dios Basta*, 379.

⁵⁰ “Las Siete Partidas (o simplemente Partidas) es un cuerpo normativo redactado en la Corona de Castilla, durante el reinado de Alfonso X (1252-1284), con el objetivo de conseguir una cierta uniformidad jurídica del Reino. Su nombre original era Libro de las Leyes, y hacia el siglo xiv recibió su actual denominación, por las secciones en que se encontraba dividida. Esta obra se considera uno de los legados más importantes de Castilla a la historia del Derecho, al ser el cuerpo jurídico de más amplia y larga vigencia en Hispanoamérica (hasta el siglo xix). Incluso se le ha calificado de «enciclopedia humanista», pues trata temas filosóficos, morales y teológicos (de vertiente greco-latina), aunque el propio texto confirma el carácter legislativo de la obra, al señalar en el prólogo que se dictó en vista de la confusión y abundancia normativa y solamente para que por ellas se juzgara”, tomado de “Siete Partidas”, Wikipedia, última modificación 21 de feb de 2018, fecha de consulta: 27 de abril de 2018, https://es.wikipedia.org/wiki/Siete_Partidas.

⁵¹ Egido, “Ambiente histórico”, 97-98.

⁵² Castro, “Teología teresiana del mundo”, 395.

todo el ‘desear ser señora’⁵³ porque la honra es “lo que bloquea el movimiento de perfección del hombre, lo que le esclaviza y se opone a su realización”⁵⁴.

“Vi que era mujer y tan sujeta a pasiones y flaquezas como yo, y en lo poco que se ha de tener el señorío, y cómo, mientras es mayor, tienen más cuidados y trabajos, y un cuidado de tener la compostura conforme a su estado, que no las deja vivir; comer sin tiempo ni concierto, porque ha de andar todo conforme al estado y no a las complexiones. Han de comer muchas veces los manjares más conformes a su estado que no a su gusto. Es así que de todo aborrecí el desear ser señora. ¡Dios me libre de mala compostura!” (V 34, 4).

Desde entonces, Teresa está convencida de que “deseo de ser más o puntito de honra... es el principal mal de los monasterios” (C 7, 10) “y cualquiera persona que sienta en sí algún punto de honra, si quiere aprovechar, créame y dé tras este atamiento, que es una cadena que no hay lima que la quiebre, si no es Dios con oración y hacer mucho de nuestra parte” (V 31, 20) y muchas almas se pierdan por “guardar estos negros de honra sin entender en qué está la honra” (C 36, 6). Un buen reflejo de estos rechazos de la negra honra “se haría después bien patente en el Camino de Perfección, máxima exposición del nuevo estilo de vida y en muchas cosas irreconciliable con la manera de vivir en la Encarnación, donde las llamativas diferencias entre las ‘doñas’ ricas y el proletariado monjil hambriento, desaparecerán por completo ante la exigencia de absoluta igualdad, y donde la Fundadora desenmascaró hasta el ridículo y con olímpico desprecio lo postizo de aquellos estereotipos sociales – ‘los puntos de honra’, ‘la negra honra’ -, vistos como la peor ‘carcoma’ de todo provecho espiritual y vida comunitaria. Expresiones como ‘no consintáis, oh hermanas, que sea esclava de nadie vuestra voluntad, sino del que la compró con su sangre’ o ‘no es tiempo, hermanas, de juegos de niños, que no parece otra cosa estas amistades del mundo’, revelan con precisión uno de los fines primordiales que perseguía la Santa: ‘Y así, no os espantaréis, hermanas, de lo mucho que he puesto en este libro para que procuréis la libertad’ (CV 19, 4; 4, 8; 29, 4)”⁵⁵. Por eso, reserva dos capítulos del *Camino de Perfección* para afrontar expresamente el tema de la honra: “capítulo 12, trata de cómo ha de tener en poco la vida el verdadero amor de Dios y la honra”. Y el capítulo 27: “En que trata el gran amor que nos mostró el Señor en las primeras palabras del Paternóster, y lo mucho que importa no hacer caso ninguno del linaje las que de veras quieren ser hijas de Dios”.

⁵³ Ros, “Amor y libertad en el epistolario teresiano”, 559.

⁵⁴ Herráiz, *Sólo Dios basta*, 237.

⁵⁵ Ros, “Amor y libertad en el epistolario teresiano”, 559-60.

2.2. Los dineros y bienes materiales

La otra columna en que se apoya el mundo es el dinero. En la experiencia, especialmente en los 20 últimos años de su etapa fundacional, según acredita el libro de *Las Fundaciones* y su epistolario, santa Teresa está convencida de que “honras y dineros casi siempre andan juntos, y que quien quiere honra no aborrece dineros, y que quien los aborrece que se le da poco de honra. Entiéndase bien esto, que me parece que esto de honra siempre trae consigo algún interés de rentas o dineros; porque por maravilla hay honrado en el mundo si es pobre; antes, aunque lo sea en sí, le tienen en poco” (CV 2, 6). En su tiempo es el medio para compra y adquirir otros bienes tan codiciados en la sociedad, como son la honra, el poder, el prestigio. “El mundo valora los seres humanos por algo tan extrínseco a ellos como son los bienes económicos”⁵⁶. Es el dinero quien traza la raya que divide y separa a ricos y pobres definiendo su condición social “hasta tal punto de que el reconocimiento de la persona misma, su valía, depende de los bienes personales de mayor calado, ‘acá no se hace cuenta de las personas para hacerlas honra, por mucho que merezcan, sino de las haciendas’ (C 22, 4), recordará Teresa. Más aún, esta apreciación no es puramente mundana. Hasta en la vida religiosa, marca las mismas radicales diferencias que en la sociedad, como ella comprueban en la Encarnación donde las monjas ricas tienen buena celda, la comida asegurada y aún criadas a su servicio, mientras las pobres malviven con carencias llamativas. Y allí vive, contenta durante 27 años”⁵⁷.

Sin embargo, la experiencia de las cosas sobrenaturales en la oración-trato de amistad con Dios en Jesucristo a partir de su conversión la lleva al descubrimiento de que los dineros en vez de comprarnos el cielo, “muchas veces se procura con ellos el infierno y se compra fuego perdurable y pena sin fin” (V 20, 27). “Desde una vida pobre Teresa comprende los peligros de las riquezas que esclavizan el alma y cierran las entrañas a los pobres: ‘decir a un regalado y rico que es la voluntad de Dios que tenga cuenta con moderar su plato para que coman otros siquiera pan, que mueren de hambre, sacaré mil razones para no entender esto, sino a su propósito’ (CV 33, 1)”⁵⁸. Por eso, poco a poco se distancia de la estima del dinero: “Ríese de sí, del tiempo que tenía en algo los dineros y codicia de ellos” (V 20, 27) y en sus cartas a su hermano Lorenzo, dice que los bienes de la tierra son don de Dios y deben administrarse para bien de todos, en especial de los más pobres.

⁵⁶ Castro, “Teología teresiano del mundo”, 396.

⁵⁷ Tomás Álvarez, “Dinero”, en *Diccionario de Santa Teresa de Jesús*, dir. Tomás Álvarez (Burgos: Monte Carmelo, 2000), 526.

⁵⁸ Jesús Castellano, “Espiritualidad teresiana. Experiencia y doctrina”, en *Introducción a la lectura de santa Teresa*, ed. A. Barrientos (Madrid: Editorial de Espiritualidad, 2002), 277.

Otra verdad que se da cuenta la Santa sobre los dineros es que lo mismo que la negra honra, son incapaces de colmar las aspiraciones más hondas del hombre, en particular la libertad y la paz interior (Cf. V 2, 2; 3, 4-5.7). Hablando de descontento de Teresa de Layz, la fundadora del monasterio de la Anunciación de nuestra Señora de Alba de Tormes, de padres nobles, y muy hijos de algo y de limpia sangre, dice: “Tenían su asiento, por no ser tan ricos como pedía la nobleza de sus padres, en un lugar llamado Tordillos, que es dos leguas de la dicha villa de Alba. Es harta lástima que, por estar las cosas del mundo puestas en tanta vanidad, quieren más pasar la soledad que hay en estos lugares pequeños de doctrina y otras muchas cosas que son medios para dar luz a las almas, que caer un punto de los puntos que esto que ellos llaman honra traen consigo” (F 20, 2). También lo ve en la situación de Francisco de Salcedo que pierde la hacienda y consecuentemente la paz interior porque a él le falta el desasimiento de sus bienes materiales. Así que le avisa a su hermano Lorenzo que “lo mejor es huir de todo por el Todo” (Cta. 142, 4). Por tanto, según la experiencia de la Santa, “su falta (de dineros) hace crecer el bien interior, que cierto trae consigo otra hartura y quietud” (F 15, 15). Así que “la verdadera pobreza trae una honraza consigo que no hay quien la sufra; la pobreza que es tomada por solo Dios, digo, no ha menester contentar a nadie, sino a él. Y es cosa muy cierta, en no habiendo menester a nadie, tener muchos amigos. Yo lo tengo bien visto por experiencia” (CV 2, 6).

Consecuentemente, “el encuentro con María de Jesús, la beata granadina y la intervención de fr. Pedro de Alcántara, y las reconvenciones del Señor le llevan a optar la pobreza absoluta del vivir de limosna y no de rentas, haciendo confirmar su deseo con la Bula de pobreza que solicita y obtiene de Roma”⁵⁹ como un requisito del nuevo estilo de la vida teresiana para ser libres: “Y crean, mis hijas, que para vuestro bien me ha dado el Señor un poquito a entender los bienes que hay en la santa pobreza, y las que lo probaren lo entenderán, quizá no tanto como yo; porque no sólo no había sido pobre de espíritu, aunque lo tenía profesado, sino loca de espíritu”. La razón es que la pobreza “es un bien que todos los bienes del mundo encierra en sí. Es un señorío grande”. Y permite “señorear todos los bienes de él otra vez a quien no se le da nada de ellos. ¿Qué se me da a mí de los reyes y señores, si no quiero sus rentas, ni de tenerlos contentos, si un tantito se atraviesa haber de descontentar en algo por ellos a Dios? ¿Ni qué se me da de sus honras, si tengo entendido en lo que está ser muy honrado un pobre, que es en ser verdaderamente pobre?” (CV 2, 5).

⁵⁹ Álvarez, “Dinero”, 526-527.

2.3. Características del mundo

Primero, el mundo que se fundamentan en la negra honra, el dinero y los bienes materiales como lo hemos visto se caracteriza por su precariedad. Lleva en sí la carcoma de lo finito, lo contingente⁶⁰. Está pasando como nos dice san Pablo: “Y los que disfrutaban de este mundo, como si no lo disfrutaran, porque la apariencia de este mundo es pasajera” (1 Cor 7:31). En la experiencia de santa Teresa, el mundo tiene el carácter de provisionalidad que pone en peligro las posesiones, el dinero, la honra, etc. Nos dice la Santa que todo se pasa. Nos muestra la Santa la precariedad de todas las cosas: “La memoria le representa en lo que pasan todas estas cosas, trayéndole presente la muerte de los que mucho gozaron estas cosas, que ha visto: cómo algunas ha visto súbitas, cuán presto son olvidados de todos, cómo ha visto a algunos que conoció en gran prosperidad pisar debajo de la tierra y aun pasado por la sepultura él muchas veces, y mirar que están en aquel cuerpo hirviendo muchos gusanos, y otras hartas cosas que le puede poner delante” (2M 4).

Segundo, “es esencialmente tentación; invitación al creyente a gustar sus deleites. Es un mar proceloso, donde se escucha intermitentemente el canto de las sirenas que invitan a la alegría efímera. Es una llamada permanente al creyente a abandonar su interioridad. Una invitación constante a salir de sí mismo, a deshumanizarse, a aprisionar lo concreto, lo que momentáneamente gusta; es pura tentación”⁶¹. “Su capacidad tentadora es tan sutil que llega a infiltrarse en el hombre bajo color de celo religioso. Tienta al espiritual hasta el desánimo al sugerirle la distancia que media entre sus vivencias, y aspiraciones”⁶². Así que, en lugar de traernos felicidad y paz, nos trae sufrimientos y desasosiego aun para esta vida: “¡Qué inquietud! ¡Qué poco contento! ¡Qué trabajar en vano!” (V 20, 28). Para la Santa los deleites del mundo, de esta vida “son basura todos juntos” (V 27, 12) en comparación a los que nos da Dios en contemplación: “Es asco traerlos a ninguna comparación aquí, aunque sea para gozarlos sin fin, y de estos que da el Señor sola una gota de agua del gran río caudaloso que nos está aparejado” (V 27, 12). Así que “del mismo descontento que dan las cosas del mundo, nace un deseo de salir de él, tan penoso que si algún alivio tiene es pensar que quiere Dios viva en este destierro” (5M 2, 10). “Pues en el sistema teresiano el hombre se concibe abierto a la

⁶⁰ Castro, “Teología teresiana del mundo”, 398.

⁶¹ Ibid., 397.

⁶² Ibid., 398.

gracia, y únicamente las facultades descansan cuando se hallan unguidas por la presencia divina”⁶³.

Tercero, es superficial y periférico porque se orienta exclusivamente por el criterio de los sentidos; para el mundo sólo existe la lógica de lo inmediato, lo contingente, de lo limitado, de lo que tiene fin⁶⁴.

Cuarto, el mundo es toda mentira y falsedad “porque vive de espaldas a la revelación y a la verdad que se expresan en la Biblia. En una experiencia altísima de la divinidad, Teresa escucharía un día: ‘No es poco esto que hago por ti, que una de las cosas es en que mucho me debes; porque todo el daño que viene al mundo es de no conocer las verdades de la Escritura con clara verdad; no faltará una tilde de ella’”⁶⁵. Sólo Dios es verdad y no puede mentir. Por lo tanto, les advierte a sus hermanas a andar siempre en verdad: “También acaece, así muy de presto y de manera que no se puede decir, mostrar Dios en sí mismo una verdad, que parece deja oscurecidas todas las que hay en las criaturas, y muy claro dado a entender que Él solo es verdad que no puede mentir; y dase bien a entender lo que dice David en un salmo, que todo hombre es mentiroso, lo que no se entendiera jamás así, aunque muchas veces se oyera. Es verdad que no puede faltar. Acuérdaseme de Pilatos lo mucho que preguntaba a nuestro Señor cuando en su Pasión le dijo qué era verdad, y lo poco que entendemos acá de esta suma Verdad [...] Saquemos de aquí, hermanas, que para conformarnos con nuestro Dios y Esposo en algo, será bien que estudiemos siempre mucho de andar en esta verdad” (6M 10, 5-6).

Oímos el grito de libertad y las ansias de liberación del hombre que vive bajo la esclavitud del mundo: “Querría ya esta alma verse libre, el comer la mata, el dormir la acongoja; ve que se le pasa el tiempo de la vida pasar en regalo y que nada ya le puede regalar fuera de Vos, que parece vive contra natura, pues ya no querría vivir en sí, sino en Vos. ¡Oh verdadero Señor y gloria mía, qué delgada y pesadísima cruz tenéis aparejada a los que llegan a este estado!” (V 16, 4-5).

3. REALIDAD DEL DEMONIO

Hoy en día, con el avance de la ciencia y tecnología, existe una tendencia que nos lleva “a simplificar tanto la realidad diciendo que todos los casos narrados en los evangelios eran enfermedades psíquicas y que en definitiva el demonio no existe o no actúa” sin darnos cuenta

⁶³ Ibid., 399.

⁶⁴ Ibid., 396.

⁶⁵ Ibid., 398.

de que “su presencia está en la primera página de las Escrituras, que acaban con la victoria de Dios sobre el demonio” (GE 160). Así también es la experiencia de Santa Teresa. A través de sus escritos, especialmente *el libro de la Vida* se ve que Santa Teresa experimentó en múltiples ocasiones la influencia maléfica del demonio en todos lugares en los momentos de oración, en la iglesia y en el coro; en el claustro conventual y en su celda; sufrió con frecuencia sus tentaciones sinuosas y las ilusiones de sus fáciles transformaciones en ángel de luz. Los detalles que la Santa nos ofrece para conocer la realidad del demonio tales como su naturaleza, su acción, sus fatídicos efectos en la vida espiritual de las almas dadas a la práctica de la oración, son incontables (cfr. V 8, 7; 19, 10; 25, 10; 19-22; 28, 10; 30, 4-11; 31; 36, 7-10). En esta sección vamos a recoger algunos rasgos más salientes de la demonología teresiana. Es que el conocimiento de la realidad del demonio nos ayuda también mucho en nuestro proceso de liberación. De hecho, nos advierte el Papa Francisco: “No pensemos que es un mito, una representación, un símbolo, una figura o una idea. Ese engaño nos lleva a bajar los brazos, a descuidarnos y a quedar más expuestos... Y así, mientras nosotros bajamos la guardia, él aprovecha para destruir nuestra vida, nuestras familias y nuestras comunidades, porque ‘como león rugiente, ronda buscando a quien devorar’ (1 P 5,8)” (GE 161).

3.1. Naturaleza del demonio⁶⁶

Antes de explorar el pensamiento y la experiencia espiritual de santa Teresa sobre la figura del demonio, queremos afirmar dos hechos. El primero es que el retrato que la Santa nos ofrece del demonio no tiene nada de original. Ni siquiera las apariciones demoníacas, que podrían ser consideradas como la aportación más personal de la Madre Teresa gozan de un valor de originalidad. Porque “es un rasgo de la época. La figura del demonio, como personificación del mal, que engaña a las almas, ocupa un lugar relevante en los escritos de espiritualidad del siglo XVI. Su figura estaba rodeada de sugestión y de misterio, que llegaba a lo morboso, por lo incomprendible. Nadie veía raro en la España del XVI los frecuentes casos de posesión diabólica, y estudiaban con detalle las relaciones entre magia y profecía, sólo por considerar que el demonio era el agente impulsor. Teresa de Jesús, hija del ambiente -nadie lo ignora- fue víctima de bastantes de estas actitudes y convicciones, que afloran con especial fuerza en el Libro de la Vida. La personificación humana del demonio es, tal vez, el rasgo más personal de

⁶⁶ Para tener una visión más exhaustiva véase Enrique Llamas, “Santa Teresa de Jesús y la religiosidad popular”, *Revista de Espiritualidad* 40 (1981): 215-252; Enrique Llamas, “Libro de la Vida”, en *Introducción a la lectura de santa Teresa*, ed. A. Barrientos (Madrid: Editorial de Espiritualidad, 2002), 364-370; María Eugenio del Niño Jesús, *Quiero ver a Dios*, 4^o ed. (Madrid: Editorial de Espiritualidad, 2002), 109-132.

la aportación teresiana a este tema”⁶⁷. El segundo es que “ni el diablo ni lo demoníaco pueden explicarse por la inteligencia y la razón” como decía Goethe a su amigo Eckermann⁶⁸, en nuestro caso la explicación de las visiones (cfr. V 38, 23-25) y la posesión diabólica (cfr. V 5, 4-5) que Santa Teresa tuvo del demonio.

Conscientes de esto, vamos a saber algo sobre la figura del demonio en el pensamiento y vivencia espiritual de la Santa (cfr. V 31; 39). En la vivencia de Teresa, se considera obra del demonio cualquier acción o inclinación de las personas al mal en todos los aspectos y dimensiones de la vida tanto espiritual como social y familiar hasta corporal. Para ella, todos los agentes contrarios a Dios están personificados en el demonio. “Todo sentimiento, o movimiento interior contrario a Dios, o que parecía apartarla de su camino, lo consideraba la madre Teresa como efecto de la influencia del demonio. Y esto, no sólo en su alma y en su vida, sino también en las demás personas”⁶⁹. Por lo tanto, para Teresa, hay que tener mucho cuidado con el demonio. Es uno de los enemigos del hombre en la vida espiritual del cual hemos de librarnos. “Este adversario, enemigo nuestro, por dondequiera que puede, procura dañar” al que practica la oración (CV 19, 3, cfr. V 13, 4; 15, 10; 25, 21). Si entiende el demonio que el alma tiene aparejo en su condición y costumbres para ir muy adelante, todo el infierno juntará para hacerle tornar a salir fuera (cfr. 2M 5). Combate en todas las moradas del castillo (cfr. 1M 2, 15) si bien no le es dado penetrar en lo hondo del hombre. El demonio son muchos (cfr. 1M 2, 12) y están en todas partes (cfr. F 5, 14); no hay encerramiento ni lugar secreto, ni casi compartimento del alma, donde ellos no puedan entrar y actuar (cfr. 4M 8).

Según la Santa, el demonio es el mentiroso y engañador por antonomasia: “El demonio es todo mentira” (V 15, 10), “es amigo de mentiras, y la misma mentira” (V 25, 21). Aunque de hecho se transfigura frecuentemente en “ángel de luz” (V 14, 8; CV 38, 2; 1M 2, 1; 5M 1, 1...), en realidad es todo lo contrario: “Es las mismas tinieblas” (1M 2, 1). Sin poder real, porque es “esclavo del Señor” (V 25, 19). Se presenta como el que odia todo bueno. Por eso, “Teresa está convencida de que dondequiera exista el mal humano, allí está o se filtra él. El demonio intuye las posibilidades de bien, presente o futuro, en determinadas personas y se apresura a impedir las”⁷⁰.

⁶⁷ Citado por Enrique Llamas, “Santa Teresa de Jesús y la religiosidad popular”, *Revista de Espiritualidad* 40 (1981), 241-242.

⁶⁸ Llamas, “Santa Teresa de Jesús y la religiosidad popular”, 247.

⁶⁹ Llamas, “Libro de la Vida”, 365.

⁷⁰ Tomás Álvarez, “Demonio”, en *Diccionario de Santa Teresa de Jesús*, dir. Tomás Álvarez (Burgos: Monte Carmelo, 2000), 482.

Según la experiencia de la Santa, el demonio tiene poco poder. No son nada sus fuerzas si no ven almas rendidas a ellos y cobardes (cfr. V 31, 11). Nos lo testifica la Santa así: “Aquí se ve claro, Jesús mío, el poco poder de todos los demonios en comparación del vuestro, y cómo quien os tuviere contento puede repisar el infierno todo. Aquí ve la razón que tuvieron los demonios de temer cuando bajasteis al limbo, y tuvieran de desear otros mil infiernos más bajos para huir de tan gran majestad, y veo que queréis dar a entender al alma cuán grande es, y el poder que tiene esta sacratísima Humanidad junto con la Divinidad” (V 29, 9).

3.2. Estrategias del demonio

Para poder llevar a las almas a tornar a salir fuera del castillo (cfr. 2M 5; Cta. 294), el demonio perturba y engaña al hombre con sus sutilezas, ardides, mañas (cfr. 1M 2, 11) y trampantojos (cfr. 1M 2, 12). “Son grandes sus ardides” (5M 3, 9), “las sutilezas del demonio son muchas” (CV pról. 3), dice la Santa.

“Viene el demonio con unas sutilezas grandes, y debajo de color de bien vala desquiciando en poquitas cosas de ella y metiendo en algunas que él le hace entender que no son malas, y poco a poco oscureciendo el entendimiento y entibiando la voluntad y haciendo crecer en ella el amor propio, hasta que de uno en otro la va apartando de la voluntad de Dios y llegando a la suya” (5M 4, 8).

El demonio pone baraúndas, también contentos al hombre y crea ruidos, confusiones, ilusiones, desasosiegos interiores y exteriores (cfr. V 31, 3; V 36, 7-8; 2M 4; 4M 3, 10), miedos infundados (cfr. V 8, 7; 11, 4; 23, 15), haciéndole ver peligros inexistentes (cfr. V 12, 3)⁷¹. También despierta en el alma los pensamientos de todas las vanidades y flaquezas de tiempos pasados (cfr. V 31, 11). El demonio también “inventa sus honras en los monasterios” (C 36, 4). Por tanto, “es mucho menester no nos descuidar para entender sus ardides y que no nos engañe” (1M 2, 15).

3.3. Objetivos del demonio

Su claro primer objetivo es hacer crecer el amor propio, apartarnos de la voluntad de Dios y llegar a la nuestra (cfr. 5M 4, 8). A este respecto, “aparece el demonio como agente e inspirador de todos los sucesos adversos y contrarios que afectaron a su Reforma, a sus monasterios, a algunas personas más influyentes y destacadas, etc. El demonio interviene en sucesos de orden

⁷¹ “El demonio es gran maestro de ilusiones, por su san sutileza y agilidad, junto con su malicia, y con ellas ha tentado a muchos santos, los cuales le han vencido con la gracia de Dios y le han enviado corrido y acobardo, como San Antonio, San Benito y otros muchos santos” (S. Covarrubias, *Tesoro de la lengua castellana o española*, Madrid: Castalia, 1994, s.v. Ilusión). Así se entendía el término “demonio” en la lengua española de aquel tiempo.

físico y moral, de forma individual y colectiva”⁷². Aquí nos basta su relato de las tentaciones, contradicciones y persecuciones que sufrió la Santa después de la inauguración de la primera fundación de San José de Ávila para mostrarnos la acción violenta que el demonio desplegó contra la naciente reforma carmelitana. Así atestigua la Santa:

“Acabado todo, sería como desde a tres o cuatro horas, me revolvió el demonio una batalla espiritual, como ahora diré. Púsome delante si había sido mal hecho lo que había hecho, si iba contra obediencia en haberlo procurado sin que me lo mandase el Provincial... También me ponía el demonio que cómo me quería encerrar en casa tan estrecha, y con tantas enfermedades, que cómo había de poder sufrir tanta penitencia, y dejaba casa tan grande y deleitosa y adonde tan contenta siempre había estado, y tantas amigas; que quizás las de acá no serían a mi gusto, que me había obligado a mucho, que quizá estaría desesperada, y que por ventura había pretendido esto el demonio, quitarme la paz y quietud, y que así no podría tener oración, estando desasosegada, y perdería el alma. Cosas de esta hechura juntas me ponía delante, que no era en mi mano pensar en otra cosa, y con esto una aflicción y oscuridad y tinieblas en el alma, que yo no lo sé encarecer” (V 36, 7-8).

Además, “es enfriar la caridad y el amor de unas con otras, que sería gran daño” (1M 2, 17). También crea división, aversión, animosidad entre las personas: “Ahora dijeron a Catalina de Tolosa que, por que no se les pegase nuestra oración, no querían tratasen con las descalzas. Mucho le debe ir al demonio en desavenirnos, pues tanta prisa se da” (Cta. 450, 3); “porque estas amistades grandes pocas veces van ordenadas a ayudarse a amar más a Dios, antes creo las hace comenzar el demonio para comenzar bandos en las religiones; que cuando es para servir a Su Majestad, luego se parece, que no va la voluntad con pasión, sino procurando ayuda para vencer otras pasiones” (C 4, 6). Para lograr todo esto, el demonio con astucia y con sagacidad descompuso su alma (cfr. V 5, 3), engañándola para que abandonase la oración (cfr. V 7, 1; 19, 4). Porque sabe el demonio que si uno abandona la oración, pronto se irá al infierno: “Bien veo yo, mi Señor, lo poco que puedo; mas llegada a Vos, subida en esta atalaya adonde se ven verdades, no os apartando de mí, todo lo podré; que si os apartáis, por poco que sea, iré adonde estaba, que era al infierno” (V 21, 1).

Para cerrar esta sección, podemos con Enrique Llamas que “la conclusión general más obvia, que se deduce de la lectura de los párrafos en que Santa Teresa habla del demonio, es su enorme y casi absoluto protagonismo en todos los aspectos. Un protagonismo de características muy similares, en cuanto a su amplitud, sutileza y frecuencia al del mismo Dios; pero

⁷² Llamas, “Santa Teresa de Jesús y la religiosidad popular”, 242

diametralmente opuesto en cuanto a su finalidad y naturaleza”⁷³ que veremos en la siguiente sección sobre la verdad de Dios.

4. VERDAD DE DIOS

Según la Santa, hemos de tener en cuenta el hecho de que es imposible conocer la verdad de uno mismo, la verdad del mundo y la realidad del demonio sino a la luz de Dios desde el inicio del camino de oración hasta al final (cfr. 1M 2, 9; 6M 10). “El conocimiento de Dios que a Teresa se le da por vía de la contemplación infusa, es la raíz y la explicación definitiva de todo otro conocimiento y es el que da unidad y armonía a todo su saber místico sobre el hombre, como criatura privilegiada llamada por Dios a la intimidad más grande con Él”⁷⁴. Es porque la verdad de Dios “es en sí misma verdad, y es sin principio ni fin, y todas las demás verdades dependen de esta verdad, como todos los demás amores de este amor, y todas las demás grandezas de esta grandeza” (V 40, 4).

4.1. Dios de la historia, de la grandeza

Nos preguntamos, ¿quién es Dios para Teresa? Para Teresa, “Dios es suma Verdad” (6M 10, 7). La primera verdad es que Él es el dueño de la historia. Él es nuestro creador y criador. A través de su experiencia personal y sus escritos, Teresa nos confiesa que su Dios es el Dios de la Biblia. No es un Dios del intelecto, tampoco un Dios Juez al que había que pagar un “tributo” para evitar el castigo. No es un Dios que paga méritos y premia fidelidades, sino un Dios de la historia, de su historia personal. “Dios en verdad que no mira a tantas menudencias como vosotros pensáis” (CV 41, 8). Es un Dios de amor y de las misericordias que “hace tantas mercedes en este mundo” (7M 4, 4) y cuya mirada nunca es inquisidora ni empequeñece al hombre. Es un Dios que se nos acerca, se nos comunica, nos habla para dar a conocer sus grandezas y compartir sus tesoros (cfr. CV 34, 13), hasta en las flaquezas y debilidades intrínsecas a nuestra condición humana: “Es muy buen amigo Cristo, porque le miramos Hombre y vémosle con flaquezas y trabajos, y es compañía” (V 22, 10). Es “un Dios ‘hacia fuera’, en comunión y donación, en dinamismo salvífico con el hombre. Dios es grande, se muestra grande comunicándose al hombre, porque es donación de sí mismo”⁷⁵. Él “siempre da mucho más que merecemos, con darnos contentos harto mayores que los podemos tener en los que dan los regalos y distraimientos de la vida” (3M 2, 9) y “nunca se cansa de dar ni se pueden agotar sus misericordias” (V 19, 15). Teresa nos da a entender que “Dios no se comunica

⁷³ Ibid., 242.

⁷⁴ Herráiz, *Solo Dios Basta*, 212.

⁷⁵ Ibid., 215.

porque son buenos los receptores sino porque Él es bueno para dar a conocer sus grandezas”⁷⁶. Por eso, “de Dios va a escribir. Va a contar las acciones salvíficas de las que ella ha sido objeto, las *magnalia Dei*. Sus escritos serán prioritariamente una ‘biografía de Dios’, la historia de cuanto ha hecho por Teresa”⁷⁷.

4.2. Dios de las misericordias

En la visión imaginaria le revela Dios a Teresa su grandeza, poder, y hermosura en la Humanidad sacratísima de Jesús (cfr. V 28, 9; 40, 9-10). “Las grandezas de Dios son el mundo divino, desconocido o junto al que pasamos sin advertirlo. El Dios sublime y trascendente, inaccesible. ‘Su Majestad’. De este Dios, Teresa ha recibido abundante y fuerte conocimiento”⁷⁸. ¿Se puede decir o describir algo de las grandezas de Dios? Claro que sí. Su grandeza, poder y hermosura se manifiesta en su misericordia. Es quien nos habita y está dentro de nosotros mismos. Aunque seamos santos o pecadores, Él siempre nos llama a su descanso (cfr. 4M 3, 3). Teresa es consciente de su miseria como hemos visto arriba, pero al mismo tiempo se siente elegida, aunque indigna de tal elección. “En el fondo, Teresa más que dar a conocer su ‘vida pecadora’ lo que quiere de veras es que se vea la grandeza del amor de Dios: ‘Mientras mayor mal, más resplandece el gran bien de vuestras misericordias’ (V 14, 11). Por tanto, les pide a sus confesores que ‘de mis culpas no quite nada, pues se ve más aquí la magnificencia de Dios y lo que sufre a un alma’ (V 5, 11)”⁷⁹. Entonces, podemos afirmar que “las grandezas” de Dios son las “mercedes”, las “misericordias” de Dios, “la gran bondad de Dios”. Su misericordia es sin tasa (cfr. 1M 1, 3). Su grandeza “no tiene término, tampoco le tendrán sus obras. ¿Quién acabará de contar sus misericordias y grandezas? Es imposible” (7M 7, 1). “Todo cuanto se cuente de lo que Dios hace por nosotros ‘es una gota del mar grandísimo de bienes’; es para mostrar que Dios ‘no deja nada por hacer con los que ama’” (V 22, 17)⁸⁰.

4.3. Dios de fidelidad, espera y perdón

¿Cómo se manifiesta su misericordia? La misericordia se manifiesta primero en la fidelidad. El Dios de Teresa es siempre fiel a sus palabras: “Verdaderas son sus palabras; no pueden faltar; antes faltarán los cielos y la tierra” (CV 2, 2; cfr. Lucas 31, 33). Es siempre fiel en atraernos a Él para establecer una amistad amorosa con nosotros, particularmente en la oración

⁷⁶ Maximiliano Herráiz García, “Dios”, en *Diccionario de Santa Teresa de Jesús*, dir. Tomás Álvarez (Burgos: Monte Carmelo, 2000), 547.

⁷⁷ *Ibid.*, 534.

⁷⁸ Herráiz, *Solo Dios Basta*, 214.

⁷⁹ Sancho, “El conocimiento de sí en la meditación teresiana”, 67.

⁸⁰ Herráiz, “Dios”, 537.

como un buen vecino o un buen pastor. Él siempre toma la iniciativa y va delante de nosotros. Así lo vemos en la crisis de la adolescencia: Teresa nos presenta a Dios librándola de los peligros en los que se iba metiendo “de manera que se parece bien procuraba contra mi voluntad que del todo no me perdiese” (V 2, 6); “parece andaba su Majestad mirando y remirando por dónde me podría tornar a sí” (V 2, 8). Esta amistad amorosa con Él es total y absolutamente gratuita sin ningún merecimiento nuestro: “Harto me parece hacía su piedad, y con verdad hacía mucha misericordia conmigo en consentirme delante de sí y traerme a su presencia; que veía yo, si tanto Él no lo procurara, no viniera” (V 9, 9). “No las hace por ser más santos a quien las hace que a los que no, sino porque se conozca su grandeza” (1M 1, 4).

“El Dios con el que Teresa entabló alianza de pequeña (“la verdad de cuando niña”), permanece siempre fiel”⁸¹ (cfr. V 23, 15; 1Cor 10, 13) y nunca nos deja a nosotros a pesar de nuestra infidelidad, a pesar de todo. Nos dice la Santa: “Que es verdad, cierto, que muchas veces me templa el sentimiento de mis grandes culpas el contento que me da que se entienda la muchedumbre de vuestras misericordias” (V 4, 3). Aunque Teresa deja y abandona a Dios, pero Dios nunca abandona a Teresa: “Bendito seáis por siempre, que aunque os dejaba yo a Vos, no me dejasteis Vos a mí tan del todo, que no me tornase a levantar, con darme Vos siempre la mano; y muchas veces, Señor, no la quería, ni quería entender cómo muchas veces me llamabais de nuevo, como ahora diré” (V 6, 9; cfr. V 7, 22).

Por su misericordia, Dios le puede conceder las gracias místicas, gracias singulares, sobrenaturales hasta “a quienes están en mal estado” (C 16, 4) atraernos a Él para vivir la relación con él: “Quiero, pues, decir que algunas veces querrá Dios a personas que estén en mal estado hacerles tan gran favor para sacarlas por este medio de las manos al demonio. ¡Oh Señor mío, qué de veces os hacemos andar a brazos con el demonio!” (CV 16, 6). Esto origina en Teresa el espíritu de confianza en Dios que es nuestro Criador amoroso y solícito: “No le faltemos nosotras, que no hayáis miedo que falte. Y si alguna vez os faltare, será para mayor bien, como faltaban las vidas a los santos cuando los mataban por el Señor, y era para aumentarles la gloria por el martirio. Buen truco sería acabar presto con todo y gozar de la hartura perdurable” (CV 2, 2).

También la misericordia se manifiesta en su paciencia. Él siempre nos espera, nos aguarda, nos aguanta, aunque no le respondamos a sus llamamientos inmediatamente (cfr. 2M 3; V 4, 10; V 7, 18-19; V 19, 15). Él nos acomoda a cada uno de nosotros: “Hay almas que entiende Dios

⁸¹ Sancho, “El conocimiento de sí en la meditación teresiana”, 62.

que por este medio las puede granjear para sí. Ya que las ve del todo perdidas, quiere Su Majestad que no quede por Él, y aunque estén en mal estado y faltas de virtudes, dale gustos y regalos y ternura que la comienza a mover los deseos, y aun pónela en contemplación algunas veces, pocas, y dura poco” (C 16, 8; cfr. 6M 8, 10). Esta experiencia de tantas misericordias de Dios le ayuda a Teresa a levantarse y dejarse liberar y transformar por Dios, por su amor. Dice:

“Es cosa muy clara que amamos más a una persona cuando mucho se nos acuerda las buenas obras que nos hace. Pues si es lícito y tan meritorio que siempre tengamos memoria que tenemos de Dios el ser y que nos crió de nonada y que nos sustenta y todos los demás beneficios de su muerte y trabajos, que mucho antes que nos criase los tenía hechos por cada uno de los que ahora viven, ¿por qué no será lícito que entienda yo y vea y considere muchas veces que solía hablar en vanidades, y que ahora me ha dado el Señor que no querría sino hablar sino en El? He aquí una joya que, acordándonos que es dada y ya la poseemos, forzado convida a amar, que es todo el bien de la oración fundada sobre humildad” (V 10, 5).

Sin embargo, en el perdón de los pecados, se ve más claramente la grandeza de la misericordia de Dios que Santa Teresa experimenta. “Dios era más fuerte en su amor que ella en su pecado”, afirma Maximiliano Herráiz⁸². Así es el testimonio de Teresa: “Mientras mayor mal, más resplandece el gran bien de vuestras misericordias” (V 14, 11). Nunca se cansa Dios de perdonarnos: “Basta ya para ver sus grandes misericordias, no una sino muchas veces que ha perdonado tanta ingratitud” (V 19, 10); “primero me cansé de ofenderle que su Majestad dejó de perdonarme” (V 19, 15). De ahí, les pide a sus confesores que lean el relato de su vida que “de mis culpas no quite nada, pues se ve más aquí la magnificencia de Dios y lo que sufre a un alma” (V 5, 11). En la experiencia de Teresa, la misericordia es el mejor remedio y medicina, unguento, para nuestros pecados, nuestras faltas, nuestras llagas y heridas: “Aquí es... el alabaros porque dejasteis tal medicina y unguento para nuestras llagas, que no las sobresanan, sino que del todo las quitan” (V 19, 5; cfr. 6M 1, 10).

Santa Teresa utiliza la imagen de la “mano” para expresar el perdón de Dios. Es la mano tierna de Dios que la levanta de sus caídas: “¡Oh Jesús mío! ¡Qué es ver un alma que ha llegado aquí, caída en un pecado, cuando Vos por vuestra misericordia la tornáis a dar la mano y la levantáis! ¡Cómo conoce la multitud de vuestras grandezas y misericordias y su miseria!” (V 19, 5); o la mano fiel que la da seguridad, la mano que la libera, que la cura, que la guía, que la protege: “Porque para caer había muchos amigos que me ayudasen; para levantarme hallábame tan sola, que ahora me espanto cómo no me estaba siempre caída, y alabo la misericordia de Dios, que

⁸² Herráiz, “Dios”, 536.

era sólo el que me daba la mano. Sea bendito por siempre jamás, amén” (V 7, 22). Por lo tanto, para Teresa, el Dios de misericordia es el que “en todo se puede tratar y hablar con Vos como quisiéramos, perdido el primer espanto y temor de ver vuestra majestad, con quedar mayor para no ofenderos; mas no por miedo del castigo, Señor mío, porque éste no se tiene en nada en comparación de no perderos a Vos” (V 37, 6).

5. CONCLUSIÓN

En resumen, hemos visto en el pensamiento y vivencia de santa Teresa que el hombre está creado por amor gratuito de Dios a su imagen y semejanza. Es dotado con multitud de riquezas y hermosuras. Por eso, posee una gran dignidad y tiene una altísima vocación. Está constantemente llamado a la comunión íntima con Dios. Sin embargo, a causa del pecado, es débil, flaco y naturalmente pronto al mal. Pero, su belleza, hermosura y dignidad nunca se pierden por el pecado. Dios sigue sustentándole con su ayuda y gracia.

Para Teresa el hombre es un ser espiritual pero encarnado en un cuerpo limitado y frágil. Vive en un mundo que consiste en la honra y dinero. En la vivencia de la Santa, estas dos cosas nos hablan “de tierra, de tiempo, de goces efímeros, de lo superficial, de lo periférico, es decir, de lo contingente, de lo limitado, de lo que tiene fin. En última instancia, el mundo se constituye por el deseo de afirmación personal, por un egoísmo casi absoluto”⁸³. El mundo es mentira y falsedad. El constitutivo de la mundanidad se halla en el ansia de prestigio y de bienes económicos. En un sentido más profundo, “el mundo no son las cosas ni el espacio en el que se mueve el hombre. Sino los criterios y los valores que informan nuestra existencia... No son las cosas, sino la postura que el hombre adopta ante ellas lo que hay que cuidar para que sea evangélica”⁸⁴.

En cuanto al demonio, es el enemigo, el adversario del hombre en su vida espiritual, en su camino hacia la comunión íntima con Dios. Siempre, por dondequiera que puede, procura dañar al hombre con sus mentiras y engaños con sus sutilizas, ardides, mañas con el fin de crear división, aversión, animosidad para enfriar y apagar el amor de Dios y al prójimo.

El hombre se da cuenta de estas verdades con la luz que le regala Dios. Estas realidades de uno mismo, del mundo, del demonio se ven sólo en las verdades de Dios. El Dios de Teresa es el Dios de misericordia y compasión, de entrega y de donación de sí. Él siempre sale a nuestro encuentro. Siempre toma la iniciativa de salir de sí mismo para compartir sus riquezas divinas

⁸³ Castro, “Teología teresiana del mundo”, 396.

⁸⁴ Herráiz, *Solo Dios Basta*, 237.

con el hombre. Su misericordia nunca se agota. Siempre le perdona al hombre y le da su mano para levantarse de sus caídas.

¿Cómo puede lograr estas verdades el hombre? En el próximo capítulo veremos que lograr estas verdades es un proceso, un camino largo que exige los esfuerzos del hombre. Sin embargo, no bastan sus esfuerzos propios. Necesita ayuda tanto de los demás como de Dios, de su iluminación especialmente en la contemplación y trato personal y íntimo con Jesucristo.

CAPÍTULO II

HACIA LA LIBERTAD

Ya hemos dicho más de una vez que existe una relación íntima y estrecha entre la verdad y la libertad. Sin duda, la verdad no es algo que cae del cielo por sí misma. La verdad no nace de la nada. Como Jesús nos dice que, para alcanzar la verdad, el hombre tiene que desearla, buscarla y pedirla: “Pedid y se os dará; buscad y hallaréis; llamad y se os abrirá. Porque todo el que pide recibe; el que busca, halla; al que llama, se le abrirá” (Mt 7, 7). Tampoco la verdad no se logra de un golpe. Necesita tiempo, su propio esfuerzo, especialmente la ayuda divina como lo dice Jesús: “Mucho tengo todavía que deciros, pero ahora no podéis con ello. Cuando venga él, el Espíritu de la verdad, os guiará hasta la verdad completa” (Jn 16, 12-13).

En el proceso de liberación interior, el hombre necesita informarse de las verdades de sí mismo, del mundo de su alrededor, del demonio y de Dios como hemos visto arriba. Para satisfacer su necesidad de saber, de llegar a la verdad, no se cansa de preguntar y utiliza todos los medios de apoyo a su alcance. No se cansa de buscar la luz que le ilumina. En la experiencia de santa Teresa, esa luz que busca el hombre se halla en las lecturas, en el trato con las personas a su alrededor, y especialmente en la oración que es el trato de amistad con Dios por medio de la persona de Jesucristo. Las lecturas ayudan mucho para recoger (cfr. V 4, 8). De ahí mantiene expresamente la tradición monástica de la *lectio divina*, prescribiendo una hora de lectura comunitaria cada día. Lo mismo hacen las Carmelitas de santa Teresa: “En acabando vísperas..., se tenga una hora de lección (Const. 2, 3).

Sin embargo, sucede que muchas veces las lecturas no sirven para nada sin la explicación. Por tanto, hace falta la ayuda de un maestro experimentado, de un letrado, de un guía espiritual para explicar lo que se lee. Así lo experimenta el etíope en *Hechos de los Apóstoles*: “¿Cómo lo puedo entender si nadie me guía en la lectura?” (Hch 8, 31). No obstante, no podemos lograr toda la verdad sin la ayuda divina. Sólo podemos alcanzar la verdad en su totalidad con la luz que experimentamos en la oración y contemplación que es el trato personal e íntimo con Dios por medio de Jesucristo. Porque todo el conocimiento de Dios, el de otras realidades se nos comunica por el Verbo, la Palabra hecha carne en el Espíritu Santo: “Ni la sabiduría de los sabios, ni la inteligencia de los doctos pueden concebir la sutileza del alma ni describir su

sustancia. Este privilegio pertenece sólo a aquellos a quienes el Espíritu Santo ha revelado los secretos del alma y concedido su pleno conocimiento (Hom. 49, 4: PG 34, 815)”⁸⁵.

1. LAS LECTURAS TERESIANAS

No cabe duda de que Teresa es amiga apasionada de libros. “Ha sido desde niña una gran lectora. Ha devorado los libros con pasión en una mezcla de curiosidad femenina y ansia metafísica de la verdad”⁸⁶. Lo aprendió de sus padres. Su padre era aficionado a leer buenos libros (cfr. V 1, 1). Con su madre, aficionada a leer libros de caballerías, se entregó, ya adolescente, a la lectura de estos libros, “que, si no tenía libro nuevo, no me parece tenía contento” (V 2, 1). La afición a los buenos libros, a saber, cuentos de la vida de los santos, que tuvo de niña y perdió en su mocedad leyendo libros de caballerías, la recobró en casa de su tío Pedro de Cepeda en Hortigosa, “cuyo ejercicio era buenos libros de romance” (V 3, 4). El tío hizo que se los leyera “y aunque no era amiga de ellos, mostraba que sí” (V 3, 4). Desde entonces, no la perderá nunca. Por eso, “cuando se quitaron muchos libros de romance, que no se leyesen (se refiere al Índice de libros prohibidos de 1559), yo sentí mucho, porque algunos me daba recreación leerlos” (V 26, 6). Es que, para ella, las lecturas y los libros son el mantenimiento para el alma como el comer para el cuerpo: “Porque es en parte necesario este mantenimiento para el alma, como el comer para el cuerpo” (Const. 8).

En consecuencia, cuando en las *Constituciones*, n. 8, perfila la biblioteca conventual de los conventos, escribe: “Tenga cuenta la priora con que haya buenos libros, en especial *El Cartujano, Flos sanctorum, Contemptus mundi (Imitación de Cristo)*”. Además, es un medio para ver las verdades y el ruin camino que ella llevaba y evitar las ocasiones de caer en la tentación: “Pues teniendo oración y lección -que era ver verdades y el ruin camino que llevaba- e importunando al Señor con lágrimas muchas veces, era tan ruin que no me podía valer, apartada de esto, puesta en pasatiempos con muchas ocasiones y pocas ayudas -y osaré decir ninguna sino para ayudarme a caer-, ¿qué esperaba sino lo dicho?” (V 19, 12). Entre los libros que leía santa Teresa y donde encontraba las verdades del hombre, del demonio, del mundo y de Dios destacamos la Escritura, los libros de los padres de la Iglesia, los libros de los autores de su tiempo.

⁸⁵ R. Moretti, “Verdad”, en *Diccionario de Espiritualidad*, dir. Ermanno Ancilli, (Barcelona: Editorial Herder, 1987), Tomo III, 365.

⁸⁶ Castellano, “Espiritualidad teresiana. Experiencia y doctrina”, 183.

1.1. Las Escrituras

Según los estudios⁸⁷, se afirma que santa Teresa no leyó íntegramente la sagrada Escritura. Por eso, su información y formación bíblicas son deficientes. Su conocimiento de la Biblia es indirecto⁸⁸ porque, aunque existían Biblias totales y parciales en ese tiempo, en las bibliotecas a las que tuvo acceso la Santa, tanto familiares como de los monasterios no consta que hubiese alguna edición de la Biblia total o parcial⁸⁹. Entonces, la Santa adquirió su conocimiento de la palabra de Dios a través de las palabras oídas a sus padres, a su abuela materna, a María Briceño, la encargada de las seglares recogidas en el convento de Agustinas de Nuestra Señora de Gracia; a través de las palabras de los libros de oración, de otros libros de lectura, como la *Vita Christi*, los *Flos Sanctorum* y los *Morales* de san Gregorio, de su trato asiduo con los amigos letrados y espirituales, de su consulta los frailes de la misma Orden y de su formación carmelita en la Encarnación. Los estudios nos dicen que “gran parte de su contacto bíblico era en medio de un ambiente litúrgico, de oración eclesial y comunitaria, en que se ejercitaba y expresaba la fe cristiana, a través de los leccionarios, sermones, liturgia de las horas y libros de devociones”⁹⁰.

Por eso, el número de textos que llegaron a su conocimiento y que impactaron su vida es pequeño. La razón es que no sabía el latín que era la lengua oficial de la Iglesia de aquel tiempo (cfr. V 15, 8). Además, en su tiempo, “no existía una Biblia completa en romance para uso de la gente sencilla y culta que no sabía leer latín. Solamente las *Epístolas* y *Evangelios* de la misa de todo el año, algunos libros del Antiguo Testamento y algunas epístolas de San Pablo”⁹¹. Por lo tanto, tiene que pedir a sus amigos teólogos que le expliquen algunos pasajes del *Cantar de los Cantares*: “Rogándoles yo que me declaren lo que quiere decir el Espíritu Santo y el verdadero sentido de ellos” (MC 1, 8). Sin embargo, la explicación del “romance sólo, tan oscuro nos queda como el latín” (MC 1, 2), confiesa ella⁹².

A pesar de todo esto, su amor por la palabra de Dios, más concretamente los *Evangelios* cuya lectura era para ella una de sus grandes delicias, y su deseo ardiente de beber en ella asoman a

⁸⁷ Román Llamas, *Biblia en Santa Teresa*, (Madrid: Editorial de Espiritualidad, 2007); Martín Martínez Larios, “Raíz bíblica de la mística teresiana. Presencia de la Biblia en la obra teresiana”, (Tesis doctoral, Universidad de Comillas, 2015).

⁸⁸ Nos puede servir el segundo capítulo de la tesis de Martínez en la que se discute la cuestión: ¿leyó Teresa una Biblia en español?

⁸⁹ Martínez, “Raíz bíblica de la mística teresiana. Presencia de la Biblia en la obra teresiana”, 169.

⁹⁰ *Ibid.*, 101.

⁹¹ Llamas, *Biblia en Santa Teresa*, 36.

⁹² Maximiliano Herráiz, *A zaga de tu huella. Estudios teresianos-sanjuanistas y de espiritualidad*, (Burgos: Monte Carmelo, 2004), 47.

todas las páginas de sus obras⁹³. Así lo confiesa creyendo que las palabras de los Evangelios son las mismas palabras pronunciadas por Cristo, que le conectan directamente con Él: “Siempre he sido aficionada y me han recogido más las palabras de los *Evangelios* que se salieron por aquella sacratísima boca, así como las decía, que libros muy bien concertados” (CE 35, 4). Nuestra Santa confiesa que las lecturas infantiles del *Evangelio* y de los *Flos Sanctorum* causaron en su conciencia un temprano despertar, cuando a la edad de “seis o siete años” quiso el Señor que “me quedase en esta niñez imprimido el camino de la verdad” (V 1, 1.5). Una verdad que recuperaría después, tras los devaneos de adolescencia: “con la fuerza que hacían en mi corazón las palabras de Dios, así leídas como oídas, vine a ir entendiendo la verdad de cuando niña” (V 3, 5). Por eso, para Teresa, la Sagrada Escritura es superior a todos los libros espirituales y culturales porque es inspirada por el Espíritu Santo (cfr. MC 1, 8); porque comunica las verdades de Dios para sustentar el vivir y orar (cfr. V 13, 16), para caminar sin temor a ser engañada (cfr. V 30, 1; CC 4ª 7; CC 4b7), y para verificar como norma, la autenticidad de sus experiencias oracionales (cfr. V 25, 13; 32, 17; 33, 5). En resumen, la Santa reconoce la Sagrada Escritura como un texto de carácter inspirado, inerrante y normativo⁹⁴.

No es extraño que, con esta afición a la palabra de Dios, cuando el inquisidor general Fernando de Valdés promulgó el *Índice* de libros prohibidos en 1559, le produjo una gran pena y se queja al Señor. Porque para ella, son sus mejores libros de meditación y suplencia de los libros prohibidos por los inquisidores⁹⁵. Su honda necesidad de vivir en la verdad, de conformarse con Dios se traducirá concretamente en necesidad de confrontamiento, para la encarnación vivencial, con la palabra bíblica. Su búsqueda de la verdad es búsqueda de la verdad contenida en la Biblia. Pues, en la vivencia de Teresa, la palabra inspirada nos ofrece la misma verdad divina en su más pura y perfecta traducción al lenguaje humano. “Se trata de una experiencia de la Escritura divina como verdad, en sentido de autenticidad divina, de fuente de vida verdadera, de felicidad legítima que arranca sólo de Dios y sólo desde Dios se explica. De hecho, toda la descripción la hace desde la verdad sentida y entendida en la experiencia”⁹⁶. “La verdad que místicamente percibe Teresa está en la Biblia. Esa verdad es la Biblia. Teresa nos sorprende con esta flexión brusca para nosotros, absolutamente normal, suave, ‘lógica’ para ella: a quien acaba de entender que Dios es la verdad se le dirige hacia la Escritura. Ahí está esa verdad que a ella se le acaba de mostrar en comunicación, mística, inefable. Oigamos sus

⁹³ Ibid., 41.

⁹⁴ Martínez, “Raíz bíblica de la mística teresiana. Presencia de la Biblia en la obra teresiana”, 221-222.

⁹⁵ Daniel de Pablo Maroto, *Lecturas y maestros de santa Teresa*, (Madrid: Editorial de Espiritualidad, 2009), 37.

⁹⁶ Llamas, *Biblia en Santa Teresa*, 94.

propias palabras: ‘Mas bien entendí ser la misma Verdad: No es poco esto que hago por ti, que una de las cosas es en que mucho me debes. Porque todo el daño que viene al mundo es no conocer las verdades de la Escritura con clara verdad. No faltará una tilde de ella’ (V 40, 1). Así la Biblia pasa a primer término de la conciencia de Teresa. La Escritura es la verdad de Dios”⁹⁷. Por tanto, podemos afirmar que “no se encarecerá nunca bastante el lugar privilegiado que ocupa la Biblia en la espiritualidad teresiana. Aun teniendo que reconocer que el contacto de la Santa con la Palabra de Dios ha sido fragmentario, velado a veces por el latín y empobrecido por la falta de una visión global del mensaje bíblico, hay que reconocer el peso determinante que tiene en su formación espiritual y su magisterio”⁹⁸.

Consecuentemente, con esta experiencia, la Escritura se convierte en fuente pura y perenne de su vida espiritual, de vida en la verdad. La Escritura se convierte en norma y canon de la vida de Teresa como hemos afirmado arriba. La Escritura sagrada se convierte en lugar de encuentro y comunión en el que se ve y se experimenta la entrega mutua de Dios al hombre y del hombre a Dios. Es el lugar donde se ve que vivir a Dios como centro de la propia vida, “andar en verdad delante de la misma verdad” es vivir de acuerdo con la palabra bíblica, andar a la luz de la Escritura⁹⁹. Esto es lo que el Concilio Vaticano II confirma de la Iglesia muchos años más tarde: “La palabra de Dios encierra tan gran fuerza y poder que es el sustento y vigor de la Iglesia, la firmeza para sus hijos, el alimento del alma y la fuente cristalina y perenne de la vida espiritual” (DV 21). Simplemente porque la Palabra de Dios es espíritu y vida. Es la Verdad para la vida. Es Cristo Jesús, el camino, la verdad y la vida (cfr. Jn 14, 6). Así que, “la Palabra de Dios es su vida espiritual y, a medida que la vida crece y se desarrolla, crecen, se desarrollan y se intensifican la vivencia y experiencias de la Palabra de Dios, pues su desarrollo e intensificación se realizan a impulsos de las palabras de Dios, que son espíritu y vida”¹⁰⁰. Por tanto, podemos concluir que “la referencia a la Biblia, la necesidad imperiosa e irresistible de ‘conformarse’ a la palabra de Dios es una de las más vivas y características notas de la mística teresiana. Quiere saber la palabra para discernir su vivencia con toda garantía. Esto es lo que explica su búsqueda permanente, sobre todo a partir de su ingreso en las oraciones infusas, de los letrados”¹⁰¹. La razón es que es consciente la Santa que la ignorancia de la revelación, de la palabra de Dios hace mucho daño al orante. De ahí, no se cansa de repetir el criterio por

⁹⁷ Herráiz, *A zaga de tu huella. Estudios teresianos-sanjuanistas y de espiritualidad*, 52.

⁹⁸ Castellano, “Espiritualidad teresiana. Experiencia y doctrina”, 187.

⁹⁹ Herráiz, *A zaga de tu huella. Estudios teresianos-sanjuanistas y de espiritualidad*, 53.

¹⁰⁰ Llamas, *Biblia en Santa Teresa*, 156.

¹⁰¹ Herráiz, *A zaga de tu huella. Estudios teresianos-sanjuanistas y de espiritualidad*, 44

excelencia de la autenticidad de la experiencia mística: “Que vaya conforme a la Escritura” (V 25, 12) y que “por cualquier verdad de la sagrada Escritura” se “pondría a morir mil muertes” (V 33, 5). Para Teresa, “la palabra de Dios alcanza e ilumina, ‘juzga’ y discierne al hombre en su situación concreta, existencia”¹⁰². Hemos dicho esto sin olvidarnos el hecho de que también “los ‘efectos’ de después, es decir el comportamiento ético, es para Teresa, el lugar de autenticación de toda experiencia mística, su etiqueta de garantía, su mejor ‘denominación de origen’: ‘En los efectos y obras de después se conocen estas verdades de oración, que no hay mejor crisol para probarse (4M 2, 8); ‘Esto se entiende mejor, cuando anda el tiempo, por los efectos’ (7M 2, 6). La fundamentación bíblica de este principio es de sobra conocida: ‘Por sus frutos los conoceréis’ (Mt 7, 16). En Mt 7, 21-23 el Señor nos juzga según los frutos, y no según la corrección teológica de nuestras palabras o credos. Para Mateo, el amor es el único criterio de la verdad o falsedad de una fe, así como de su comprensión”¹⁰³. Respecto a esto, lo veremos más adelante en el tercer capítulo cuando hablaremos de los frutos de la liberación interior del hombre.

Además, hemos de tener en cuenta otras dos cosas. Primero, esta experiencia de la palabra de Dios de santa Teresa no se trata de una experiencia de “conocer la Escritura como un libro más, sino de conocer las verdades de la Escritura, de conocer la verdad salvífica de la Palabra de Dios, que nos recuerda el Vaticano II, ‘el Evangelio como fuente de toda verdad salvadora y de toda norma de conducta’ (DV, 7), la verdad profunda de Dios y de la salvación del hombre transmitida en la revelación y que se realiza plenamente en Cristo, la Verdad escondida en el misterio de Cristo. Se trata de conocer la Verdad, que es Cristo, para vivir de él y conformarnos en todo con él. Ésta es la verdad sustancial. El resto no será más que desmenuzar esta verdad salvífica sustancial”¹⁰⁴. Es que las verdades de la Sagrada Escritura revelan a Teresa quien es Dios y lo que es de su agrado. Al mismo tiempo revelan lo que en las cosas del mundo hay de mentira, vanidad, caducidad, poco peso y trascendencia. Sin embargo, no se trata de una experiencia de conocimiento de Cristo que resulte en una minusvaloración de lo humano como mentiroso, caduco y pasajero, sino de una experiencia que permite abrazar lo humano y liberarlo de lo que tiene de caducidad e intrascendencia para que transparente lo divino¹⁰⁵.

Segundo, la experiencia de la Santa de la Escritura sagrada es un leer la Palabra de Dios vitalmente, es vivirla como fuente de vida. Aunque, la Santa no sabe de exégesis científica, ni

¹⁰² Ibid., 43.

¹⁰³ Juan Antonio Marcos, *Teresa de Jesús. La transparencia del misterio*, (Madrid: San Pablo, 2015), 110.

¹⁰⁴ Llamas, *Biblia en Santa Teresa*, 90.

¹⁰⁵ Martínez, “Raíz bíblica de la mística teresiana. Presencia de la Biblia en la obra teresiana”, 231.

necesita para meterse de lleno en la comprensión de la Palabra de Dios, el recordar de las palabras de Dios nacido del Espíritu Santo le hace crecer en la verdad y en el amor. Experimenta la Escritura más que como a libro, como a su Majestad – Verdad que habla y predica en ella las verdades. Así lo afirma Llamas: “La Santa está ejerciendo su liturgia personal mediante el recuerdo-actualización de las palabras vivificadoras de Dios que han ido forjando la rica historia de la salvación de su experiencia con su luz y su fuerza. Ha personalizado el contenido de las palabras de Dios, oídas y leídas, a base de una experiencia continuada de las mismas, de una liturgia frecuente y cuando llegan situaciones afines a esos contenidos, hechos vida, el Espíritu se los recuerda, se los hace revivir, enriqueciendo su alma”¹⁰⁶.

Por lo tanto, a la Santa, “las palabras de la Escritura santa le interesan y que algunas la han impresionado más en particular, y hace de ellas una experiencia repetida, incorporándolas a los momentos concretos de su vida espiritual. Actualiza y vive repetidamente la Palabra de Dios de una manera consciente y agradecida al Señor”¹⁰⁷ porque las palabras de Dios le hacen mucho bien a su alma, especialmente en el proceso espiritual de su vida. Lo confiesa en estas palabras: “Otro tiempo traía yo delante muchas veces lo que dice San Pablo, que todo se puede en Dios. En mí bien entendía no podía nada. Esto me aprovechó mucho... Pensaba muchas veces que no había perdido nada San Pedro en arrojarse en la mar, aunque después temió” (V 13, 3). Un ejemplo de la experiencia de liberación de un momento difícil y angustiosa de su vida espiritual que le hace recordar la palabra de Dios es cuando ante una consulta suya, el caballero santo, Francisco de Salcedo y el clérigo letrado, piadoso y culto, Gaspar Daza, le dictaminan que todo lo que le pasa, al parecer de entrambos, es demonio: “Todo era llorar. Y estando en un oratorio muy afligida, no sabiendo qué había de ser de mí, leí en un libro -que parece el Señor me lo puso en las manos- que decía San Pablo: Que era Dios muy fiel, que nunca a los que le amaban consentía ser del demonio engañados. Esto me consoló mucho” (V 23, 15).

Además, por la luz de la palabra de Dios, “los temas cruciales de la mística teresiana, como son la inhabitación de la Trinidad y la unión con Dios, descansan sobre una exégesis bíblica bien segura... De muchos textos de la Escritura ha tenido una experiencia mística... La Biblia, sin duda alguna, es la fuente primaria de la doctrina teresiana, pero como texto vivido y experimentado”¹⁰⁸. Por ejemplo, refiriéndose a la compañía de Jesucristo que siempre trae en

¹⁰⁶ Llamas, *Biblia en Santa Teresa*, 81.

¹⁰⁷ *Ibid.*, 72.

¹⁰⁸ Castellano, “Espiritualidad teresiana. Experiencia y doctrina”, 188.

su alma, la palabra de Dios le asegura así: “Me acordé de cuando San Pedro dijo: Tú eres Cristo, hijo de Dios vivo; porque así estaba Dios vivo en mi alma” (R 54). Por eso, “no cabe duda que el descubrimiento más hondo y entrañable de Cristo lo hizo a través de la lectura de los Evangelios. En ellos le parece escuchar todavía vivas las mismas palabras de Jesús, - ‘que sé salieron por aquella sacratísima boca así como las decía’ (CE 35, 4) -, como ella escribe en la primera redacción del *Camino de perfección* y que, desgraciadamente eliminó en la segunda, no sabemos por qué”¹⁰⁹.

Para la Santa, las palabras de Dios son palabras tan verdaderas y eficaces que no pueden faltar y si nos disponemos a ellas, las entenderemos, las experimentaremos y nos transformarán nuestro ser, nuestra vida. Y la prueba más clara de esta experiencia de la eficacia de las palabras del Señor para la Santa arrancadas en la fe y experiencia de las palabras de la Escritura, está en lo que escribe del matrimonio espiritual. “Viene describiendo cómo se aparece el Señor por visión intelectual en el centro del alma, como cuando se apareció a los apóstoles con las puertas cerradas y les dijo: *Pax vobis*, y comenta: ‘Heme acordado que esta salutación del Señor debía ser mucho más de lo que suena, y el decir a la gloriosa Magdalena que se fuese en paz; porque como las palabras del Señor son hechas como obras en nosotros’ (7M 2, 7). Y trayendo otras palabras de la oración sacerdotal de Jesús, en que pide, no sólo por los apóstoles, sino por los que han de creer en él por la palabra de ellos, concluye de una manera universal: ‘¡Oh, válgame Dios, qué palabras tan verdaderas!, y ¡cómo las entiende el alma, que en esta oración lo ve por sí! Y ¡cómo lo entenderíamos todas si no fuese por nuestra culpa, pues las palabras de Jesucristo nuestro Rey y Señor no pueden faltar!’ (7M 2, 8). Lo mismo afirma en las *Exclamaciones*, al recordarle a Jesús que él mismo dice: Venid a mí todos los que tenéis sed, que yo os daré a beber. ‘Hay grandísima necesidad de agua para que en ella no se acabe de consumir [el que vive en las vivas llamas de las codicias de las cosas miserables de la tierra]. Ya sé yo, Señor mío, de vuestra bondad que se lo daréis; Vos mismo lo decís; no pueden faltar vuestras palabras’ (Exc 9, 1)”¹¹⁰.

Hemos visto que las palabras de Dios no solamente le hacen a Santa Teresa entender las verdades, sino que le liberan de sus ataduras, le transforman su persona de una manera radical. Es que la palabra de Dios es eficaz y operativa como lo dice la carta a los hebreos: “La Palabra de Dios es viva y eficaz y más cortante que espada de doble filo” (Heb 4, 12). Dentro de este contexto experiencial bíblico nos cuenta que, estando con gran fatiga, entendió estas palabras

¹⁰⁹ De Pablo Maroto, *Las lecturas y maestro de santa Teresa*, 41.

¹¹⁰ Llamas, *Biblia en Santa Teresa*, 115.

del Señor: “No hayas miedo, hija mía. Yo soy y no te desampararé; no temas” (V 25, 18). Y con estas palabras se sintió sosegada, animosa, segura, iluminada, toda cambiada. Aquí radica el poder performativo de las palabras. Recordamos que las Escrituras son palabras de Dios transmitidas por palabras humanas. Además, no hay ninguna duda que los evangelistas eran verdaderos místicos. Por eso, “en su dimensión performativa el lenguaje de los místicos busca poner de manifiesto esa fuerza, una fuerza capaz de transformar tanto la vida propia como la vida de los demás. La palabra mística tiene poder para contagiar y transformar la vida de los otros (‘engolosinar’ al lector, que dice Teresa). Y es que la misma experiencia de Dios, si se escribe y describe, si se cuenta y se comunica a los demás, es por medio de historias experienciales que comprometen a los oyentes o lectores, como se percibe en la autobiografía teresiana. La performatividad incluye y desborda la mera ‘historia de los efectos’”¹¹¹.

Podemos concluir diciendo que esta experiencia transformadora de la Palabra de Dios es uno de los aspectos más interesantes de la experiencia de la Santa desde los primeros años de su vida cristiana: las palabras de Dios oídas y leídas se imprimen en su espíritu y la vuelven a la verdad de cuando niña, siente su fuerza para darle paciencia en la enfermedad, para devolverle el consuelo cuando está hecha un mar de lágrimas. “Esta fe y experiencia normal de la eficacia de la palabra de Dios se hace pronto experiencia sobrenatural, sobre todo a partir del año de 1559, en el que las hablas del Señor se multiplican. Siempre ha creído que las palabras de Jesús en el Evangelio son poderosas y eficaces, ahora lo experimenta, cuando siente que todas las potencias de su alma obedecen su voz”¹¹².

1.2. Los Padres de la Iglesia

Además de la Biblia, Santa Teresa era también “una lectora apasionada y una oyente devota de los grandes maestros de teología y espiritualidad”¹¹³. “Por su testimonio explícito conocemos una serie de libros espirituales de diversos autores y corrientes que ella ha leído y que en determinados momentos de su vida han tenido un influjo especial”¹¹⁴. Entre los buenos libros de estos grandes maestros de la tradición y espiritualidad cristiana, en particular los Padres de la Iglesia que recuerda la Santa haber leído se encuentran las *Epístolas* de San Jerónimo (cfr. V 3, 7), los *Morales* de San Gregorio Magno (cfr. V 5, 8), las *Confesiones* de San Agustín, las *Meditaciones* de San Agustín (cfr. V 9, 7).

¹¹¹ Marcos, *Teresa de Jesús. Transparencia del Misterio*, 241.

¹¹² Llamas, *Biblia en Santa Teresa*, 113.

¹¹³ De Pablo Maroto, *Lecturas y Maestros de Santa Teresa*, 94-95.

¹¹⁴ Castellano, “Espiritualidad teresiana. Experiencia y Doctrina”, 183-184.

Santa Teresa se encontró con san Jerónimo en una época temprana de su vida en la que se debatía entre el sí y el no a la vida religiosa. Mientras la lectura de libros de caballerías en la casa paterna enfría sus deseos de adolescente (cfr. V 2, 1) y le hace “enemiguísima de ser monja” (V 2, 8), la lectura y la reflexión meditativa de las obras de Jerónimo, en particular las *Epístolas* es factor importante de las decisiones para su destino futuro. La lectura de las cartas de san Jerónimo alrededor de los 18-19 años durante la convalecencia en casa de su tío D. Pedro de Cepeda en Ortigosa le ayuda a entender “la verdad de cuando niña, de que no era todo nada, y la vanidad del mundo, y cómo acababa en breve” (V 3, 5) hasta comprender que ser monja “era el mejor y más seguro estado” para la eterna salvación (V 3, 5) y a superar la dependencia de su padre que era uno de los últimos obstáculos al discernir y decidir su vocación religiosa: “Leía en las *Epístolas* de San Jerónimo, que me animaban de suerte que me determiné a decirlo a mi padre, que casi era como a tomar el hábito” (V 3, 7). El contacto con san Jerónimo le ayuda a Teresa “a desenredar todos los nudos de la enmarañada madeja de las razones y las contra-razones, para optar definitivamente por ser monja en *La Encarnación* de Ávila”¹¹⁵. Las palabras leídas por Teresa, en una edición que se encontró en la biblioteca de la casa paterna, sonaban así.

“Dime, caballero delicado, qué haces en casa de tu padre. ¿Dónde está el real asentado contra los enemigos, dónde la cava chapada de lo cerca?... Está atento y verás cómo suspiran tus enemigos por robarte la joya que este capitán te dio el día que te armó caballero. Sabes que tanto ha de pesar en tu voluntad la fe que a este Señor prometiste, que si vieses, queriendo salir a la batalla, que se te ponen delante, padre, madre, hijos, nietos, con ruegos, lágrimas y suspiros por detenerte, tú debes cerrar los ojos y orejas, y, si menester fuere, hollando por encima de todos, volar el pendón de la Cruz, donde tu gran Capitán te espera. Y ten por cierto que no hay en el mundo tanta piedad como esta crueldad... ¿Paracerte ha honesta cosa, que vea yo a mi enemigo la espada sacada y el brazo alzado para herirme, y que vuelva a mirar las lágrimas de mi madre? ¿Y ternásme por cuerdo que pierda de ser caballero de Jesucristo por amor de mi padre, que aun si es con dejar a Cristo, no debo pararme a enterrarlo?”¹¹⁶.

En este pasaje que acabamos de citar, vemos que el episodio conflictivo entre ella y su padre (cfr. V 3, 7) parece ser un duplicado del propuesto por san Jerónimo al amigo Heliodoro. Por tanto, Teresa pudo ahondar en el sentido y las exigencias de la vida religiosa y decidir su

¹¹⁵ De Pablo Maroto, *Lecturas y Maestros de Santa Teresa*, 102. Teresa sale el 2 de noviembre de 1535 de casa de su padre al monasterio de la Encarnación.

¹¹⁶ Traducción de Juan de Molina, Sevilla, 1532, fols. 68-69. Citado por Daniel de Pablo Maroto, *Lecturas y Maestros de Santa Teresa*, 102-103.

vocación religiosa¹¹⁷. Además, el encuentro con este santo y la lectura de sus cartas tienen otras influencias en la Santa: “la importancia del consuelo, de la amistad sensible, del peligro de las amistades espirituales, de la necesidad del combate por la oración, las curiosidades del espíritu, los peligros de la imaginación, la necesidad de huir de las compañías mundanas y de unir la lectura de libros santos al trabajo manual”¹¹⁸.

En su proceso espiritual, la Santa tuvo que luchar contra sus enfermedades y las tentaciones del demonio, la naturaleza del mal, especialmente en llevar a cabo la obra de las fundaciones. Superó las dificultades gracias a su conocimiento sobre la realidad del demonio, de la enfermedad que adquirió en su lectura de los *Morales* de San Gregorio Magno que es el comentario difuso al libro de Job. Aunque de San Gregorio Magno, como de todos los demás testigos de la gran tradición eclesial, leyó poco dado que las citas y referencias a sus escritos son pocas, sabe extractar elementos esenciales del pensamiento del Santo. La actitud del santo Job, hombre paciente y creyente en Yahvé que se atreve a “dialogar” con Dios con fe, confianza y amor y la libertad con que Job se enfrenta con el Dios misterioso tienen que impresionar mucho a la orante Teresa. La lectura y reflexión de este comentario sobre el personaje de Job mientras convalecía de una gravísima enfermedad le preparan a soportar sus enfermedades con paciencia a lo largo de su vida religiosa. Así lo confiesa nuestra Santa: “Ahora me espanto, y tengo por gran merced del Señor la paciencia que Su Majestad me dio, que se veía claro venir de Él. Mucho me aprovechó para tenerla, haber leído la historia de Job en los *Morales* de San Gregorio”, y concretamente: “Traía muy ordinario estas palabras de Job en el pensamiento y decíalas: Pues recibimos los bienes de la mano del Señor, ¿por qué no sufriremos los males? Esto parece me ponía esfuerzo” (V 5, 8). Además, con la lectura de *los Morales* la Santa entiende que el demonio puede actuar a lo largo de toda la geografía del mundo, en todas las personas y en cualquier momento del día y de la noche, pero siempre con permiso de Dios, como ha afirmado expresamente San Gregorio Magno en *los Morales*¹¹⁹.

Para santa Teresa en su proceso espiritual, entre las lecturas de los tres Padres de la Iglesia, quizás la lectura más importante y definitiva es la de las obras de san Agustín, concretamente el último capítulo del libro octavo, el de aquella voz misteriosa que escuchó en el huerto de Milán de las *Confesiones* realizada cuando ella misma está en trance de conversión¹²⁰. Su

¹¹⁷ Tomás Álvarez, “Lecturas teresianas”, en *Diccionario de Santa Teresa de Jesús*, dir. Tomás Álvarez (Burgos: Monte Carmelo, 2000), 894.

¹¹⁸ Martínez, “Raíz bíblica de la mística teresiana. Presencia de la Biblia en la obra teresiana”, 63.

¹¹⁹ De Pablo Maroto, *Lecturas y Maestros de Santa Teresa*, 106-109.

¹²⁰ Álvarez, “Lecturas teresianas”, 895.

encuentro con el Santo es decisivo. Se siente identificada mucho con el Santo de Hipona (cfr. V 9, 7-8). Es que en el proceso de la conversión “aparecen con mayor evidencia las sintonías y los paralelismos entre el Agustín pecador y Teresa la mujer ingrata al acoso de Dios... Pecadores los dos; apesadumbrados ambos por dar largas a la voz interior de Dios que llamaba a la conversión; presencia de signos externos como mediación de la gracia, imagen de Cristo en Teresa, libro revelado en Agustín; lágrimas en los dos conversos como secuela del interior desasosiego y desahogo del alma, al mismo tiempo que arrepentimiento de los pecados y un amor a Cristo lleno de ternura; convencimiento de que lo oído y lo visto era la voz de Dios que revelaba su voluntad, que urgía la conversión”¹²¹. Así lo describe la Santa en su Autobiografía:

“En este tiempo (de conversión ante un “Cristo muy llagado”) me dieron las *Confesiones* de San Agustín, que parece el Señor lo ordenó, porque yo no las procuré ni nunca las había visto. Yo soy muy aficionada a San Agustín, porque el monasterio adonde estuve seglar era de su Orden y también por haber sido pecador, que en los santos que después de serlo el Señor tornó a Sí hallaba yo mucho consuelo, pareciéndome en ellos había de hallar ayuda y que como los había el Señor perdonado, podía hacer a mí” (V 9, 7). “Como comencé a leer las *Confesiones*, - sigue recordando - paréceme me veía yo allí. Comencé a encomendarme mucho a este glorioso Santo. Cuando llegué a su conversión y leí cómo oyó aquella voz en el huerto, no me parece sino que el Señor me la dio a mí, según sintió mi corazón. Estuve por gran rato que toda me deshacía en lágrimas, y entre mí misma con gran aflicción y fatiga” (V 9, 8).

Del san Agustín la Santa también descubre la presencia de Dios en lo hondo del alma y la llamada a la interioridad, la búsqueda de Dios en la interioridad. “Se apoya en san Agustín cuando aconseja buscar a Dios en lo interior del hombre, en un ejercicio de ensimismamiento o ‘recogimiento’, no en la periferia de las criaturas”¹²². Es que el alma es “capaz de Dios”, dotada de la presencia trinitaria. Así lo dice ella:

“Paréceme provechosa esta visión para personas de recogimiento, para enseñarse a considerar al Señor en lo muy interior de su alma, que es consideración que más se apega, y muy más fructuosa que fuera de sí -como otras veces he dicho- y en algunos libros de oración está escrito, adónde se ha de buscar a Dios. En especial lo dice el glorioso San Agustín, que ni en las plazas, ni en los contentos ni por ninguna parte que le buscaba, le hallaba como dentro de sí. Y esto es muy claro ser mejor. Y no es menester ir al cielo, ni más lejos que a nosotros mismos, porque es cansar el espíritu y distraer el alma y no con tanto fruto” (V 40, 6; cfr. P 8).

¹²¹ De Pablo Maroto, *Lecturas y Maestros de Santa Teresa*, 97-98.

¹²² *Ibid.*, 98.

La lectura del Santo de Hipona también le ayuda a Teresa a entender y convencerse de su manera de relacionarse con Jesucristo por medio de la Humanidad de Cristo aun en contra de muchos espirituales de su tiempo (cfr. V 22; 6M 7). Dice la Santa: “Yo sólo podía pensar en Cristo como hombre” (V 9, 6). “Mucho le hubiese alegrado a la Santa el recordar que al maestro Agustín le costaba pensar en Dios como algo espiritual y por eso su inteligencia le conducía a idearlo como algo corpóreo. En Agustín era un error y una herejía aprendida del maniqueísmo, porque lo aplicaba a Dios Padre, Uno y Trino, que es esencia inmaterial. Ella pudo leer en la traducción citada: ‘Muy torpe cosa me parecía creer que Tú tenías figura de carne humana y miembros como los nuestros. Mas, porque cuando yo quería pensar de mi Dios, no sabía pensar de ti sino grandeza de cuerpo, ni pensaba haber cosa que no fuese tal, ésa era o la sola o la mayor causa de mi error’ (*Confesiones*, 5, 10; ver también 7, 1)”¹²³.

Otra área de experiencia agustiniana apropiada por Santa Teresa es “el concederle la primacía a los dones de Dios. San Agustín lo menciona con la oración ‘dame Señor, lo que mandas y manda lo que quisieres’. Teresa afirma la centralidad de colocar la esperanza en la misericordia de Dios y fundar la conducta en el don divino (V 8, 12). Es por ello por lo que, en la experiencia de encuentro con el Cristo muy llagado, afirma; ‘me aproveché más, porque estaba ya muy descontenta de mí y ponía toda mi confianza en Dios’ (V 9, 3). La experiencia de concentración en el don divino será básica en la mística teresiana, concebida como experiencia del misterio en clave de puro don”¹²⁴.

1.3. Los autores medievales y de su tiempo

Entre los autores medievales y de su tiempo, de la literatura espiritual de la Edad Media, se encuentran el *Contemptus mundi* o *Imitación de Cristo* de Tomás de Kempis (Const. 2, 7), el *Cartujano* o *Vita Christi* de Ludulfo de Sajonia, el *Flos sanctorum* de Jacobo de Vorágine (cfr. Const. 8; V 38, 9; R 67, 1); el *Tercer Abecedario* de Francisco de Osuna (cfr. V 4, 7; 22, 1-5; 4M 3, 2), *Subida del Monte Sión* de Berardino de Laredo (cfr. V 23, 12), *Arte de servir a Dios* de Alonso de Madrid (cfr. V 12, 2), otros autores tales como Antonio Guevara, Pedro de Alcántara (cfr. V 30, 2), Luis de Granada (cfr. F 28, 41; Cta. 82, 1), Juan de Ávila, Bernabé de Palma, etc.¹²⁵.

Estos autores le han ayudado a la Santa en su búsqueda de la verdad. Teresa ha leído y ha asimilado, aprobando unas veces el contenido de los libros de estos autores y otras veces

¹²³ De Pablo Maroto, *Lecturas y Maestros de Santa Teresa*, 99.

¹²⁴ Martínez, “Raíz bíblica de la mística teresiana. Presencia de la Biblia en la obra teresiana”, 116.

¹²⁵ Daniel de Pablo Maroto, *Teresa en oración*, (Madrid: Editorial de Espiritualidad, 2004), 169-172.

refutándolo¹²⁶ para defender su experiencia y su pensamiento como veremos en algunos casos. El primer caso es el de las teorías acerca de la humanidad de Cristo en la contemplación que nos cuenta en el capítulo 22 del *Libro de Vida* y en capítulo 6 de las sextas moradas del *Castillo Interior*. Con respecto a esto, la Santa hace recurso a la obra *Vita Cristi* del Cartujano, quizá una de sus preferidas obras¹²⁷. Otras influencias de este libro en la Santa son lo referente a la oración de quietud y unión, las señales de presencia del Espíritu Santo. Como para entender y asegurarse de la gracia que ella percibe y recibe en la oración mística como quien ha llegado al estado de los “perfectos”, particularmente la gracia de la presencia del Espíritu Santo en ella nos da su testimonio:

“Estaba un día, víspera del Espíritu Santo, después de misa. Fuime a una parte bien apartada, adonde yo rezaba muchas veces, y comencé a leer en un Cartujano esta fiesta. Y leyendo las señales que han de tener los que comienzan y aprovechan y los perfectos, para entender está con ellos el Espíritu Santo, leídos estos tres estados, parecióme, por la bondad de Dios, que no dejaba de estar conmigo, a lo que yo podía entender. Estándole alabando y acordándome de otra vez que lo había leído, que estaba bien falta de todo aquello, que lo veía yo muy bien, así como ahora entendía lo contrario de mí, y así conocí era merced grande la que el Señor me había hecho. Y así comencé a considerar el lugar que tenía en el infierno merecido por mis pecados, y daba muchos loores a Dios, porque no me parecía conocía mi alma según la veía trocada” (V 38, 9).

Los libros de vida de santos, *Flos sanctorum* también “influirán grandemente en Teresa, en su sensibilidad e inteligencia, ‘imprimieron... la verdad de cuando niña’ (V 3, 5). Ella leerá vidas de santos con pasión. Los santos fueron modelos vivos de santidad, de carácter heroico, mediadores de salvación, alentaron su disposición de dar mil vidas por las almas, la idea de la continuidad de la vida presente con el los bienes duraderos del cielo, o lo que ella llama como ‘el camino de la verdad’ (V 3, 5). Le infundieron deseos de martirio para ganar el cielo (cfr. V 1, 3-4). Hay influencia también para experiencias muy precisas como la de su conversión, viendo a Pablo, la Magdalena (V 9, 2) y san Agustín (V 9, 8) quienes le provocan arrepentimiento y petición de ayuda como intercesores. En su reforma son modelos los santos ermitaños de soledad contemplativa, vida ascética, encuentro con Dios en el silencio, pobreza (C 2, 7; 4, 2; 11, 4; 13, 6; F 14 ,4; V 33, 13; C 2, 8). Influirán también en la importancia de la determinada determinación, en su disposición para dar mil vidas por las almas o por el Señor

¹²⁶ Castellano, “Espiritualidad teresiana. Experiencia y Doctrina”, 184.

¹²⁷ De Pablo Maroto, *Lecturas y Maestros de Santa Teresa*, 120. Sobre la influencia del *Cartujo* cfr. un breve estudio de Tomás Álvarez, *Cultura de mujer en el siglo XVI. El caso de Santa Teresa de Jesús*, (Burgos: Monte Carmelo, 2006), 241-255.

o por la iglesia y la tipología modélica de los santos, de la casta de la que venimos. Los santos le aportarán más que argumentos o información teórica, testimonios para alentar su vida y orientar decisiones prácticas y ánimo”¹²⁸.

Otro ejemplo es cuando Teresa acude al libro de Bernardino de Laredo, *Subida del Monte Sión* para aclarar las opiniones de sus directores primerizos sobre su experiencia de la oración mística para librarse del miedo, aflicción y lágrimas que tenía cuando el Señor comenzará a darle “muy ordinario oración de quietud y muchas veces de unión” (V 23, 12). Así lo cuenta la Santa: “Mirando libros para ver si sabría decir la oración que tenía, hallé en uno que se llama *Subida del Monte*, en lo que toca a unión del alma con Dios, todas las señales que yo tenía en aquel no pensar nada, que esto era lo que yo más decía: que no podía pensar nada cuando tenía aquella oración” (V 23, 12). Lo que pasa es que este tipo de oración de quietud y de unión “le crea inquietud interior porque no logra servirse del entendimiento para meditar. El *no pensar nada*, significa desconcierto y no tener el control interior lo cual equivale al riesgo de ser tomada como hereje iluminada y ser llevada a la Inquisición. Esto se añade la desenfocada asesoría de Daza y Salcedo que le dicen que lo suyo es demonio”¹²⁹. Sin embargo, para Teresa, “no me podía persuadir a que fuese demonio” (V 23, 12). Al final, se libera de sus dudas y miedos después de leer *Subida del Monte Sión* del Bernardino de Laredo.

Seguramente, Tomás de Kempis es otro autor favorito y uno de sus maestros. De la lectura de los escritos de Santa Teresa no consta que la Santa leyera la obra del autor medieval, pero podemos sospechar que la conoció y la leyó. Es que el libro era el alimento espiritual preferente para los grandes espirituales y el pueblo en aquel tiempo. Es una de las obras que mejor y más sintéticamente reflejan la mentalidad de la *Devotio Moderna*, según la opinión de Daniel de Pablo Maroto¹³⁰. Además, alguna vez en los *Procesos* canónicos, la monja María de san Francisco testificó que era como su libro de cabecera. También, la Santa aconseja que la obra forme parte de la biblioteca de los conventos de sus monjas carmelitas descalzas: “Tenga cuenta la priora con que haya buenos libros, en especial *Cartujanos*, *Flos sanctorum*, *Contemptus mundi...*” (Const. 8). La edición que Teresa pudo haber leído fue la de Sevilla de 1536 titulada “*Contemptus Mundi*”, traducida por fray Luis de Granada. Sin duda es posible que, de la lectura de esta obra aprendió muchas cosas para su vida y enseñanza. Por ejemplo, la doctrina sobre las vanidades del mundo, las vanidades de ella misma y su desprecio; la

¹²⁸ Martínez, “Raíz bíblica de la mística teresiana. Presencia de la Biblia en la obra teresiana”, 59.

¹²⁹ Ibid., 123-124.

¹³⁰ De Pablo Maroto, *Lecturas y Maestros de Santa Teresa*, 122.

amargura de la vida presente para la persona verdaderamente espiritual, la transcendencia de los bienes espirituales, la búsqueda de Dios y el deseo del cielo, la práctica de las virtudes, la excelencia del Sacramento del altar, la Eucaristía, por la que sintió siempre una entrañable devoción, etc.¹³¹. En cuanto a la vanidad del mundo, así lo dice la Santa: “Porque ya que yo, gloria a Dios, no los tenía en cosas vanas, declaróseme aquí bien cómo era todo vanidad, y cuán vanos, y cuán vanos son los señoríos de acá” (V 38, 18). Respecto a la excelencia de la Eucaristía, aclama: “¡Oh Padre Eterno!... ¿Con qué tesoro compramos a vuestro Hijo? Venderle, ya sabemos que por treinta dineros; mas para comprarle no hay precio que baste. Como se hace aquí una cosa con nosotros por la parte que tiene de nuestra naturaleza y como señor de su voluntad, lo acuerda a su Padre, que pues es suya, que nos la puede dar. Y así dice: “pan nuestro”. No hace diferencia de Él a nosotros; mas hacemosla nosotros de Él, para no nos dar cada día por Su Majestad” (CV 33, 5).

2. EL ACOMPAÑAMIENTO ESPIRITUAL

En la experiencia de santa Teresa, no le bastan la lectura de la Escritura, tampoco la de los libros de la espiritualidad. Para ella, las verdades se revelan también en el trato personal, en las conversaciones con las personas de letra, con los espirituales, particularmente los confesores y los amigos espirituales. Por lo tanto, como no le basta tener una plena seguridad y certeza “subjetiva” de su propia experiencia espiritual, tampoco le basta su lectura bíblica, la Santa hace recurso a los letrados, a los espirituales: “Era menester ayuda de otros y darme la mano para levantarme” (V 23, 4). En su vivencia, sermones y consultas, diálogos intensos y concretos con estas personas han ido plasmando en ella la verdad, con mayor fuerza que lo hayan podido hacer los libros¹³². Porque “ellos son los intermediarios de la palabra, los ministros autorizados para brindarla. Y esto está claro: a Teresa, cada vez más, le agrada el teólogo por su conocimiento bíblico, porque ‘confirma’ con la sagrada Escritura. No es, pues, la erudición teológica, de escuela, sino la palabra lo que busca en y pide al teólogo”¹³³. En su vivencia, los letrados “nos enseñan a los que poco sabemos y nos dan luz y, llegados a verdades de la Sagrada Escritura” (V 13, 16). Todo esto se base en una ley general: “Dios adapta la distribución de su gracia a las condiciones de nuestra naturaleza. Dios se ha hecho hombre para traernos su vida divina. Ha instituido los sacramentos, signos sensibles, que son sus canales, y utiliza de modo

¹³¹ De Pablo Maroto, *Lecturas y Maestros de Santa Teresa*, 124-126.

¹³² Castellano, “Espiritualidad teresiana. Experiencia y doctrina”, 186.

¹³³ Herráiz, *A zaga de tu huella. Estudios teresianos-sanjuanistas y de espiritualidad*, 44-45.

habitual y continuo los acontecimientos exteriores, e incluso las causas libres, como mensajeros de su luz y los más auténticos intermediarios de su gracia”¹³⁴.

2.1. El magisterio oral de los letrados¹³⁵

La Santa está consciente de las grandes ilusiones y engaños en mujeres espirituales de su tiempo, en particular los alumbrados dada la condición de que “no tenemos las letras las mujeres” (CV 28, 10) de su tiempo: “Yo, como en estos tiempos habían acaecido grandes ilusiones en mujeres y engaños que las había hecho el demonio, comencé a temer, como era tan grande el deleite y suavidad que sentía, y muchas veces sin poderlo excusar” (V 23, 1). Por eso, tiene “el gran miedo que tenía de ser engañada” (V 38, 1). “Y para esto y para todo hay gran necesidad de maestros y trato con personas espirituales” (V 19, 15). Para Santa Teresa, “es tan importantísimo esto para almas que no están fortalecidas en virtud -como tienen tantos contrarios, y amigos para incitar al mal- que no sé cómo lo encarecer” (V 7, 21). Es que el entendimiento puede fabricar las cosas espirituales y las atribuye a Dios (cfr. V 25, 3). Además, “siempre andamos llenas de ellas, pues cae siete veces al día el justo, y sería mentira decir no tenemos pecado. Así que, aunque no sea en lo mismo que nos culpan, nunca estamos sin culpa del todo, como lo estaba el buen Jesús” (C 15, 4). De ahí, “me hizo buscar con diligencia personas espirituales con quien tratar [...] de sólo saber el modo que llevaban de vida y oración” (V 23, 2). Por lo tanto, acude nuestra Santa a muchos letrados y confesores para buscar ayuda, iluminación y seguridad para su experiencia espiritual, concretamente sus experiencias místicas para que digan si va conforme a las verdades de la Escritura. Es que “este lenguaje de espíritu es malo de declarar a los que no saben letras como yo” (V 11, 6). A este respecto dice la Santa: “Tratélo con este Padre mío dominico que -como digo- era tan letrado que podía bien asegurar con lo que él me dijese, y díjele entonces todas las visiones y modo de oración y las grandes mercedes que me hacía el Señor, con la mayor claridad que pude, y supliquéle lo mirase muy bien, y me dijese si había algo contra la Sagrada Escritura” (V 33, 5).

Según los estudios históricos, Santa Teresa “ha tratado con los mejores teólogos de España, se ha valido del consejo de muchos confesores, ha procurado entrar en contacto con personas de renombre y santidad como Luis de Granada, Francisco de Borja y Juan de Ávila. Ha tenido muy cerca a Juan de la Cruz, su ‘Senequita’, sin duda el mejor maestro y el espiritual más experimentado de su época”¹³⁶. Para ella, “ser letrado equivale a “tener buen entendimiento”,

¹³⁴ María Eugenio del Niño Jesús, *Quiero ver a Dios*, 4º ed. (Madrid: Editorial de Espiritualidad, 2002), 269.

¹³⁵ *Ibid.*, 283-306.

¹³⁶ Castellano, “Espiritualidad teresiana. Experiencia y doctrina”, 186.

“tener talentos”, “ser avisado”, ser capaz de discernir los espíritus. Por eso, con estas cualidades necesarias, estas personas de letras “son como libros vivos donde ella lee, escuchando la palabra de Dios. Acercarse a los letrados es para ella como acercarse al libro sagrado. Informarse de ellos es informarse de la Sagrada Escritura. Por eso, cuando acude a los letrados, les escucha atentamente y trata de asimilar lo que le dicen. En ocasiones recuerda lo que le han dicho. Hablando de una de las gracias con que el Señor le regaló, una visión imaginaria de la presencia de la Santísima Trinidad en su alma, afirma: ‘Y ahora veo de la misma manera lo que he oído a los letrados, y no lo he entendido como ahora, aunque siempre sin detenimiento lo creía, porque no he tenido tentaciones de la fe’ (CC 60, 1)”¹³⁷.

De aquí tiene mucho amor y respeto a los letrados verdaderos no primerizos. De ellos habla siempre con mucha veneración y respeto, pero sin encogimiento ni timidez: “Siempre fui amiga de ellos, que aunque algunos no tienen experiencia, no aborrecen al espíritu ni le ignoran; porque en la Sagrada Escritura que tratan, siempre hallan la verdad del buen espíritu” (V 13, 18). También tiene alta estima y singular aprecio de su función en la Iglesia: “Estoy muy aparejada a creer lo que dijeren los que tienen letras muchas; porque aunque no hayan pasado por estas cosas, tienen un no sé qué grandes letrados que, como Dios los tiene para luz de su Iglesia, cuando es una verdad, dásela para que se admita” (5M 1, 7). “¿Qué seríamos sin ellos entre tan grandes tempestades como ahora tiene la Iglesia?”, aclama la Santa (V 13, 14). “Los letrados para ella son los representantes de la iglesia, voces de su magisterio. Por eso, su entronque visible con la fe de la comunidad eclesial. Es decir, con la lectura de la Biblia que hace la Iglesia. Los letrados le aseguran su comunión con la fe de la iglesia. A los letrados, ‘porque los tiene para luz de su iglesia’ (6M 8, 8), está absolutamente segura, Dios ‘les dará a entender lo que han de enseñar’ (V 13, 19), desvelándoles ‘en la sagrada Escritura que tratan’ ‘las verdades del buen espíritu’ (V 13, 18). Por eso mismo no comprende la postura que aquellos ‘espirituales’ que rechazan el recurso a los ‘letrados’ para el discernimiento espiritual de la propia vida. Se privan de una conexión de más garantía y más visible con la Palabra de Dios”¹³⁸. “De ahí también que los letrados son los que nos enseñan la verdad y le aseguran en ella; porque la verdad está en la Sagrada Escritura. Son los que nos dan luz, la luz de Dios”¹³⁹.

Por lo tanto, avisa al orante con mucha insistencia: “Tengo para mí que persona de oración que trate con letrados, si ella no se quiere engañar, no la engañará el demonio con ilusiones, porque

¹³⁷ Llamas, *Biblia en Santa Teresa*, 51.

¹³⁸ Herráiz, *A zaga de tu huella. Estudios teresianos-sanjuanistas y de espiritualidad*, 46.

¹³⁹ Llamas, *Biblia en Santa Teresa*, 50-51.

creo temen en gran manera las letras humildes y virtuosas, y saben serán descubiertos y saldrán con pérdida” (V 13, 18). Todo es de base de su propia experiencia: “Creo tiene mucho delante de Dios un fraile de Santo Domingo, gran letrado, que él me despertó de este sueño; él me hizo, como creo he dicho, comulgar de quince a quince días; y del mal, no tanto” (V 19, 12). Con mucho amor, respecto y estima habla de su confesor Dr. Alonso Velázquez así: “Hízome tan grandísimo provecho, que desde entonces comencé a andar sin tantos temores. Verdad es que hubo otra ocasión, que no es para aquí. Mas, en efecto, me hizo gran provecho, porque me aseguraba con cosas de la Sagrada Escritura, que es lo que más a mí me hace al caso cuando tengo la certidumbre de que lo sabe bien, que la tenía de él, junto con su buena vida” (F 30, 1).

2.2. Las amistades con las personas espirituales

En el proceso espiritual de santa Teresa, las personas con las que se relaciona también juegan un papel importante¹⁴⁰. Es que, en la vida, particularmente la vida espiritual, el diálogo con el otro es siempre una ocasión de conversión propia en la que nos abrimos a la verdad de Dios, de la vida. Las amistades personales de la Santa a lo largo de su vida influyen bastante en su pensamiento y su persona a lo largo del proceso de liberación. Las amistades pueden constituir para ella una gran ayuda y un gran peligro. A veces eran un medio para el acceso a Dios y otras, hicieron surgir en ella un peligro. Echando un vistazo atrás desde la cima de sus 47 o 50 años, nos entrega su perfil relacional antes de ser liberada así: “Tenía una grandísima falta de donde me vinieron grandes daños, y era ésta: que como comenzaba a entender que una persona me tenía voluntad y si me caía en gracia, me aficionaba tanto, que me ataba en gran manera la memoria a pensar en él, aunque no era con intención de ofender a Dios, mas holgábame de verle y de pensar en él y en las cosas buenas que le veía. Era cosa tan dañosa, que me traía el alma harto perdida” (V 37, 4). En consecuencia, por una parte, tenía amistades, especialmente con las personas de fuera que “hicieron aridecer su vida espiritual. Hasta el punto de reducirla a la impotencia para desprenderse de ellas y recuperar la libertad interior. Impotencia para el desenganche afectivo, y pérdida de la libertad interior, son los dos aspectos negativos que ella subraya al hacer el balance de aquellos hechos (cfr. V 24)”¹⁴¹. Dice que “para caer había muchos amigos que me ayudasen” (V 7, 22; cfr. V 2, 3-5). Por otra parte, otras amistades le ayudaban a alcanzar la verdad y por eso se liberó de sus ataduras y a recuperar la libertad. Confiesa con gozo y gratitud el gran provecho que le hace la buena compañía (cfr. V 2, 5). Está

¹⁴⁰ María Eugenio del Niño Jesús, *Quiero ver a Dios*, 261-282.

¹⁴¹ Tomás Álvarez, “Amistad”, en *Diccionario de Santa Teresa de Jesús*, dir. Tomás Álvarez (Burgos: Monte Carmelo, 2000), 88.

convencida de que “está todo el medio de un alma tratar con amigos de Dios” (V 23, 4; cfr. 24, 4). Por lo tanto, “no es aventurado afirmar que sin las amistades, Teresa no hubiera podido realizar la ingente tarea de la reforma, ni sostenerse en su proceso permanente de conversión. Baste recordar el papel desempeñado por Gaspar Daza, Juan de Ávila, Francisco de Salcedo, los jesuitas del recién fundado Colegio de San Gil, los dominicos P. Ibáñez, García de Toledo y Bañez, Doña Guiomar y Doña Luisa de la Cerda, además de su familia, sobre todo Juana y su marido Juan de Ovalle, en el período de 1560-1567”¹⁴². De ahí, la mudanza de sus confesores buenos le costó mucho a la Santa: “En este tiempo mudaron a mi confesor de este lugar a otro, lo que yo sentí muy mucho, porque pensé me había de tornar a ser ruin y no me parecía posible hallar otro como él. Quedó mi alma como en un desierto, muy desconsolada y temerosa” (V 24, 4).

Para nuestro estudio, entre tantas personas de todas clases sociales, sin distinción de grandes ni pequeños, desde el rey Felipe II hasta aquel desarrapado y simpático de Andrada, que pobre hasta la miseria, se ofrece a ayudar a la Santa en la fundación de Toledo (cfr. F 15, 6), vamos a resaltar algunas amistades positivas que le ayudan a la Santa en su proceso de liberación. La primera es su trato con María de Briceño en el convento agustino de Santa María de la Gracia en Ávila en donde le mete su padre al no conseguir nada de quitar la ocasión de su trato con sus parientes. Allí en el monasterio se encuentra en compañía de los buenos. Escribe Teresa: “Comenzó mi alma a tornarse a acostumbrar en el bien de mi primera edad y vi la gran merced que hace Dios a quien pone en compañía de buenos” (V 2, 8). Por medio de trato con la monja agustina “muy discreta y santa” con la que tenía “buena y santa conversación”, reconoce la llamada de Dios a la vida religiosa: “Pues comenzando a gustar de la buena y santa conversación de esta monja, holgábame de oírla cuán bien hablaba de Dios, porque era muy discreta y santa. Esto, a mi parecer, en ningún tiempo dejé de holgarme de oírlo. Comenzóme a contar cómo ella había venido a ser monja por sólo leer lo que dice el evangelio: Muchos son los llamados y pocos los escogidos. Decíame el premio que daba el Señor a los que todo lo dejan por Él. Comenzó esta buena compañía a desterrar las costumbres que había hecho la mala y a tornar a poner en mi pensamiento deseos de las cosas eternas y a quitar algo la gran enemistad que tenía con ser monja, que se me había puesto grandísima” (V 3, 1). Cuando salió de este monasterio, Teresa estaba de algún modo transformada y “ya tenía más amistad de ser monja” (V 3, 2).

¹⁴² Ana M.^a López Díaz-Otazu, *Amor y libertad en Teresa de Jesús*, 39-40.

Otra amistad es su encuentro con el tío Pedro de Cepeda en Hortigosa, hombre de grandes virtudes cuyo hablar “era de Dios y de la vanidad del mundo” (V 3, 4) durante la recuperación de sus enfermedades. Aunque fueron pocos días que estuvo en la casa de su tío, con la fuerza que hacían en su corazón las palabras de Dios, así leídas como oídas por medio de las conversaciones espirituales y la buena compañía de su tío, Teresa vino “a ir entendiendo la verdad de cuando niña, de que no era todo nada, y la vanidad del mundo, y cómo acababa en breve, y a temer, si me hubiera muerto, cómo me iba al infierno. Y aunque no acababa mi voluntad de inclinarse a ser monja, vi era el mejor y más seguro estado. Y así poco a poco me determiné a forzarme para tomarle” (V 3, 5).

Pero, según la Santa, su trato con Francisco de Salcedo “fue principio para que mi alma se salvase” (V 23, 7). Según el parecer de nuestra Santa, era un caballero bendito, santo, humilde, casado, de vida tan ejemplar y virtuosa, de tanta oración y caridad, de mucho entendimiento y muy apacible para todos que en todo él resplandece su bondad y perfección. Su conversación no pesada, tan suave y agraciada, junto con ser recta y santa daba contento grande a los que trataba. De ahí, grande bien ha venido a muchas almas por su medio. Todo lo ordenaba para gran bien de las almas que conversaba (cfr. V 23, 6). La Santa se determinó a tratar con esta persona espiritual para preguntarle qué era la oración que tenía y que le diese luz, si iba errada, y hacer todo lo que pudiese por no ofender a Dios (cfr. V 23, 4). Aunque no entiende bien las cosas del espíritu, particularmente la compatibilidad entre los pecados y las mercedes místicas (cfr. V 23, 11), su cercanía, comprensión y humildad le dan mucho ánimo y fuerza a Teresa. Dice la Santa: “De esta vez quedé concertada con este caballero santo, para que alguna vez me viniese a ver. Aquí se vio su gran humildad, querer tratar con persona tan ruin como yo. Comenzóme a visitar y a animarme y decirme que no pensase que en un día me había de apartar de todo, que poco a poco lo haría Dios; que en cosas bien livianas había él estado algunos años, que no las había podido acabar consigo” (V 23, 10).

Gracias a este caballero bendito y santo, la Santa entrará en relación con muchas personas letradas y espirituales tales como Gaspar Daza, Diego de Cetina, Francisco de Borja, Baltazar Álvarez. Merece la pena mencionar su trato con Gaspar Daza, clérigo letrado, tan santo y siervo de Dios con quien la Santa pensó confesarse y tener por maestro. Pero, este padre le exige demasiado a la Santa: “Comenzó con determinación santa a llevarme como a fuerte, que de razón había de estar según la oración vio que tenía, para que en ninguna manera ofendiese a Dios” (V 23, 7). Sin embargo, Teresa no puede salir con tanta perfección porque todavía no tiene fortaleza. “En fin, entendí no eran por los medios que él me daba por donde yo me había

de remediar, porque eran para alma más perfecta; y yo, aunque en las mercedes de Dios estaba adelante, estaba muy en los principios en las virtudes y mortificación” (V 23, 9).

Fue el jesuita Juan de Prádanos quien ayuda a Teresa a alcanzar la liberación plena. El Padre Juan de Prádanos en el trato personal con ella cuando era rector del Colegio de San Gil descubrió el obstáculo para su avance espiritual, para su liberación plena. Son ciertas amistades personales, aunque no ofendían a Dios según ella. Por eso, sigue conservando estas amistades. Lo confiesa ella así: “No estaba aún mi alma nada fuerte, sino muy tierna, en especial en dejar algunas amistades que tenía. Aunque no ofendía a Dios con ellas, era mucha afición, y parecíame a mí era ingratitud dejarlas, y así le decía que, pues no ofendía a Dios, que por qué había de ser desagradecida” (V 24, 5). Pero, “con harta maña y blandura” “este Padre me comenzó a poner en más perfección. Decíame que para del todo contentar a Dios no había de dejar nada por hacer... Él me dijo que lo encomendase a Dios unos días y rezase el himno de *Veni Creator*, porque me diese luz de cuál era lo mejor” (V 24, 5). Mientras rezaba el himno, le vino un arrebataimiento tan súbito que fue la primera vez que el Señor le hizo esta merced de arrobamientos. Después de esta experiencia, la Santa se dio cuenta de que “aunque de suyo no eran muy malas, bastaban para estragarlo todo” (V 23, 5). Entonces, “Teresa entendió que ya no era tiempo de perderlo en vanas conversaciones con los hombres, y que la nueva vida iniciada tenía exigencias más totalitarias”¹⁴³: “Ya no quiero que tengas conversación con hombres, sino con ángeles” (V 24, 5). Desde ese momento Teresa se sintió liberada: “Ello se ha cumplido bien, que nunca más yo he podido asentar en amistad ni tener consolación ni amor particular sino a personas que entiendo le tienen a Dios y le procuran servir” (V 24, 6).

Desde su experiencia del beneficio e importancia del trato personal con las personas espirituales, nos regala este aviso: “Por eso, aconsejaría yo a los que tienen oración, en especial al principio, procuren amistad y trato con otras personas que traten de lo mismo. Es cosa importantísima, aunque no sea sino ayudarse unos a otros con sus oraciones, ¡cuánto más que hay muchas más ganancias!” (V 7, 20). Porque “gran mal es un alma sola entre tantos peligros” (V 7, 20).

3. LA ORACIÓN CONTEMPLATIVA

En el camino a la verdad no nos basta la luz que nos dan las lecturas, el trato con las personas que nos rodean. Necesitamos la luz de Dios como nos dice la Santa: “Para todo es necesario la luz del Señor”. El hombre tiene que aprender a conocer la verdad en la luz de Dios. Es que la

¹⁴³ Ana M.^a López Díaz-Otazu, *Amor y libertad en Teresa de Jesús*, 20.

verdad verdadera “con industria ni diligencia no se puede adquirir, aunque mucho se procure” (R 5, 3). Esta luz se nos da en nuestro trato personal con Él en la oración. Es que, para santa Teresa, la oración es el camino para entender las verdades. Dice la Santa: “La oración es donde el Señor da luz para entender las verdades” (F 10, 13; cfr. CV 22, 8). En este apartado vamos a ver cómo la oración nos ayuda a llegar a estas verdades: quién es Dios, quién soy yo; cuál es el mundo en que vivo y quién es el demonio. En la oración, trato continuo de amistad “con quien sabemos nos ama” (V 8, 5), sobre todo en la oración de unión, veremos por medio del testimonio de santa Teresa que el hombre “recibe luces altísimas acerca de la vida divina, el misterio trinitario, la comunicación de las divinas personas, el misterio de Cristo y de su encarnación”¹⁴⁴. En la oración subida, en la cumbre de la contemplación se le abren los ojos al alma para poder entender las verdades: “Llegada a vos, subida en esta atalaya adonde se ven verdades” (V 21, 5). En la oración, al hombre se le cambian los ojos. Adquiere ojos nuevos en Cristo para ver las realidades.

3.1. Aventura hacia la interioridad

En la espiritualidad cristiana, la oración es el camino hacia las profundidades del alma. La oración es el viaje del hombre hacia la interioridad. Porque en la oración se busca a Dios y Dios sale a buscarle al hombre. “La búsqueda de la interioridad es la búsqueda del Dios personal que vive dentro en el hondón del alma, y búsqueda de lo más nuclear del propio yo”¹⁴⁵. En el lenguaje teresiano, la oración nos hace entrar en la propia casa: “La puerta para entrar en este castillo es la oración” (2M 1, 11; cfr. 1M 1, 7). “Con estas palabras invita Teresa a la aventura de la interiorización del hombre, concebido como un castillo con muchas moradas. Pero no existe posibilidad de entrar dentro sin pasar por la oración, que es la puerta: no hay exploración posible del mundo interior sin el encuentro mutuo de Dios con el hombre”¹⁴⁶. En la experiencia teresiana, entrar en la vida de oración es “hacer un viaje hacia lo más profundo del hombre a la búsqueda de un Dios escondido más allá de las capas de la superficialidad de los sentidos, presente y abierto a la comunicación de amor”¹⁴⁷. El camino de oración es “un itinerario iluminado sin cesar por la presencia de Dios. Su presencia se experimenta en todo castillo, pero cuando el hombre ha llegado al centro más profundo de su ser, queda totalmente impregnado del apacible sentimiento de que Dios está allí presente. El hombre vive entonces en medio del mundo que le parece como trasfigurado maravillosamente, porque comprende que Dios es el

¹⁴⁴ Castellano, “Espiritualidad teresiana. Experiencia y doctrina”, 229.

¹⁴⁵ Herráiz, *Solo Dios Basta*, 368.

¹⁴⁶ Castellano, “Espiritualidad teresiana. Experiencia y doctrina”, 202.

¹⁴⁷ *Ibid.*, 193.

centro inefable de toda realidad”¹⁴⁸. En la experiencia de Santa Teresa, mediante la oración se nos muestra existencialmente la realidad en toda su amplitud: Dios, Jesucristo, la persona humana y el mismo mundo¹⁴⁹. Ahora vamos a explorar cada aspecto de esta afirmación.

Por medio de la oración, allí en la profundidad del alma, se experimenta la presencia y la comunicación de Dios. En la experiencia y enseñanza de Teresa, este encuentro personal con Dios, esta experiencia de su presencia y su comunicación “se desarrolla en varias, sucesivas etapas, en las que se alternan la iniciativa de Dios y la respuesta del hombre: búsqueda, representación, presencia, comunicación, transformación, unión. Se empieza por la búsqueda de Dios en la oración primeriza, la representación de Cristo interiormente en el recogimiento; después, Dios tiene la iniciativa en las postreras etapas: sentimiento de la presencia de Dios en las cosas y en el alma, como primer paso de una revelación personal; sigue el encuentro personal con Cristo en la riqueza de sus misterios; la revelación de Cristo es autodonación, auto-comunicación de verdad y de vida: iluminaciones sobre el misterio de Dios y la situación del hombre; ya esta autocomunicación lleva consigo el injerto en una vida nueva, como una savia que va penetrando y se abre camino entre los gérmenes de muerte que lleva el hombre viejo, inyectando luz y energías divinas; esta transformación se hace, a veces, con suavidad, otras se realiza con violencia, en experiencias que purifican y transforman. Así hasta que se consuma el misterio de la unión, con todos sus grados y riquezas”¹⁵⁰.

Una vez que ya está unida el alma con Dios en lo más hondo de su ser en la contemplación, el entendimiento del hombre se ilumina por la presencia de la luz divina. Allí está “un sol de donde procede una gran luz que se envía a las potencias interiores del alma” (7M 2, 8). “Una luz tan diferente de la de acá que parece una cosa tan deslustrada la claridad del sol que vemos, en comparación de aquella claridad o luz que se representa a la vista... Es como ver un agua clara, que corre sobre cristal y reverbera en ello el sol, a una muy turbia y con gran nublado y corre por encima de la tierra. No porque se representa sol, ni la luz es como la del sol; parece, en fin, luz natural y estotra cosa artificial. Es luz que no tiene noche, sino que, como siempre es luz, no la turba nada” (V 28, 5; cfr. 27, 3). No hay comparación posible con cualquier otra luz natural (cfr. V 38, 2; 6M 5, 7). Sin embargo, hay que tener en cuenta que esta luz es diferente de la luz de “allá, de la otra vida”, la luz de la visión beatífica (V 38, 2)¹⁵¹.

¹⁴⁸ Eulogio Pacho, “La iluminación divina y el itinerario espiritual según Santa Teresa”, *El Monte Carmelo* 78 (1970), 366.

¹⁴⁹ Secundino Castro, *Ser cristiano según Santa Teresa*, (Madrid: EDE, 1985), 89.

¹⁵⁰ Castellano, “Espiritualidad teresiana. Experiencia y doctrina”, 211.

¹⁵¹ Pacho, “La iluminación divina y el itinerario espiritual según Santa Teresa”, 374-375.

En estas varias sucesivas etapas del camino de la oración, por medio de la luz divina, Dios se revela al hombre siguiendo una pedagogía progresiva: presente en las cosas, presente en el alma, como realidad inefable que le envuelve y le revela su propio ser, su misma capacidad de ser morada de Dios. Teresa nos comunica su experiencia sobre estos primeros atisbos del misterio así: “Estando una vez en oración, se me representó muy en breve... cómo se ven en Dios todas las cosas y cómo las tiene todas en sí” (V 40, 9; cfr. 6M 10, 2; CC 15, 2-3; 44)¹⁵². Cosa que antes no sabía la Santa:

“Acaecióme a mí una ignorancia al principio, que no sabía que estaba Dios en todas las cosas¹⁵³. Y como me parecía estar tan presente, parecíame imposible. Dejar de creer que estaba allí no podía, por parecerme casi claro había entendido estar allí su misma presencia. Los que no tenían letras me decían que estaba sólo por gracia. Yo no lo podía creer; porque, como digo, parecíame estar presente, y así andaba con pena. Un gran letrado de la Orden del glorioso Santo Domingo me quitó de esta duda, que me dijo estar presente, y cómo se comunicaba con nosotros, que me consoló hartó” (V 18, 15; cfr. 5M 1, 10).

En la oración y contemplación, “Dios muestra en sí mismo una verdad tal, que parece eclipsar toda la que se halla en las escrituras, pone de manifiesto que este mundo ‘es mentira y falsedad’, y hace caminar al alma en la verdad ante él (cfr. 6M 10, 5-7)”¹⁵⁴. Adentrar en la interioridad profunda del hombre, Teresa descubre que “Dios es una persona real, inmanente y trascendente, puro espíritu, pero que, según su naturaleza y su promesa, está presente en las criaturas y en el hombre, de modo especial por medio de la gracia, vida de Dios en la persona humana. El hombre es un complejo hecho de cuerpo y alma, unitario en sí, pero disgregado por

¹⁵² Esta idea de la Santa hoy en la teología moderna se entiende como el panenteísmo que quiere decir “Dios está presente en el cosmos y el cosmos está presente en Dios. La teología antigua expresaba esta mutua interpenetración por el concepto de «pericóresis» aplicado a las relaciones entre Dios y la creación y después a las divinas Personas de la Trinidad. La teología moderna ha acuñado otra expresión, el «panenteísmo» (en griego: pan=todo; en=en; theos=Dios). Es decir: Dios está en todo y todo está en Dios. Esta palabra fue propuesta por un teólogo alemán evangélico, Frederick Krause (1781-1832), fascinado por el fulgor divino del universo”, tomado de “Panteísmo y panenteísmo: una distinción necesaria”, Leonardo Boff, fecha de la última modificación 20 de abril de 2012, fecha de consulta: 18 de abril de 2018, <https://leonardoboff.wordpress.com/2012/04/20/panteismo-y-panenteismo-una-distincion-necesaria/>

¹⁵³ Quizá esta idea de Teresa equivale al panteísmo (en griego: pan = todo; theos=Dios) que “afirma que todo es Dios y Dios es todo. Sostiene que Dios y mundo son idénticos; que el mundo no es una criatura de Dios sino el modo necesario de existir de Dios. El panteísmo no acepta ninguna diferencia: el cielo es Dios, la Tierra es Dios, la piedra es Dios y el ser humano es Dios. Esta falta de diferencia lleva fácilmente a la indiferencia. Todo es Dios y Dios es todo, entonces es indiferente si me ocupo de una niña violada en un autobús de Río o del carnaval, o de los indígenas en extinción o de una ley contra la homofobia. Lo cual es manifiestamente un error, pues las diferencias existen y persisten. Todo no es Dios. Las cosas son lo que son: cosas. Sin embargo, Dios está en las cosas y las cosas están de Dios, por causa de su acto creador. La criatura siempre depende de Dios y sin él volvería a la nada de dónde fue sacada. Dios y mundo son diferentes, pero no están separados o cerrados, están abiertos uno al otro. Si son diferentes es para posibilitar el encuentro y la comunión mutua”, tomado de Leonardo Boff, “Panteísmo y panenteísmo: una distinción necesaria”.

¹⁵⁴ Moretti, “Verdad”, 565.

el pecado, extroverso, estimulado por todo lo de fuera, arisco para encontrarse con Dios en una comunión que por fuerza tiene que ser purificadora y transformante”¹⁵⁵.

Allí en su la profundidad del su ser, el hombre experimenta una presencia de comunicación, un engolfamiento – como dice la Santa – hasta que se le representa la imagen de la esponja embebida en agua: “Parecióme se me representó como cuando en una esponja se incorpora y embebe el agua; así me parecía mi alma que se henchía de aquella divinidad y por cierta manera gozaba en sí y tenía las tres Personas. También entendí: No trabajes tú de tenerme a Mí encerrado en ti, sino de encerrarte tú en Mí” (R 18, 1-2).

Es allí en la oración de unión donde se le desvela al alma la verdad del misterio de Dios uno y trino; “se le comunican todas tres Personas, y la hablan, y la dan a entender aquellas palabras que dice el Evangelio que dijo el Señor: que vendría él y el Padre y el Espíritu Santo a morar con el alma que le ama y guarda sus mandamientos” de manera que lo que tenemos por fe, allí lo entiende el alma por vista (7M 1, 6). Así nos cuenta su experiencia la Santa:

“El martes después de la Ascensión, habiendo estado un rato en oración después de comulgar... Comenzó a inflamarse mi alma, pareciéndome que claramente entendía tener presente a toda la Santísima Trinidad en visión intelectual, adonde entendió mi alma por cierta manera de representación, como figura de la verdad, para que lo pudiese entender mi torpeza, cómo es Dios trino y uno; y así me parecía hablarme todas tres Personas, y que se representaban dentro en mi alma distintamente, diciéndome que desde este día vería mejoría en mí en tres cosas, que cada una de estas Personas me hacían merced: la una en la caridad y en padecer con contento, en sentir esta caridad con encendimiento en el alma. Entendí aquellas palabras que dice el Señor: que estarán con el alma que está en gracia las tres divinas Personas, porque las veía dentro de mí por la manera dicha” (R 16, 1; cfr. V 39, 25).

Punto culminante de esta experiencia es una gracia mística en la que a la Santa se le representa la vida divina: tres personas distintas, no como un cuerpo con tres rostros; existe entre ellas una perfectísima comunión de vida:

“Lo que a mí se me representó, son tres Personas distintas, que cada una se puede mirar y hablar por sí. Y después he pensado que sólo el Hijo tomó carne humana, por donde se ve esta verdad. Estas Personas se aman y comunican y se conocen. Pues si cada una es por sí, ¿cómo decimos que todas tres son una esencia, y lo creemos, y es muy gran verdad y por ella moriría yo mil muertes? En todas tres Personas no hay más de un querer y un poder y un señorío, de manera que ninguna cosa puede una sin otra, sino que de cuantas criaturas hay es sólo un Criador.

¹⁵⁵ Castellano, “Espiritualidad teresiana. Experiencia y doctrina”, 202.

¿Podría el Hijo criar una hormiga sin el Padre? No, que es todo un poder, y lo mismo el Espíritu Santo; así que es un solo Dios todopoderoso, y todas tres Personas una Majestad. ¿Podría uno amar al Padre sin querer al Hijo y al Espíritu Santo? No, sino quien contentare a la una de estas tres Personas divinas, contenta a todas tres, y quien la ofendiere, lo mismo. ¿Podrá el Padre estar sin el Hijo y sin el Espíritu Santo? No, porque es una esencia, y adonde está el uno están todas tres, que no se pueden dividir. ¿Pues cómo vemos que están divisos tres Personas, y cómo tomó carne humana el Hijo y no el Padre ni el Espíritu Santo? Esto no lo entendí yo; los teólogos lo saben. Bien sé yo que en aquella obra tan maravillosa que estaban todas tres, y no me ocupo en pensar mucho esto” (R 33, 3).

La inteligencia del misterio suscita en Teresa mayor fe, devoción, alabanza: “Luego se concluye mi pensamiento con ver que es Dios todopoderoso, y como lo quiso lo pudo, y así podrá todo lo que quisiere. Y mientras menos lo entiendo, más lo creo y me hace más devoción. Sea por siempre bendito, amén” (R 33, 3). Desde entonces Teresa va a vivir con esta divina compañía y entrar en un trato más profundo y íntimo con las Personas divinas (cfr. R 16, 2) como si las Personas divinas estuviesen esculpidas en su alma (cfr. R 47, 1). En consecuencia, por esta experiencia que es un don celestial, se libera de sus ataduras:

“Se ve el alma en un punto sabia, y tan declarado el misterio de la Santísima Trinidad y de otras cosas muy subidas, que no hay teólogo con quien no se atreviese a disputar la verdad de estas grandezas. Quédase tan espantada, que basta una merced de éstas para trocar toda un alma y hacerla no amar cosa, sino a quien ve que, sin trabajo ninguno suyo, la hace capaz de tan grandes bienes y le comunica secretos y trata con ella con tanta amistad y amor que no se sufre escribir” (V 27, 9).

Al mismo tiempo, en la oración teresiana el hombre al contemplarse en Cristo se ve como profundidad abismal y llena de misterios (cfr. V 40, 5; 4M 3, 9)¹⁵⁶. El misterio de Dios presente en el fondo del alma desvela la grandeza del alma en gracia, convertida en morada y palacio de Dios. Además, adentrarse en la profundidad de nuestro ser en la oración nos ayuda a oírnos a nosotros mismos, nos abre los ojos para ver la parte oscura de nuestro ser, un ser dividido, frágil y disgregado por el pecado, extroverso, estimulado por todo lo de fuera, arisco para encontrarse con Dios en una comunión que por fuerza tiene que ser purificadora y transformante:

“Una vez estando en oración, me mostró el Señor por una extraña manera de visión intelectual... cómo está el alma que está en pecado, sin ningún poder, sino como una persona

¹⁵⁶ Castro, *Ser cristiano según Santa Teresa*, 90.

que estuviese del todo atada y liada y tapados los ojos, que aunque quiere ver, no puede, ni andar, ni oír y en gran obscuridad. Hiciéronme tanta lástima las almas que están así que cualquier trabajo me parece ligero por librar una. Parecióme que a entender esto como yo lo vi -que se puede mal decir-, que no era posible querer ninguno perder tanto bien ni estar en tanto mal” (R 24, 1); “en la oración entendía mis faltas: por una parte, me llamaba Dios; por otra, yo seguía al mundo; dábanme gran contento todas las cosas de Dios, teníanme atada las del mundo; parece quería concertar estos dos contrarios” (V 7, 17).

También, la comunión del hombre con Dios en Jesucristo en la oración “produce el conocimiento de la realidad creada, pues ésta se vertebra y se cimenta en él. La oración teresiana, al ser compenetración con Cristo resucitado, nos muestra existencialmente la realidad en toda su amplitud”¹⁵⁷. Desde la experiencia de la verdad del misterio de la santa Trinidad en la oración de unión, “se contempla, como recreada constantemente y sustentada por la vida divina, toda la creación (cfr. CC 15.^a) y el alma revestida de un extraño poder para señorear toda la tierra (cfr. CC 21.^a, 1)”¹⁵⁸.

En resumen, podríamos decir que la oración mística es un festín de luz¹⁵⁹. Por la iluminación de la luz divina que se le da en la contemplación al hombre, entiende “lo que es verdadera verdad, que todo lo demás le parece juego de niños. Ríese entre sí algunas veces cuando ve a personas graves de oración y religión hacer mucho caso de unos puntos de honra que esta alma tiene ya debajo de los pies” (V 21, 9). Se puede concluir que “las gracias místicas operan directamente en el campo de la verdad. Abren e interiorizan en el mundo de la verdad. Son luz cegadora y amor dominador. Y así, estableciendo al hombre en la ‘verdadera verdad’, dominan, ponen ‘debajo de sus pies’ lo que los demás llevamos como pesadilla en el corazón. La libertad se alimenta de la verdadera verdad”¹⁶⁰.

3.2. Fuerza liberadora

En la experiencia de Teresa, la oración “es una batalla por la libertad del hombre a través del encuentro con Dios, a través del domino del cuerpo, de la psicología humana y la unificación interior”¹⁶¹. En este encuentro con Dios, este trato amoroso con Él, “el hombre se libera abriéndose a Dios. Al contrario, se esclaviza cuando se queda en sí mismo, consigo mismo”¹⁶².

¹⁵⁷ Castro, *Ser cristiano según Santa Teresa*, 89.

¹⁵⁸ Castellano, “Espiritualidad teresiana. Experiencia y doctrina”, 229.

¹⁵⁹ Para el significado del término luz en la espiritualidad teresiana, véase la obra de María de la Concepción Andueza, “Significado de la luz en la espiritualidad de santa Teresa”, *Revista de Espiritualidad*, 29 (1970): 190-242.

¹⁶⁰ Herráiz, *Solo Dios Basta*, 392.

¹⁶¹ Castellano, “Espiritualidad teresiana. Experiencia y doctrina”, 202.

¹⁶² Herráiz, *Solo Dios Basta*, 382.

Por eso, “no hay esclavitudes cuando hay interioridad. Las estructuras y los condicionamientos externos no esclavizan al hombre que vive dentro. Dicho de otro modo, el hombre libre vive en un espacio y ámbito de interioridad, fuera del influjo esclavizante de lo externo. Libertad e interioridad son dos palabras que se postulan, dos términos para una misma realidad”¹⁶³. Cuanto más viaja el hombre adentro de sí mismo, más se acerca a Dios y más quedan lejos las cosas y sucesos de fuera sin fuerza disgregadora¹⁶⁴. Podemos afirmar sin alguna duda que la libertad es fruto del encuentro íntimo y total con el Dios liberador. Es fruto de la entrada de Dios en nuestra vida. Es el encuentro con Dios, especialmente la visión de Dios, lo que libera al hombre:

Después que vi la gran hermosura del Señor, no veía a nadie que en su comparación me pareciese bien ni me ocupase; que, con poner un poco los ojos de la consideración en la imagen que tengo en mi alma, he quedado con tanta libertad en esto, que después acá todo lo que veo me parece hace asco en comparación de las excelencias y gracias que en este Señor veía (V 37, 4).

La visión de Dios en la contemplación que nos cuenta en el párrafo que acabamos de citar “rompe en mil trozos el hechizo que las cosas (todo lo que no es Dios) ejercían sobre el hombre. Y aquello que antes levantaba, a veces encrespada, las olas del aprecio y de la estima, se convierten ahora en mudas presencias sin reclamo. ‘Viendo’ las excelencias del Señor, el resto ‘ni parece bien, ni ocupa’ la atención del hombre. Esto es la raíz de la libertad”¹⁶⁵.

En las experiencias sobrenaturales de la Santa en la oración y contemplación, vemos que la verdad es la nota destacada. “Verdad que, si en la experiencia de la Escritura se concreta por entender que todo es mentira lo que desagrada a Dios, aquí se resume prácticamente en ‘andar con más cuidado que nunca, para no le desagradar en nada’ (7M 1, 8)”¹⁶⁶.

Según el testimonio teresiano, el proceso de interiorización que hemos visto arriba “va acompañado de un dinamismo ético de transformación del hombre. La imagen humana se recompone; se integra el hombre en las fuerzas más vitales de su ser: afectividad, sinceridad, libertad, actividad. Florecen las virtudes cristianas y se van manifestando en mil actitudes de

¹⁶³ Ibid., 368.

¹⁶⁴ Ibid., 368. Aquí nos vale la anécdota de la monja Catalina que le pregunta a san Juan de la Cruz con libertad y sencillez por qué cuando sale a la huerta y le sienten las ranas se escapan enseguida y se ocultan en el fondo del estanque. Y Juan le contesta que es porque ése es el lugar y centro tienen seguridad: “Así ha de hacer la hermana Catalina: huir de las criaturas que la pueden perjudicar, que la pueden hacer daño, y zambullirse en su hondo y centro que es Dios, escondiéndose en Él”, en María del Puerto, Alonso Fernández, “Ana de Jesús, profeta de ayer y hoy”, *Revista de Espiritualidad* 63 (2004), 264.

¹⁶⁵ Ibid., 392. Véase otros textos bellos y profundos, de idéntica factura en V 38, 2-7; 6M 5, 9.

¹⁶⁶ Llamas, *Biblia en Santa Teresa*, 111.

servicio. El influjo saludable se va extendiendo hasta llegar a toda la Iglesia. La oración produce virtudes, especialmente la caridad. El culmen de la vida mística es un deseo irresistible de hacer grandes cosas por Dios: ‘Para esto es la oración, hijas mías; de esto sirve este matrimonio espiritual: de que nazcan siempre obras, obras’ (7M 4, 6)”¹⁶⁷.

3.3. Jesucristo, el único maestro y libertador

Ya hemos visto que la verdad se le revela al hombre por medio del trato amoroso con Dios en la oración y contemplación. Pero en la experiencia cristiana, siempre se realiza este trato por medio de la persona de Jesucristo. Porque en el Evangelio de San Juan, Jesús declara: “Yo soy el Camino, la Verdad, y la Vida. Nadie va al Padre sino por mí” (14, 6). De su propia experiencia, San Pablo confiesa: “Para ser libres nos ha liberado Cristo. Manteneos, pues, firmes y no os dejéis oprimir nuevamente bajo el yugo de la esclavitud” (Gal. 5, 1). En este apartado veremos cómo por el camino de la oración que es el trato amoroso con Jesús, santa Teresa experimenta a Jesús como la Verdad y el Camino al Padre y cómo su encuentro personal y unión íntima con Jesús en la oración le libera de la esclavitud de sus pecados: “Si el Hijo os da la libertad seréis realmente libres (Jn 8, 36)”¹⁶⁸. Veremos que el descubrimiento pleno de la verdad y consecuentemente la libertad verdadera se realiza cuando el hombre se encuentra con Cristo en lo profundo del ser. Es que “sólo desde Cristo puede comprenderse las profundidades y los misterios que existen en el hombre, pues nuestras facultades únicamente encuentran su plena madurez cuando han sido tocadas en sus raíces por la persona de Cristo”¹⁶⁹.

La primera experiencia de Santa Teresa sobre Jesucristo es la del Camino al Padre, Camino de Perfección, Sabiduría de Dios, Maestro de la verdad y la misma Verdad. Según la opinión del P. Secundino Castro, “maestro es uno de los títulos que mejor definen a Jesús según Santa Teresa; ya que Jesús es por antonomasia quien enseña a los hombres el camino que conduce a Dios”¹⁷⁰. Por tanto, Santa Teresa siempre nos invita a poner los ojos en este maestro para aprender de Él el auténtico camino de la libertad que no es otro camino que el descubrir y obedecer la Verdad. En este camino, Jesucristo se hace el único maestro de la sabiduría y el libro vivo de Teresa después de la prohibición de leer libros espirituales que habían alimentado su alma de orante en 1559 por el inquisidor general, Fernando de Valdés en su *Índice* de libros

¹⁶⁷ Castellano, “Espiritualidad teresiana. Experiencia y doctrina”, 205.

¹⁶⁸ Para este asunto, nos sirven los estudios del P. Tomás Álvarez, *Estudios Teresianos*, Tomo III, (Burgos: El Monte Carmelo, 1996), 11-44; 353-364 y un estudio más extensivo del P. Secundino Castro, *Cristología Teresiana*, Madrid: Editorial de Espiritualidad, 2009².

¹⁶⁹ Castro, *Cristología Teresiana*, 126.

¹⁷⁰ *Ibid.*, 336.

que se prohíben: “No tengas pena – le dijo Cristo en una famosa visión – yo te daré libro vivo” (V 26, 5).

De esta experiencia de la visión, para Teresa, “Jesús es el libro vivo que la enseña dentro y le descubre la verdad profunda de la Biblia y el alma la comprende y entiende desde la fe y el amor y la limpieza y enamoramiento”¹⁷¹. Como Teresa, de este libro vivo, el hombre también debe leer y descubrir la verdad de su propia existencia y de los misterios de Dios porque Jesucristo es la sabiduría de Dios; Él nos da a conocer a Dios; fuera de Él no hay posibilidad de llegar a su verdadero conocimiento. Confiesa la Santa: “Ha tenido tanto amor el Señor conmigo para enseñarme de muchas maneras, que muy poca o casi ninguna necesidad he tenido de libros; Su Majestad ha sido el libro verdadero adonde he visto las verdades ¡Bendito sea tal libro, que deja imprimido lo que se ha de leer y hacer, de manera que no se puede olvidar!” (V 26, 5). Desde entonces, el Señor Jesús, se hace “su inspirador, su guía en el camino, su enseñante para que ella pudiese ejercer su mediación mistagógica como maestra de oración”¹⁷²: “Muchas cosas de las que aquí escribo no son de mi cabeza, sino que me las decía este mi Maestro celestial” (V 39, 8). Más adelante en el mismo *Libro de Vida* declara santa Teresa cómo este maestro celestial le enseña las verdades:

“Entendí grandísimas verdades sobre esta Verdad, más que si muchos letrados me lo hubieran enseñado. Parece que en ninguna manera me pudiera imprimir así, ni tan claramente se me diera a entender la vanidad de este mundo. Esta verdad que digo se me dio a entender, es en sí misma verdad, y es sin principio ni fin, y todas las demás verdades dependen de esta verdad, como todos los demás amores de este amor” (V 40, 4).

Por lo tanto, podemos concluir que “entre todas las fuentes del saber teresiano, hay que dar el justo relieve a su experiencia espiritual personalizada en Cristo, el verdadero y único maestro de Teresa. Mil veces lo recuerda a lo largo de sus escritos: ‘Su Majestad fue siempre mi maestro’ (V 12, 6); ‘después entendí que, si el Señor no me mostrara, yo pudiera poco con los libros deprender, porque no era nada lo que entendía hasta que su Majestad por experiencia no lo daba a entender, ni sabía lo que hacía’ (V 22, 3)”¹⁷³. Esto no quiere decir que “haya una velada alusión a la pobreza o a la falacia de los libros y los autores humanos. Lo que a ella le ocurre es que ahora se siente ‘subida a esta atalaya adonde se ven verdades’: y la nueva atalaya es Cristo (V 21, 5)”¹⁷⁴. Pues, Santa Teresa es consciente de que “toda la ciencia espiritual se

¹⁷¹ Llamas, *Biblia en Santa Teresa*, 68.

¹⁷² De Pablo Maroto, *Lecturas y maestros de santa Teresa*, 39.

¹⁷³ Castellano, “Espiritualidad teresiana. Experiencia y doctrina”, 186-187.

¹⁷⁴ Álvarez, *Estudios Teresianos*, 446-447.

contiene en Cristo Jesús, porque es el Verbo eterno y, al mismo tiempo, el Verbo pronunciado en el tiempo, la luz que ilumina toda inteligencia que viene a este mundo y la luz que ha brillado en nuestras tinieblas y a la que podemos seguir sin temor a extraviarnos”¹⁷⁵. Muy amiga de san Pablo, con su propia experiencia la Santa sabe muy bien que en Cristo “están encerrados todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia” (Col 2, 3). Según nuestra Santa, Jesús es, el Hijo del Padre, la palabra viviente del Padre; la palabra definitiva, última, y única del Padre, enviada por el Padre para darnos a conocer el misterio de salvación escondido desde los siglos, y revelado ahora existencialmente en su persona. Según el pensamiento de Teresa, no podemos llegar a Dios si no es a través de Jesús, porque Jesús es un Dios para nosotros, o, en otros términos, la expresión de Dios hecha carne¹⁷⁶. Destacamos una de las verdades que se nos revela por medio de Jesucristo, Hijo del Padre: somos hijos del mismo Dios hechos a su imagen y semejanza como hemos visto más arriba. Esta verdad nos lo dice San Pablo así: “Dios nos ha elegido en él antes de la fundación del mundo, para que vivamos ante él santamente y sin defecto alguno, en el amor. Nos ha elegido de antemano para ser sus hijos adoptivos por medio de Jesucristo, porque así lo quiso voluntariamente, para que alabemos su gloriosa benevolencia con la que nos agradó en el Amado” (Ef. 1, 4-6). Así es la experiencia de la Santa:

“¡Oh Hijo de Dios y Señor mío!, ¿cómo dais tanto junto a la primera palabra? Ya que os humilláis a Vos con extremo tan grande en juntaros con nosotros al pedir y haceros hermano de cosa tan baja y miserable, ¿cómo nos dais en nombre de vuestro Padre todo lo que se puede dar, pues queréis que nos tenga por hijos, que vuestra palabra no puede faltar? Obligáisle a que la cumpla, que no es pequeña carga, pues en siendo Padre nos ha de sufrir por graves que sean las ofensas. Si nos tornamos a El, como al hijo pródigo hanos de perdonar, hanos de consolar en nuestros trabajos, hanos de sustentar como lo ha de hacer un tal Padre, que forzado ha de ser mejor que todos los padres del mundo, porque en El no puede haber sino todo bien cumplido, y después de todo esto hacernos participantes y herederos con Vos” (CV 27, 2).

En la experiencia de Teresa, es Jesús quien nos enseña a llamarle a Dios Padre. “Se puede incluso afirmar que la idea que tiene Teresa del Padre está envuelta en categorías cristológicas, pues nos explica el concepto del Padre a través del Hijo, que ha sido el revelador de lo sobrenatural”¹⁷⁷.

“Ahora mirad que dice vuestro Maestro: ‘Que estás en los cielos’. ¿Pensáis que importa poco saber qué cosa es cielo y adónde se ha de buscar vuestro sacratísimo Padre? Pues yo os digo

¹⁷⁵ María Eugenio del Niño Jesús, *Quiero ver a Dios*, 232.

¹⁷⁶ Castro, *Cristología Teresiana*, 332-341.

¹⁷⁷ *Ibid.*, 267.

que para entendimientos derramados que importa mucho, no sólo creer esto, sino procurarlo entender por experiencia. Porque es una de las cosas que ata mucho el entendimiento y hace recoger el alma” (CV 28, 1).

Por eso, aconseja a todos que pongan su mirada en Jesucristo y que se dejen enseñar por este maestro celestial: “Juntaos cabe este buen Maestro, muy determinadas a deprender lo que os enseña” (CV 26, 10); “mirad si... tenéis buen Maestro, que, como sabe por dónde ha de ganar la voluntad de su Padre, enseñanos a cómo y con qué le hemos de servir” (CV 32, 11). Para ello, nuestra Santa da mucha importancia a la Humanidad de Jesús. “Teresa nos vendría a decir que, si una persona prescinde en su vida espiritual de la Humanidad del Señor, se queda en el aire. No posibilidad de acceso cristiano a lo divino si no es por medio de Cristo encarnado”¹⁷⁸.

“Yo no puedo pensar en qué piensan; porque, apartados de todo lo corpóreo, para espíritus angélicos es estar siempre abrasados en amor, que no para los que vivimos en cuerpo mortal, que es menester trate y piense y se acompañe de los que, teniéndole, hicieron tan grandes hazañas por Dios; cuánto más apartarse de industria de todo nuestro bien y remedio que es la sacratísima Humanidad de nuestro Señor Jesucristo. Y no puedo creer que lo hacen, sino que no se entienden, y así harán daño a sí y a los otros. Al menos yo les aseguro que no entren a estas dos moradas postreras; porque si pierden la guía, que es el buen Jesús, no acertarán el camino; harto será si se están en las demás con seguridad. Porque el mismo Señor dice que es camino; también dice el Señor que es luz, y que no puede ninguno ir al Padre sino por El; y "quien me ve a mí ve a mi Padre". Dirán que se da otro sentido a estas palabras. Yo no sé esotros sentidos; con éste que siempre siente mi alma ser verdad, me ha ido muy bien” (6M 7, 6).

Hemos de tener en cuenta que cuando nos habla Santa Teresa de la Humanidad del Señor, no solamente quiere significar que Cristo es hombre, sino también que Cristo es Dios. La palabra Humanidad resume para Teresa el ser de Jesús¹⁷⁹.

La segunda experiencia de Jesucristo de Teresa es la del libertador de la esclavitud del pecado. Jesús es el único que puede darnos la libertad y sostenernos en nuestra condición de hijos libres como nos dicen San Juan, el evangelista y San Pablo en los textos que hemos citado arriba. La libertad es el fruto del encuentro y unión de cada persona con Jesucristo. Santa Teresa se siente buscada, alcanzada, transformada y salvada por Cristo. En el pensamiento de la Santa, el proceso de liberación interior es un proceso de identificación, de configuración con Cristo. “Al igual que les sucedió a las tres mujeres mencionadas por Teresa, nos libraré del pecado el

¹⁷⁸ Ibid., 337.

¹⁷⁹ Ibid., 109.

encuentro con el Señor, no nuestra fuerza de voluntad”¹⁸⁰. Y este proceso de identificación, de configuración con Cristo se lleva a cabo mediante la oración y contemplación. En la vivencia y pensamiento de la Santa, “podremos ver que la oración teresiana se viene a reducir a una profundización gradual del ser humano en el misterio de Cristo, o mejor, si se quiere, en su misma persona. Cada etapa es un paso más a esa inmersión. La figura de Cristo se va haciendo cada vez más presente en el ser del hombre, a medida que la oración se va apoderando de éste. Recogerse, para Santa Teresa, será sumergirse en Jesucristo; orar, equivaldrá a transformarse en Jesucristo”¹⁸¹. Esta experiencia de unión con Jesucristo tuvo la Santa cuando Teresa cuenta con 39 años de edad en 1554. Nos la cuenta en el capítulo 9 de su *Libro de Vida*. Años más tarde, para explicarse este pensamiento y experiencia de unión, de configuración con Jesucristo, en *Moradas*, la Santa utiliza la figura del gusano de seda entre otras imágenes y figuras que terminará convirtiéndose en mariposa; así el hombre muere, “¡muera, muera el gusano!” (5M 2,6) y se transforma, se identifica con Cristo. Oigamos a la propia Teresa: “Pues crecido este gusano -que es lo que en los principios queda dicho de esto que he escrito-, comienza a labrar la seda y edificar la casa adonde ha de morir. Esta casa querría dar a entender aquí, que es Cristo. En una parte me parece he leído u oído que nuestra vida está escondida en Cristo, o en Dios, que todo es uno, o que nuestra vida es Cristo” (5M 2, 4).

La libertad se alcanza cuando descubre y se atrae y se cautiva por la hermosura de Cristo en su humanidad: “De ver a Cristo, me quedó imprimida su grandísima hermosura, y la tengo hoy día... Después que vi la gran hermosura del Señor, no veía a nadie que en su comparación me pareciese bien ni me ocupase; que, con poner un poco los ojos de la consideración en la imagen que tengo en mi alma, he quedado con tanta libertad en esto, que después acá todo lo que veo me parece hace asco en comparación de las excelencias y gracias que en este Señor veía” (V 37, 4).

Según el P. Tomás Álvarez, esta experiencia “a nivel humano, es el momento del enamoramiento pleno. La Santa insistirá, con toque femenino, en la cabeza de Cristo, su rostro, sus ojos, sus manos, las palabras de su boca. Femenina y evangélica, aquí más que revivir el amor loco de Pablo a Cristo, entra en liza con la Magdalena, ‘a quien se le perdona mucho por haber amado mucho’ (Luc 7, 47)”¹⁸².

¹⁸⁰ Más, *Acercar al cielo*, 59.

¹⁸¹ Castro, *Cristología Teresiana*, 74-75.

¹⁸² Álvarez, *Estudios Teresianos*, 42.

Mediante sus encuentros con Cristo atado a la columna, en la contemplación de un cuadro de la mujer Samaritana, en la conversación con un caballero en los locutorios de *La Encarnación de Ávila* dándole a entender “que no me convenían aquellas amistades” (V 7, 6), Santa Teresa descubrió los mecanismos de la conversión cristiana: la desconfianza en los propios méritos por las buenas obras y la confianza plena en el poder salvador de Cristo crucificado. Escribe ella: “Mas esta postrera vez de esta imagen que digo, me parece me aprovechó más, porque estaba ya muy desconfiada de mí y ponía toda mi confianza en Dios. Paréceme le dije entonces que no me había de levantar de allí hasta que hiciese lo que le suplicaba. Creo cierto me aprovechó, porque fui mejorando mucho desde entonces” (V 9, 3).

En su autobiografía menciona una gracia de liberación total provocada por una locución divina, escuchada en el estupor y la semiinconsciencia de un “arrebataimiento tan súbito”, una forma de éxtasis o enajenación de los sentidos corporales: “Ya no quiero que tengas conversación con hombres, sino con ángeles” (V 24, 5). Con esta experiencia, “su vida cambió radicalmente. Su afectividad se equilibró y pudo amar sin complejos de culpa, con plena libertad”¹⁸³; “libertad que yo, con todas cuantas diligencias había hecho muchos años había, no pude alcanzar conmigo” (V 24, 8). Desde entonces, ella no puede amar “con amor particular, sino a personas que entiendo le tienen a Dios” (V 24, 6). De una manera más especial gracias a las experiencias cristológicas altísimas por medio de las visiones, “el alma se va liberando de ciertas inclinaciones congénitas hacia el pecado. Estas visiones y locuciones de la persona de Jesús la purifican en gran manera; ningún esfuerzo ascético hubiera sido capaz de producir en el espíritu una pureza tan intensa como la realizada por la más imperfecta de estas experiencias”¹⁸⁴. Por eso, se puede decir que la sublimación de su amistad con Cristo no sólo la libera de las amistades dispersivas, sino que le capacita para abrirse a nuevas amistades realistas y profundas.

4. CONCLUSIÓN

Hemos venido diciendo que Santa Teresa es una persona abierta a la verdad y una buscadora de la verdad. Tiene hambre de la verdad, especialmente verdad de la sagrada Escritura, de la palabra de Dios. Nunca se cansa de buscar los medios para lograr la verdad. En la experiencia de santa Teresa, uno no puede lograr la verdad por su propia cuenta, por sus propios esfuerzos. Necesita ayuda de muchos maestros. Para nuestra Santa, primero la verdad se puede hallar

¹⁸³ De Pablo Maroto, *Lecturas y maestros de santa Teresa*, 48.

¹⁸⁴ Castro, *Cristología Teresiana*, 118.

mediante las lecturas de la Escritura, de los escritos de los Padres de la Iglesia, de los autores de espiritualidad de su tiempo. Mediante las lecturas, especialmente la Escritura, puede ver “las verdades y el ruin camino que llevaba” (V 19, 12). Hemos visto que la lectura de determinados textos de la Escritura, de espiritualidad le causa un impacto fuerte: me ayudó mucho, me consoló mucho, me aprovechó mucho, etc. (cfr. V 13, 3; 23, 15). Las lecturas le hacen entender que “todo el daño que viene al mundo es no conocer las verdades de la Escritura con clara verdad” (V 40, 1). Para nuestra Santa, las lecturas son el mantenimiento para el alma, como el comer para el cuerpo.

Sin embargo, las lecturas no sirven para nada sin la explicación. Por tanto, hace falta la ayuda de un maestro experimentado, de un letrado, de un guía espiritual para explicar lo que se lee como la experiencia del etíope en *Hechos de los Apóstoles*: “¿Cómo lo puedo entender si nadie me guía en la lectura?” (Hechos 8, 31). Mediante el trato personal con las personas a su alrededor que son “amigos de Dios” para ella, nuestra Santa puede alcanzar la verdad y se libera de su ignorancia y atadura a tantas cosas, especialmente las amistades particulares.

Más aun para santa Teresa no podemos lograr toda la verdad sin la ayuda divina. Sólo podemos alcanzar la verdad en su totalidad con la luz que experimentamos en la oración y contemplación que es el trato personal e íntimo con Dios por medio de Jesucristo que está presente en el hondón del alma. Somos creados a imagen y semejanza de Dios y constantemente llamados a la unión y comunión con Él. La puerta para entrar en esa comunión es la oración. La oración teresiana es una forma de cristologización de su existencia o asimilación de Jesucristo que se realiza mediante la oración. Cristo Jesús es el maestro por excelencia porque es Dios y Hombre a la vez: “Su Majestad fue siempre mi Maestro” (V 12, 2), “mi Maestro celestial” (V 39, 8). Porque toda la verdad de Dios, de otras realidades se nos comunica por el Verbo, la Palabra hecha carne en el Espíritu Santo. Jesucristo es su luz y su salvación como nos dice el salmista (Salmo 26, 1).

En resumen, mediante la lectura, el trato con los letrados, con los espirituales, especialmente el trato con Dios en Jesucristo, nuestra Santa llega a entender que “estaba Dios vivo en mi alma” (R 54), que “era Dios muy fiel, que nunca a los que le amaban consentía ser del demonio engañados” (V 23, 15). Comprende la Santa que Dios es el centro inefable de toda realidad. Es comunicación y donación y el hombre es un complejo hecho de cuerpo y alma, unitario en sí, pero disgregado por el pecado, extroverso, estimulado por todo lo de fuera. Este mundo es toda vanidad y esta vida presente es amarga, es mentira y falsedad. Sin embargo, mediante la comunión del hombre con Dios por medio de Jesucristo en la oración y contemplación esta

imagen negativa del hombre se recompone. El hombre se libera de todas las ataduras. Las fuerzas más vitales del hombre se integran. En consecuencia, florecen las virtudes cristianas y se van manifestando en mil actitudes de servicio de amor. Todo esto, lo veremos en el próximo capítulo.

CAPÍTULO III

LA LIBERTAD EN PLENITUD

Hemos visto que el hombre se libera cuando logra conocer la verdad, obedecerla y vivir bajo su dictado, es decir, vivir bajo la autoridad de Dios, bajo la obediencia a Dios. Sobre todo “la libertad en plenitud la consigue el hombre cuando se naturaliza en Dios, cuando pierde su mutable voluntad y ya no puede tener libertad para olvidarse de Dios o perderlo”¹⁸⁵. Ahora podemos preguntarnos: ¿qué es ser libres? En este apartado veremos que la libertad no es un concepto abstracto sino algo concreto que se ve, se puede comprobar en la vida diaria del hombre, particularmente en su manera de pensar, de sentir, y de actuar, en su relación con el mundo a su alrededor, consigo mismo y con Dios. Veremos que la libertad en plenitud es vivir entrañado en Dios o “enclavado” en la lengua de Teresa (cfr. E 17, 4). El hombre se ve forzado a tomar partido, a hacer opción entre los dos contrarios: Dios y el mundo, a elegir para quién quiere vivir. Y “por supuesto, la elección de uno comporta ineludiblemente la renuncia del otro extremo entre los que se sabe situado el hombre”¹⁸⁶. En la experiencia de Santa Teresa, la libertad plena como el fruto de la contemplación se mide y se autentica por sus efectos como ya hemos dicho. En este capítulo, veremos que el hombre libre es el hombre desasido, humilde y amoroso. ¿Por qué? Porque son virtudes liberadoras “por su fuerza para descentrar al hombre de sí mismo, en su relación con todo, y, correlativamente, para centrarlo en Dios, su verdad y, por ello, su liberador”¹⁸⁷ como lo dice la Santa: “A quien las tiene nada se le da de perderlo todo, ni lo tiene por pérdida; sólo teme descontentar a Dios” (CV 10, 3). Estudiaremos cómo la libertad se expresa en las virtudes de desasimiento, humildad y amor. Es que son signos, virtudes de buen espíritu y garantía del hombre libre: “La diligencia que a mí se me ofrece más cierta es andar con particular cuidado y aviso, mirando cómo vamos en las virtudes: si vamos mejorando o disminuyendo en algo, en especial en el amor unas con otras y en el deseo de ser tenida por la menor y en cosas ordinarias; que si miramos en ello y pedimos al Señor que nos dé luz, luego veremos la ganancia o la pérdida” (5M 4, 9). Son los frutos de la unión y comunión del hombre con Dios en Jesucristo sin tener en cuenta que también son presupuestos para la oración, la comunión con Dios en Jesucristo. Veremos que el hombre libre vive como Jesús

¹⁸⁵ Herráiz, *Solo Dios Basta*, 361.

¹⁸⁶ *Ibid.*, 354.

¹⁸⁷ Herráiz, *A zaga de tu huella*, 261.

vivió en su vida. Jesucristo, el hombre desasido, humilde y amoroso es siempre la referencia de la vida del hombre libre.

1. EL HOMBRE DESASIDO

Hemos afirmado más de una vez que el hombre se libera gracias a su trato amoroso con Dios en Jesucristo. Mediante la oración y contemplación, el hombre se ata sólo a Dios, se abraza sólo con el Criador, sus ojos están en su Esposo, su contento es sólo contentar a Dios (cfr. CV 2, 1; 8, 1; 13, 7). Dice la Santa: “Que determinadamente se abrace el alma con el buen Jesús, Señor Nuestro, que como allí lo halla todo, lo olvida todo” (CV 9, 5). En consecuencia, el hombre se libera de todo del mundo exterior, de sí mismo, y del demonio que son enemigos de vida espiritual del hombre libre. Son amenazas de su libertad verdadera.

1.1. Del mundo exterior

El mundo exterior consiste en muchos ámbitos. El primer ámbito del que se libera el hombre es el de los bienes materiales que “tantas veces nos ciegan y roban la libertad, dejándonos ‘como una persona que estuviese del todo atada y liada y atapados los ojos, que aunque quiere ver, no puede’ (CC 21, 2)”¹⁸⁸. En la experiencia de santa Teresa, el hombre liberado está libre de las preocupaciones materiales de la vida diaria (cfr. CV 34, 4). Después de lograr la libertad, “se veía claro ser tan señores de todas las cosas del mundo, por haber bien trabajado de tenerle en poco y sujetádose de veras con todas sus fuerzas al Señor de él” (CV 19, 4). El hombre libre se da cuenta de que creado contingente y finito, no puede alimentarse “de lo que se acaba” (CV 10, 2), de la “vanidad” del mundo. Sólo Dios es su alimento y la “salida” para su ser¹⁸⁹. Mantiene frente a los bienes del mundo esa sana libertad de no ser poseído por las cosas, de no caer en dependencia de nada (cfr. CV 8, 1)¹⁹⁰. Jesús le enseña a Teresa por medio del trato amistoso con Él que la libertad y señorío “se logra o viene de la mano de la pobreza, de la desposesión voluntaria de las cosas y riquezas del mundo. En un contexto de pobreza, que a ella y a sus monjas las baña de alegría, nos confiesa que le ‘quedó señorío para tener en poco las cosas de bienes temporales’ (F 15, 15)”¹⁹¹. Por tanto, santa Teresa está convencida de que “el verdadero señorío es no poseer nada” (V 40, 16). La Santa cree que cuando de verdad la vida se pone en manos de Dios, no se necesita de nadie ni de nada. Sólo Dios basta. “Son estas

¹⁸⁸ Marcos, *Teresa de Jesús. La transparencia del misterio*, 26.

¹⁸⁹ Herráiz, *A zaga de tu huella*, 262.

¹⁹⁰ Rómulo H Cuartas Londoño, “La pobreza libertadora en *Camino*”, en *El libro del Camino de Perfección de Santa Teresa de Jesús: Actas del II Congreso internacional Teresiano*, dir. Francisco Javier Sancho Fermín y Rómulo H. Cuartas Londoño, (Ávila: CITeS, 2012), 282.

¹⁹¹ Herráiz, *Solo Dios Basta*, 363.

personas que Dios las llega a este estado almas generosas, almas reales; no se contentan con amar cosa tan ruin como estos cuerpos, por hermosos que sean, por muchas gracias que tengan, bien que place a la vista y alaban al Criador; mas para detenerse en ello, no” (CV 6, 4).

La persona libre tiene el mundo debajo de los pies. Tiene “muy mayor desprecio del mundo”, de todo tipo de prestigio que anhelaba y buscaba antes, “porque ve que cosa de él no le valió en aquel tormento, y muy más desasida de las criaturas, porque ya ve que sólo el Criador es el que puede consolar y hartar su alma” (6M 11, 10). De ahí, a la Madre siempre le quedó el recelo ante cualquier posible vocación venida de la aristocracia y se resistió cuanto pudo a tenerlas de puertas adentro en sus monasterios. Por ejemplo, con enorme franqueza dirá a Isabel de Osorio, 3 diciembre 1579, cómo antaño rehusó la tan deseada fundación de Madrid sencillamente porque la oferta procedía de “señoras”¹⁹². Para nuestra Santa, la libertad le hacía menospreciar todo lo que veía. Refiriéndose a su estancia en la casa de Doña Luisa de la Cerda dice: “Porque estando allí me hizo grandísimas mercedes, y éstas me daban tanta libertad y tanto me hacían menospreciar todo lo que veía” (V 34, 3). Las personas libres son “personas que tengan el mundo debajo de los pies, porque éstos hablan verdades, que no temen ni deben; no son para palacio” (V 37, 5; cfr. CV 6, 6). Un ejemplo es cuando su amiga Luisa de la Cerda para complacer a la Santa hizo “sacar joyas de oro y piedras... Ella pensó que me alegraran; yo estaba riéndome entre mí y habiendo lástima de ver lo que estiman los hombres... Esto es un gran señorío para el alma, tan grande que no sé si lo entenderá sino quien lo posee; porque es el propio y natural desasimiento, porque es sin trabajo nuestro. Todo lo hace Dios” (V 38, 4).

El hombre libre ve “tan poco todas las cosas de la tierra para en comparación de las que ha visto, que le parecen basura” (6M 5, 9); “fue grande el desprecio que me quedó de todo lo de acá: parecíame basura y veo yo cuán bajamente nos ocupamos los que nos detenemos en ello” (V 38, 3). La razón es que el hombre liberado sabe muy bien que “todo lo que tiene fin no hay que hacer caso de ello, y de la vida mucho menos, pues no hay día seguro” (CV 12, 2). El hombre libre ve las cosas en su lugar, ve que es una basura los del mundo después de probar los gustos de Dios, de gustar los manjares que nos da Dios en oración, en contemplación especialmente de ver la verdadera hermosura de Dios (cfr. 4M 3, 9):

“Después que vi la gran hermosura del Señor, no veía a nadie que en su comparación me pareciese bien ni me ocupase; que, con poner un poco los ojos de la consideración en la imagen

¹⁹² Ros, “Amor y Libertad en el epistolario”, 561.

que tengo en mi alma, he quedado con tanta libertad en esto, que después acá todo lo que veo me parece hace asco en comparación de las excelencias y gracias que en este Señor veía. Ni hay saber ni manera de regalo que yo estime en nada, en comparación del que es oír sola una palabra dicha de aquella divina boca, cuánto más tantas” (V 37, 4).

El segundo ámbito es el de los sufrimientos, las circunstancias desagradables de la vida, especialmente la muerte. El hombre libre “vive en niveles que no alcanzan los ruidos y molestias, caricias y halagos que le vienen de fuera” (MC 3, 5)¹⁹³. Está por encima de las circunstancias y los acontecimientos tanto del pasado como del presente que se cruzan en su vida. Aunque lluevan sobre él no hacen más que tocarle la ropa: “Porque, a la verdad, ya en parte no está sujeta a las miserias del mundo como solía; porque, aunque pasa más, no parece sino que es como en la ropa, que el alma está como en un castillo con señorío, y así no pierde la paz” (R 6, 1). Se siente paz y sosiego ante las enfermedades (cfr. CV 11, 1), en medio de las tempestades, calumnias, etc. (cfr. CV 32, 10; R 6, 1-2) hasta la muerte (cfr. V 38, 5): “Vida es vivir de manera que no se tema la muerte ni todos los sucesos de la vida, y estar con esta ordinaria alegría que ahora todas traéis” (F 27, 12). “La diferencia que hay aquí en esta morada es lo dicho: que casi nunca hay sequedad ni alborotos interiores de los que había en todas las otras a tiempos, sino que está el alma en quietud casi siempre; el no temer que esta merced tan subida puede contrahacer el demonio, sino estar en un ser con seguridad que es Dios” (7M 3, 10). Por eso, Teresa concluye exhortando a sus monjas a que pidan al Señor “esta paz tan regalada que así señorea todos estos temorcillos del mundo que con todo sosiego y quietud le da batería” (MC 3, 7). “Y así como veíamos la estrecha conexión que establecía Teresa entre la humildad y la osadía, del mismo modo nos habla de la libertad de miedos y temores para acometer grandes cosas por Dios porque, por la luz de la verdad que disfruta, se ha desplazado de su yo a Dios, de medir sus fuerzas a creer en las que disfruta por confiarse a Él”¹⁹⁴. Por eso, ya no quiere contento del mundo sino el de Dios: “Así, no le satisface ni querría entonces contento del mundo, porque en sí tiene el que le satisface más: mayores contentos de Dios, deseos de satisfacer su deseo, de gozar más, de estar con Él. Esto es lo que quiere” (V 17, 4).

Esta paz y tranquilidad del hombre liberado ante las circunstancias de la vida se ven claramente en los conflictos en la Orden a partir del 1575 cuando el Capítulo General de Piacenza la intimó a Teresa bajo la pena de excomunión, invitándola al cese de las funciones y la reclusión en uno de los Carmelos fundados por ella¹⁹⁵. Las cartas en estas circunstancias rezuman preocupación

¹⁹³ Herráiz, *Solo Dios Basta*, 368.

¹⁹⁴ *Ibid.*, 380.

¹⁹⁵ López Díaz-Otazu, *Amor y libertad en Teresa de Jesús*, 80.

y dolor. Mantiene, sin embargo, la confianza para mediar en favor de los descalzos y para defender, con autoridad y libertad de espíritu, su situación. En medio de tantos conflictos, tribulaciones y disgustos, con mucha libertad puede abrir su alma para hablarle a Gracián de las relaciones con Dios (cfr. Cta. 136):

“¡Oh!, que ésta es la verdadera oración, y no unos gustos para nuestro gusto no más y, cuando se ofrece lo que he dicho, mucha flojedad y temores y sentimientos de si hay falta en nuestra estima. Yo no desearía otra oración sino la que me hiciese crecer las virtudes. Si es con grandes tentaciones y sequedades y tribulaciones y esto me dejase más humilde, esto tendría por buena oración; pues lo que más agradare a Dios tendría yo por más oración; que no se entiende que no ora el que padece, pues lo está ofreciendo a Dios, y muchas veces mucho más que el que se está quebrando la cabeza a sus solas y pensará, si ha estrujado algunas lágrimas, que aquello es la oración” (Cta. 136, 5).

Ya no tiene miedo frente los jaleos en su obra reformadora, frente los opiniones de otras personas: “Yo digo a vuestra paternidad que tengo tan poco miedo a sus fieros, que yo me espanto de la libertad que me da Dios, y así dije al rector que, en cosa que entendiese se había de servir, que toda la Compañía ni todo el mundo sería parte para que yo dejase de llevarlo adelante, y que en este negocio yo no había sido ninguna ni tampoco lo sería en que lo dejase”, escribe al P. Gracián comentando sobre el proyectado paso del P. Gaspar de Salazar de la Compañía a la Reforma teresiana (Cta. 230, 3).

Frente la muerte, dice así nuestra Santa: “Si no nos determinamos a tragar de una vez la muerte y la falta de salud, nunca haremos nada” (CV 11, 4). A Teresa “la muerte se le ofrece como la única salida para la única y verdadera libertad: ser de Dios y que Dios sea suyo, sin sobresaltos ni mediaciones, sin las dolorosas limitaciones que esta vida le impone. No hay fuga sino voluntad enorme de presencia, rotas las barreras y vencidos todos los obstáculos que, de algún modo, mantienen al hombre ‘lejos’, ausente de Dios. Escribía en 1576: ‘Ninguna cosa criada le hace compañía ni quiere el alma sino al Criador, y esto vélo imposible si no muere, y como ella no se ha de matar, muere por morir’ (R 5, 14)”¹⁹⁶. Ya superando el temor a la muerte y a la enfermedad “quedaremos señoras” (CV 11, 5), libres y tranquilas: “¡Oh amor fuerte de Dios! ¡Y cómo no le parece que ha de haber cosa imposible a quien ama! ¡Oh dichosa alma que ha llegado a alcanzar esta paz de su Dios, que esté señoreada sobre todos los trabajos y peligros del mundo, que ninguno teme, a cuento de servir a tan buen Esposo y Señor y con más razón que la tiene este pariente y amigo que hemos dicho!” (MC 3, 4). Por tanto, la Santa exhorta a

¹⁹⁶ Herráiz, *Solo Dios Basta*, 359.

sus monjas a que pidan al Señor “esta paz tan regalada que así señorea todos estos temorcillos del mundo” (MC 3, 9)

El tercer ámbito es el de las leyes, reglas y costumbres humanas. La Santa “temía que el bosque legal se convirtiera en un obstáculo para caminar con libertad de espíritu o en un refugio para las menos sensibles a las mociones del Espíritu”¹⁹⁷. Por tanto, se preocupó de liberalizar la vida de sus monjas de sobrecargas legales. Se opuso valientemente a quienes querían reformar la vida de los monasterios a fuerza de leyes. Así dice al Padre Gracián: “Esto es lo que temo en mis monjas: que han de venir algunos prelados pesados que las abrumen, y cargar mucho es no hacer nada. Extraña cosa es que no piensan es visitar si no hacen actas” (Cta. 150, 1). En este sentido es elocuente y reveladora su correspondencia con Gracián en los meses que preceden al Capítulo de Alcalá, de 1581, en el que la Reforma teresiana se iba a constituir en familia independiente. Así, por ejemplo, le pide a ver si puede “quitar las actas” del Visitador Pedro Fernández, “adonde dice que no coman huevos ni hagan colación con pan (que nunca pude acabar con él, sino que las pusiese), y en eso basta que se cumpla con la obligación de la Iglesia sin que se ponga otra encima” (Cta. 376, 5). Para la Santa, toda ley queda relativizada en función de la persona: “Si hubiere menester siempre carne, poco importa que la coma, aunque sea en cuaresma” (Cta. 428, 5). Aquí vemos que se ponen de manifiesto “sus dotes de experta legisladora en franca reacción contra las injerencias de extraños o las imposiciones venidas de fuera. No le costó poco mantener a salvo la flexibilidad reinante en sus monasterios frente a aquellos ‘pesados’ visitantes que no sabían despachar la visita sin imponer cargas nuevas y abrumadoras actas, como tal hiciera el P. Juan de Jesús Roca, que ‘sólo leerlas me cansó, ¿qué hiciera si las hubiera de guardar?’”¹⁹⁸.

El cuarto ámbito es el de los familiares, de las autoridades eclesiásticas y civiles. El hombre se libera del apego a estas personas. El libre entiende con claridad que son “todos unos palillos de romero seco, y que asiéndose a ellos no hay seguridad, que en habiendo algún peso de contradicciones o murmuraciones se quiebran” (R 3, 1). Aquí el hombre libre que es Teresa se da cuenta de una verdad verdadera del ser humano: la radical debilidad, fragilidad¹⁹⁹. Por eso, nos advierta Teresa: “No confiar mucho en nadie, porque no le hay que sea estable sino Dios” (V 39, 19). Primero, entre las personas, son los parientes quienes nos hacen perder la libertad más fácilmente como Santa Teresa confirma al P. Gracián que está mejor cuando está “lejos

¹⁹⁷ Herráiz, *Solo Dios Basta*, 398.

¹⁹⁸ Ros, “Amor y libertad en el epistolario”, 564-565.

¹⁹⁹ Cfr. Marcos, *Teresa de Jesús. Transparencia del Misterio*, 46-47.

de parientes, aunque todavía me hallan para cartas” (Cta.128, 3). En el capítulo 9 de *Camino*, Santa Teresa invita a tener unas relaciones sanas, no egoístas ni cerradas con los familiares. Ella da aviso “de encomendarlos a Dios, que es razón; en lo demás, apartarlos de la memoria lo más que podamos” (CV 9, 3). Estas palabras de la Santa “pueden resultarnos hoy de cierta dureza, y por eso conviene entenderlas dentro de las mentalidades de la época, y fijarnos ante todo en su carácter pedagógico o parenético, de llamada de atención”²⁰⁰. Esta libertad se pone de manifiesto más claramente cuando la Santa hace del rehuir todo trato con deudos la norma reiterada para sus hijas carmelitas descalzas. La reiterada normativa de no tratar con deudos aparece consignada en múltiples textos (cfr. CV 4, 7; 8, 3; 9, 1-5; 20, 4; F 20, 13, y taxativamente impuesta en Const. 19)²⁰¹. Es que, para sus monjas, tenían por tormento que las viniesen a ver, aunque fuesen sus hermanos (cfr. F 1,6). La Santa recordará con gusto el desasimiento de la joven postulante Casilda de Padilla, cuya entrada narrará con gozo: “Su Majestad la comenzó bien en breve a pagar con mercedes espirituales, y ella a servirle con grandísimo contento y grandísima humildad y desasimiento de todo” (F 11, 10). De la fundadora de Beas, Catalina de Godínez, dirá: “Es un desasimiento grande el que tiene de sus deudos y tierra, y siempre gran deseo de irse lejos de allí” (F 22, 24).

Hemos de tener en cuenta que nuestra Santa “es una mujer de gran corazón. Y, una vez que su afectividad pasa por el tamiz de Cristo, ese corazón se agiganta y se libera. De ahí que en su vida aparezcan escenas de una afectividad libre desde Dios. Tenemos una confianza respecto al afecto de sus monjas en las despedidas como fundadora de monasterios en cadena”²⁰²:

“Y en dejar las hijas y hermanas mías cuando me iba de una parte a otra, yo os digo que, como yo las amo tanto, que no ha sido la más pequeña cruz, en especial cuando pensaba que no las había de tornar a ver y veía su gran sentimiento y lágrimas. Que, aunque están de otras cosas desasidas, ésta no se lo ha dado Dios, por ventura para que me fuese a mí más tormento, que tampoco lo estoy de ellas, aunque me esforzaba todo lo que podía para no se lo mostrar, y las reñía; mas poco me aprovechaba, que es grande el amor que me tienen y bien se ve en muchas cosas ser verdadero” (F 27, 18).

²⁰⁰ Juan Antonio Marcos, *Un viaje a la plenitud. El Camino de Perfección de Teresa de Jesús*, (Madrid: Editorial de Espiritualidad, 2010), 39.

²⁰¹ Ros, “Amor y libertad en el epistolario”, 563. Tenemos que tener en cuenta que la dureza de ciertas expresiones de la Santa frente a “deudos” o familiares viene de las experiencias negativas de la Encarnación donde los excesos eran evidentes.

²⁰² F. Malax, “Desasimiento”, en *Diccionario de Santa Teresa de Jesús*, dir. Tomás Álvarez (Burgos: Monte Carmelo, 2000), 488.

Ante las autoridades eclesiásticas, especialmente los teólogos, nuestra Santa tiene toda la libertad, por ejemplo, hacer comentario y exégesis de textos. Recordemos sus *Meditaciones sobre los Cantares*. Obedeció a sus monjas y escribió el comentario al Padrenuestro. Pensaba también dedicarles un comentario al Avemaría²⁰³. Ante las tesis y suspicacias antifeministas que se hacían fuertes en las cátedras de los teólogos especialmente en el campo concreto de la oración, santa Teresa, como mujer libre, defiende con valentía el derecho de las religiosas a tener oración mental y polemiza vivamente y acaloradamente:

“Pues creedme vosotras y no os engañe nadie en mostraros otro camino sino el de la oración. Yo no hablo ahora en que sea mental o vocal para todos; para vosotras digo que lo uno y lo otro habéis menester. Este es el oficio de los religiosos. Quien os dijere que esto es peligro, tenedle a él por el mismo peligro y huid de él. Y no se os olvide, que por ventura habéis menester este consejo. Peligro será no tener humildad y las otras virtudes; mas camino de oración camino de peligro, nunca Dios tal quiera. El demonio parece ha inventado poner estos miedos, y así ha sido mañoso a hacer caer a algunos que tenían oración, al parecer” (CV 21, 7).

Anima a sus hijas: “Dejaos de estos miedos. Nunca hagáis caso en cosas semejantes de la opinión del vulgo. Mirad que no son tiempos de creer a todos, sino a los que viereis van conforme a la vida de Cristo” (CV 21, 10; cfr. CV 21, 8).

Ante los letrados que le querían robar el derecho a los bienes espirituales, con una libertad total gritaba ella en estos tonos verdaderamente airados: “¡Qué señorío tiene un alma que el Señor llega aquí, que lo mire todo sin estar enredada en ello!... Querría dar voces para dar a entender qué engañados están, y aun así lo hace algunas veces, y lluévenle en la cabeza mil persecuciones. Tiénenla por poco humilde y que quiere enseñar a de quien había de aprender, en especial si es mujer” (V 20, 25). Porque para el hombre libre, “no ha ya miedo de nadie, que suyo es el reino de los cielos; no tiene a quién temer, porque nada no se le da perderlo todo ni lo tiene por pérdida; solo teme descontentar a su Dios” (CV 10, 3).

Acerca de las autoridades civiles, del mismo modo enérgico y con mucha libertad “reaccionaba ella cuando los quisquillosos patrocinadores de sus fundaciones estipulaban para sus monjas arbitrarias obligaciones fuera de tono. Baste como ejemplo la dialéctica verbal con Diego Ortiz, uno de los albaceas del mercader converso Martín Ramírez, patrocinador de la fundación de Toledo, recordándole lo apalabrado sobre el contrato de las misas cantadas, cosa que atañía a los capellanes, no a las monjas”²⁰⁴:

²⁰³ López Díaz-Otazu, *Amor y libertad en Teresa de Jesús*, 70.

²⁰⁴ Ros, “Amor y libertad en el epistolario teresiano”, 565-566.

“Lo que yo pretendí fue que los señores capellanes quedasen obligados a cantar los días de fiesta, porque entonces lo teníamos nosotras de constitución, y no obligar a las monjas, que por su regla pueden cantar o no; que aunque es de constitución, no es cosa que las obliga a ningún pecado. ¡Mire vuestra merced si las había yo de obligar! No lo hiciera por ninguna cosa, ni vuestra merced ni nadie me pidió tal cosa, sino que yo lo dije así por nuestra comodidad. Si en el escribirlo hubo yerro, no es razón pedirles por fuerza lo que está en su voluntad; y, pues ellas la tienen de servir a vuestra merced y de ordinario cantar las misas, suplico a vuestra merced que cuando se les ofrece necesidad tenga por bien que gocen de su libertad. La mano ajena suplico a vuestra merced perdone, que me tienen las sangrías flacas y no está la cabeza para más. Nuestro Señor guarde a vuestra merced” (Cta. 28, 2).

1.2. De uno mismo

Para Teresa, el enemigo de la libertad del hombre es uno mismo, el “ego”, el “yo”, y lo más importante es liberarse de sí mismo. Así dice la Santa: “Y ya sabéis que no hay peor ladrón, pues quedamos nosotras mismas, que si no se anda con gran cuidado y cada una - como en negocio más importante que todos - no se mira mucho en andar contradiciendo su voluntad, hay muchas cosas para quitar esta santa libertad de espíritu” (CV 10, 1). La Santa sabe muy bien que el egoísmo, el vivir rabiosamente inclinados sobre sí mismo, produce estragos, bloqueos insalvables para la realización propio²⁰⁵. Por tanto, sabe que no puede centrarse en sí, vivir pendiente de sí mismo. Entonces, para gustar la libertad hay que morir al propio gusto y vivir decididamente de cara a Dios. La lucha por la libertad tiene que empezar por situar al hombre ante el convencimiento de que él es el enemigo más peligroso a combatir. Somos esclavos de nosotros mismos, porque “nuestro natural es muy tímido y bajo para tan gran cosa” (6M 4, 2). En la opinión del P. Maximiliano Herráiz, en vez de levantar armas contra fantasmas exteriores y quemar vida y energías combatiéndolos, el hombre tiene que descubrir la estructura interior esclavizante, hacer luz sobre el mundo interior para caer en la cuenta de la necesidad de desmontarlo y volver a edificarlo sobre nuevos presupuestos²⁰⁶. Es que, para él, “la conquista de la libertad es una lucha contra corriente de las fuerzas que operan dentro del hombre. El hombre interesado en ser libre tiene que ir contradiciéndose, doblando su voluntad. El hombre, dejado a las fuerzas instintivas, libres de su ser es el peor ladrón de sí mismo”²⁰⁷.

²⁰⁵ Herráiz, *Solo Dios Basta*, 382.

²⁰⁶ *Ibid.*, 382.

²⁰⁷ *Ibid.*, 373.

En su lucha contra el egoísmo, es decir, contra el sí mismo, el primer ámbito es la obsesión por la salud. La Santa habla con no poca ironía de la obsesión por la salud. Refiriéndose a los cuidados excesivos respecto a la propia salud, afirma:

“Algunas monjas no parece que venimos a otra cosa al monasterio, sino a procurar no morirnos. Cada una lo procura como puede” (CV 10,5). “No guardan unas cosas muy bajas de la Regla – como es el silencio, que no nos ha de hacer mal -, y no nos ha venido la imaginación de que nos duele la cabeza, cuando dejamos de ir al coro – que tampoco nos mata -, un día porque nos dolió, y otro porque nos ha dolido, y otros tres porque no nos duela” (CE 15, 4)²⁰⁸.

Por eso, para ella, “lo primero que hemos de procurar es quitar de nosotras el amor de este cuerpo” (CV 10, 5) y sus necesidades excesivas porque “este cuerpo tiene una falta, que mientras más le regalan, más necesidades descubre” (CV 11, 2). La verdad es que el cuerpo “multiplica necesidades en la medida que se las satisfacen. Y las presenta con vibraciones tales que conmueven al hombre entero que ha caído en sus redes. Las multiplica en cantidad y en intensidad. Tiene que hacerse oír y con facilidad. Las satisfacciones que se conceden engendran una espiral infinita de nuevas demandas. El cuerpo no se aquieta con lo que se le da. No pide tanto cosas cuanto atención. Este es el verdadero origen de esa carrera desbocada de ‘nuevas necesidades’. La ‘necesidad’ cumplida germina y despierta otras. Insaciable el cuerpo. Cada necesidad satisfecha es un escalón más que se sube en la afirmación egoísta de sí mismo”²⁰⁹. Se puede afirmar que el hombre es esclavo de su cuerpo, por eso hay que luchar y ganar la batalla al cuerpo y con el favor del Señor quedar señores de él (cfr. CV 11, 5). Todas las preocupaciones, los propios cuidados, ella quiere dejarlos todos en Dios. De verdad, “es un gran negocio” (CV 11, 2). En la vivencia de la Santa, el cuerpo que es parte inseparable del yo es un temible enemigo de la libertad. Pero, con todo, es el menos fuerte. El hombre libre es más señor de sí. “En fin, en todas las virtudes queda mejorada y no dejará de ir creciendo, si no torna atrás ya, a hacer ofensas de Dios” (4M 3, 9).

El segundo ámbito es la vanagloria sobre los éxitos. El hombre libre sale de la autocomplacencia y sobrevaloración de sí mismo, liberándose de la “negra honra”. En la experiencia de santa Teresa, “el espectáculo de tantos espirituales que “canonizan” sus cosas y “querrían que otros las canonizasen” (V 11, 18), hería el corazón y los ojos de la Madre Teresa”²¹⁰. Para ella, el hombre liberado tiene que experimentar el señorío de su egoísmo, del

²⁰⁸ Marcos, *Un viaje a la plenitud*, 40.

²⁰⁹ Herráiz, *Solo Dios Basta*, 374.

²¹⁰ *Ibid.*, 385.

orgullo sobre las buenas obras y virtudes propias. “De estas personas está muy lejos estima suya de nada. Gustan entiendan sus pecados y de decirlos cuando ven que tienen estima de ellos. Así les acaece de su linaje” (CV 36, 10). Por tanto, nuestra Santa nunca se atribuye tanto el éxito de su obra fundacional como las virtudes de la vida espiritual a sí misma como fruto, éxito de sus esfuerzos y méritos. Siempre confiesa que es el fruto de Dios. Es Dios el que comienza la obra, la sustenta y la lleva a su término. Ella es sólo su instrumento indigno:

“Acordaos con la pobreza y trabajo que se ha hecho lo que vosotras gozáis con descanso; y si bien lo advertís, veréis que estas casas en parte no las han fundado hombres las más de ellas, sino la mano poderosa de Dios, y que es muy amigo Su Majestad de llevar adelante las obras que El hace, si no queda por nosotras. ¿De dónde pensáis que tuviera poder una mujercilla como yo para tan grandes obras, sujeta, sin solo un maravedí, ni quien con nada me favoreciese?” (F 27, 11; cfr. 5M 2, 1; F 23, 3; 28, 1).

También el hombre liberado está libre ante sus caprichos, sus opiniones propias y su propia voluntad para abrirse a la verdad, al amor al prójimo, al aprecio del otro. El libre es consciente de que, en la vida, particularmente la vida espiritual, ciertamente “hay muchos caminos” (6M 7, 12). Se da cuenta de que “la realidad es infinita y los seres humanos sólo tenemos acceso a un punto de vista, aunque la mente nos genera la alucinación de que podemos ver la realidad en su totalidad”²¹¹. Además, como fruto del desasimiento de todo su propio interés, el hombre se libra de sus gustos de la oración: “Que si la voluntad está muy desasida de todo su propio interés, está claro que no sentirá ninguna cosa; antes se alegrará de que se le ofrece ocasión de contentar al Señor en cosa tan costosa, y se humillará y quedará tan satisfecha comulgando espiritualmente” (F 6, 22). En todo esto, vemos que el hombre “se libera de sí porque en su vida ha entrado Otro, y así no se detiene ante nada. Irresistible el hombre liberado de sus ‘miedos’ y ‘cobardías’”²¹².

1.3. Del demonio

Hemos visto arriba cuando estudiábamos la naturaleza del demonio que su objetivo es alejarnos de Dios, de su voluntad; “enfriar la caridad y el amor de unas con otras” (1M 2, 17); y hacernos turbar el alma para que no goce tan grandes bienes [de la contemplación] (cfr. V 40, 5). Para ello, nos pondrá el demonio mil temores falsos y también hará que otros nos los pongan (cfr. V 40, 5). Frente al demonio, ¿cómo le combate al demonio y sale victorioso el hombre libre?

²¹¹ M. Alonso Puig, *Madera de Líder. Claves para el desarrollo de las capacidades de liderazgo*, (Barcelona: Urano, 2004), 18, citado por Marcos, *Un viaje a la libertad*, 27.

²¹² Herráiz, *Solo Dios Basta*, 381.

Primero, con el ánimo y la fuerza que le da Dios mediante la santa cruz, el agua bendita (cfr. V 31, 2. 4), el que es libre ya no tiene miedo al demonio. Así desafía al demonio la Santa: “Ahora venid todos, que siendo sierva del Señor yo quiero ver qué me podéis hacer’. Es sin duda que me parecía me habían miedo, porque yo quedé sosegada y tan sin temor de todos ellos, que se me quitaron todos los miedos que solía tener, hasta hoy. Porque, aunque algunas veces los veía, como diré después, no los he habido más casi miedo, antes me parecía ellos me le habían a mí. Quedóme un señorío contra ellos bien dado del Señor de todos, que no se me da más de ellos que de moscas. Parécenme tan cobardes que, en viendo que los tienen en poco, no les queda fuerza” (V 25, 19.20). La absoluta garantía del hombre para su victoria frente al demonio es la fidelidad de Dios y la confianza del que es libre en Él: “Tengo por muy cierto que el demonio no engañará, ni lo permitirá Dios, a alma que... no se fíe de sí sino de Dios” (V 25, 12).

Segundo, el hombre libre siempre se preocupa de la oración, de su trato con Dios. Se esconde con Dios en el fondo de su ser. Se reviste de las armas de Dios (cfr. Ef 6, 11-16). Se retira a las regiones más escondidas de su ser, a las que el demonio no puede llegar. También se dedica todo el tiempo, toda su vida al servicio a los demás como veremos luego. Por tanto, el demonio no tiene tantas oportunidades para tentarlo y arrastrarlo por el camino del mal lejos de la voluntad de Dios. A este respecto, nos puede ayudar a entender San Juan de la Cruz. Dice el Santo: “En sintiendo la turbadora presencia del enemigo, ¡cosa admirable!, que, sin saber cómo es aquello y sin ella hacer nada de su parte, se entra ella más adentro del fondo interior, sintiendo ella muy bien que se pone en cierto refugio, donde se ve estar más alejada del enemigo y escondida, y allí aumentársele la paz y el gozo que el demonio le pretendía quitar” (2N 23, 4).

En esta sección hemos visto que el miedo es uno de los ladrones de la libertad del hombre. Hemos visto que, según la experiencia de santa Teresa, el hombre libre ya no tiene miedo de nada, ni de nadie, ni del demonio. Sin embargo, nos queda la explicación cómo nos roban la libertad los miedos y cómo nos aconseja la Santa para recuperar la libertad perdida frente los miedos. Santa Teresa nos ofrece una lista de los miedos de todo tipo. Vamos a mencionar algunos de estos. Primero es el miedo de las circunstancias y las incertidumbres de vida: “Estoy a miedo no se vaya el correo” (Cta. 132, 5); las persecuciones también le dan miedo al hombre: “Las pobres han estado bien faltas de quien las aconseje, que los letrados de acá están espantados de las cosas que las han hecho hacer con miedo de descomuniones” (Cta. 283, 4); “miedo a las tribulaciones y contradicciones de esta vida” (V 32, 4); miedo de falta de sustento

para la vida cuando se funda el convento en pobreza absoluta (cfr. CV 2,1-2; F 27, 12); “miedo a las tribulaciones y contradicciones de esta vida” (V 32, 4). El segundo son los miedos respecto a uno mismo en cuanto a los bienes físicos y espirituales: “Que el miedo que tengo es el daño que hacen en su salud” (Cta. 19, 2); miedo enfermedad (cfr. R 1, 23); miedo de perder el trabajo, es decir, los esfuerzos que ha puesto en la práctica de oración (cfr. CV 18, 3; V 11, 10), miedo de vanagloria (cfr. V 7, 20; 10, 4); “el miedo que traía le ha hecho olvidar su crédito” (R 4^a, 16); “miedo a la muerte, a quien yo siempre temía mucho” (V 38, 5; 5, 9; 21, 6; cfr. F 16, 4). Tercer es el miedo frente el demonio que suscita miedo de los pecados de uno mismo (cfr. MC 3, 7) y en consecuencia “miedo de los tormentos del infierno” (6M 9, 7), miedo del castigo (cfr. V 37, 6), “miedo del infierno” (6M 7, 3). El hombre tiene “gran miedo que tenía de ser engañada” (V 38, 1) especialmente en las visiones (R 4^a, 16). En la experiencia de santa Teresa, los miedos o temores son los obstáculos del camino de perfección. Los miedos nos roban nuestra libertad en el sentido de que nos fatigan y nos dan pena (cfr. V 38, 1); nos atraen “inquietud y pena” (R 6, 5). En consecuencia, nunca llegaremos a la verdadera pobreza de espíritu (cfr. V 22, 11). Y lo peor es que nos hacen dejar de “llegar a la perfección como los muy contemplativos” (CV 17, 4).

Nos preguntamos: ¿de dónde procede el miedo? Según los estudios, el miedo está siempre íntimamente conectado con nuestros pensamientos. El miedo o turbación sólo está en nuestra mente, desde donde proyectamos imágenes de lo que pensamos que puede ocurrir²¹³. Además, para Teresa, el miedo debe ser el resultado de la “flaqueza de la imaginación y mal humor” (Cta. 143, 8) del hombre. El miedo proviene de los pensamientos cuyo origen es del demonio. Así lo observaba en la compañera que fue con ella a aquella fundación en Salamanca: “Como mi compañera se vio cerrada en aquella pieza, parece sosegó algo cuanto a lo de los estudiantes, aunque no hacía sino mirar a una parte y a otra, todavía con temores, y el demonio que la debía ayudar con representarla pensamientos de peligro para turbarme a mí, que con la flaqueza de corazón que tengo, poco me solía bastar... Buen principio llevaba el demonio para hacernos perder el pensamiento con niñerías” (F 19, 5).

¿Qué es la terapia que nos aconseja nuestra Santa para recuperar la libertad frente a los miedos? La primera receta es no hacerse caso de ellos. Dice ella: “Ningún caso hagáis de los miedos que os pusieren ni de los peligros que os pintaren” (CV 21, 5); “así que, hermanas, dejaos de estos miedos. Nunca hagáis caso en cosas semejantes de la opinión del vulgo... Dejaos -como

²¹³ Juan Antonio Marcos, “En el vínculo está la libertad (Hacia ‘otro amor mejor’”, *Revista de Espiritualidad* 306 (2018), 127-128.

he dicho- de temores, adonde no hay qué temer” (CV 21, 10); “hemos de sacar miedos y dar sentidos conforme al poco sentido del amor de Dios que se tiene” (MC 1, 3). La segunda receta es confiarse en Dios, confiarse en la palabra de Dios, en el poder y amor de Dios. Así le dice el Señor a Teresa: “No hayas miedo, hija, que nadie sea parte para quitarte de Mí” (R 35, 1). Con estas palabras, Dios se hace su guarda y seguridad: “No haya vuestra reverencia miedo que nadie le ose mirar, que el Señor es su guarda”, así escribe al padre Ambrosio Mariano desde Toledo el 28 febrero 1577 (Cta. 187, 2). La confianza de Teresa en Dios se fundamenta en el hecho de que según san Pablo “no permite Dios seamos tentados más de lo que podemos sufrir” (Cta. 187, 2). Además, el hombre supera los miedos por la confianza en la eficacia de la palabra de Dios: “Estando así con aflicción que no se puede decir, con sólo entender esta palabra en lo interior; ‘Yo soy, no tengas miedo’, quedaba el alma tan quieta y animosa y confiada, que no podía entender de dónde le había venido tan gran bien” (R 4ª, 16). Por lo tanto, aconseja a sus monjas también a nosotros a poner la confianza en Dios en su providencia amorosa. Es que es el Señor de las rentas y de los renteros” (CV 2, 2): “No penséis, hermanas mías, que por no andar a contentar a los del mundo os ha de faltar de comer, yo os aseguro. Jamás por artificios humanos pretendáis sustentaros, que moriréis de hambre, y con razón. Los ojos en vuestro esposo; él os ha de sustentar. Contento él, aunque no quieran, os darán de comer los menos vuestros devotos, como lo habéis visto por experiencia” (CV 2, 1). Lo practica la Santa siempre en imitación de Jesús en Getsemaní que puso toda su confianza en el amor y poder del Padre (cfr. Mc 14, 26-42). “Jesús buscó atajar esa supuesta omnipotencia del miedo desde el amor: porque si es cierto que el miedo es poderoso, es todavía más cierto que solo el ‘amor’ es todopoderoso”²¹⁴.

2. EL HOMBRE HUMILDE

Hemos dicho en la introducción a este capítulo que el hombre libre es también el humilde. La humildad nace del encuentro y unión con Dios, es decir, nace de mirar, contemplar la grandeza, la inmensidad, la limpieza, la humildad de Dios (cfr. 1M 2, 9; 2, 8), especialmente de poner los ojos en Cristo: “Pongamos los ojos en Cristo nuestro bien, y allí deprenderemos la verdadera humildad” (1M 2, 11). En Jesucristo, Dios como el gran Emperador, Majestad, Señor, Rey es al mismo tiempo amor humilde y servicial, salido a nuestro encuentro: “En todo se puede tratar y hablar con Vos, como quisiéramos, perdido el primer espanto y temor de ver Vuestra

²¹⁴ Marcos, “En el vínculo está la libertad”, 129.

Majestad” (V 15, 8; 37, 6)²¹⁵. Por eso, mientras estamos más llegados a Dios por medio de Jesucristo más adelante ha de ir esta virtud de humildad (cfr. V 12, 4). De ahí, nos aconseja: “Representad al mismo Señor junto con vos y mirad con qué amor y humildad os está enseñando” (CV 26, 1; 42, 6). En esta sección vamos a ver la importancia de la humildad para alcanzar la verdad, obedecerla y vivirla. Después estudiaremos cómo vive el hombre humilde en su manera de pensar, de relacionar y actuar en su relación diario con Dios y con los demás.

2.1. Para alcanzar, obedecer y vivir la verdad

Hemos afirmado arriba que, en la vivencia de Santa Teresa, para conocer la verdad de uno mismo, la verdad de Dios y los engaños del demonio y del mundo el hombre necesita no sólo la luz de su propia inteligencia sino más importante la luz divina. “Esta luz intensa pone de relieve no solamente los defectos exteriores, sino que ilumina las profundidades y, en cierto sentido, el ser mismo del alma que, de esta manera, descubre su pequeñez y su pobreza absolutas ante el Infinito”²¹⁶. Así lo escribe nuestra Santa:

“Vese claro indignísima, porque en pieza adonde entra mucho sol no hay telaraña escondida: ve su miseria. Va tan fuera la vanagloria, que no le parece la podría tener, porque ya es por vista de ojos lo poco o ninguna cosa que puede... Su vida pasada se le representa después y la gran misericordia de Dios, con gran verdad y sin haber menester andar a caza el entendimiento, que allí ve guisado lo que ha de comer y entender” (V 19, 2).

Pero, el hombre no será poseído y dejará que Dios actúe y guíe por esta luz divina si no es humilde, y la acción divina estará habitualmente en relación con su humildad como nos dicen los *Evangelios*: Dios da su sabiduría a los pequeños, a los humildes (cfr. Lc 10, 17.21). Podemos decir que “Dios no puede prescindir de la humildad. La quiere tanto, que a sus ojos la humildad puede suplir a todo lo demás, porque, efectivamente, la humildad atrae todos los dones de Dios”²¹⁷. Por eso, afirma la Santa: “Delante de la Sabiduría infinita, créanme que vale más un poco de estudio de humildad y un acto de ella, que toda la ciencia del mundo” (V 15, 8).

Entonces, se puede afirmar que la humildad es importante, necesaria para alcanzar la verdad y es uno de los criterios de veracidad de la libertad. La humildad nos abre a la verdad de nosotros mismos, a nuestra verdadera condición y nos pone en contacto con quien verdaderamente es

²¹⁵ F. Malax, “Humildad”, en *Diccionario de Santa Teresa de Jesús*, dir. Tomás Álvarez (Burgos: Monte Carmelo, 2000), 779-780

²¹⁶ María Eugenio del Niño Jesús, *Quiero ver a Dios*, 398.

²¹⁷ *Ibid.*, 395.

Dios (cfr. 1M 2, 1.2.5). Es necesario para reconocer los dones que de Dios recibimos; entre ellos destaca la existencia, su conservación, la encarnación del Hijo, la oración/amistad con Dios, donde él lo hace todo “y nosotros casi nada” (cfr. V 10, 4.5; 20, 7; 21, 11)²¹⁸. Es necesario para reconocer las zonas más oscuras de nuestro ser, nuestra propia miseria, nuestra pobreza congénita y aceptar nuestros fallos, faltas, vicios: “Y es cosa muy cierta que mientras más vemos estamos ricos, sobre conocer somos pobres, más aprovechamiento nos viene y aun más verdadera humildad” (V 10, 4; cfr. V 20, 7; 30, 9). Por eso, se dice que “humildes serán los que bajen a las profundidades del yo acompañados de Jesucristo y contemplen su grandeza y su miseria sin miedo”²¹⁹. En consecuencia, esta humildad verdadera “nos mantiene en un justo y verdadero aprecio de nosotros mismos, de nuestra nada, a la vez que de los dones que Dios ha puesto en nosotros. El humilde no se siente ofendido por nadie, en menos se tiene a sí mismo que puedan tenerlo los demás. Sabe que el yo no se construye aupándose sobre pretendidos valores o títulos personales, reivindicando derechos preteridos, manejando las razones del mundo y ahogando las exigencias de su fe, en cuanto adhesión a la persona del Esposo Cristo, ‘Honrador nuestro’. ‘¿Sois Vos nuestro dechado y maestro? Sí, por cierto. ¿Pues en qué estuvo vuestra honra, honrador nuestro? ¿No la perdisteis, por cierto, en ser humillado hasta la muerte? No, Señor, sino que la ganasteis para todos’ (CV 36, 5)”²²⁰.

2.2. Las facetas de la humildad verdadera

Hemos venido diciendo que el hombre libre es también el hombre humilde. ¿Cómo vive el hombre libre? ¿Cómo se manifiesta la humildad concretamente? Esta humildad se pone de manifiesto en varios aspectos. El primer aspecto es renunciar a destacar. En la experiencia de Teresa, una vez se libera de sí mismo, el hombre ya no hace caso de sus “mayorías”, es decir, su ventaja, excelencia o requisito sobre los otros. Ya no dice nada de bienes de sí, ni que lo digan otros, sino que se lo atribuye todo a Dios: “Aquí se gana la verdadera humildad, para no se le dar nada de decir bienes de sí, ni que lo digan otros. Reparte el Señor del huerto la fruta y no ella, y así no se le pega nada a las manos. Todo el bien que tiene va guiado a Dios. Si algo dice de sí, es para su gloria. Sabe que no tiene nada él allí” (V 20, 29). Mas el hombre libre “siempre se siente en el más bajo lugar, que así nos dijo el Señor lo hiciésemos y nos lo enseñó por la obra” (CV 17, 1). Con la experiencia de la Santa, el hombre libre sabe muy bien que el egoísmo, el vivir rabiosamente inclinado sobre sí mismo, produce estragos, bloqueos

²¹⁸ Malax, “Humildad”, 776.

²¹⁹ Más, *Acercar el cielo*, 107.

²²⁰ Herráiz, *Solo Dios Basta*, 378.

insalvables para la realización propio²²¹. Lo afirma la Santa así: “Las mayorías, no hay tóxico en el mundo que así mate como estas cosas²²² la perfección” (CV 12, 7).

El segundo aspecto es renunciar a tener razón (renunciar a imponerse): “Muchas veces os lo digo, hermanas, y ahora lo quiero dejar escrito aquí, porque no se os olvide, que en esta casa, y aun toda persona que quisiere ser perfecta, huya mil leguas de ‘razón tuve’, ‘hiciéronme sinrazón’, ‘no tuvo razón quien esto hizo conmigo’... De malas razones nos libre Dios. ¿Parece que había razón para que nuestro buen Jesús sufriese tantas injurias y se las hiciesen y tantas sinrazones?” (CV 13, 1). De lo contrario, “el verdadero humilde ha de desear con verdad ser tenido en poco y perseguido y condenado sin culpa” (CV 13, 2). Al comentar sobre estas citas dice Juan Antonio Marcos: “A parte de los comentarios retórico-pragmáticos de esta cita (o las posibles reminiscencias de los libros de caballerías), lo relevante es la intencionalidad de la autora. Lo valioso de la vida no es ‘vencer’ al otro en una discusión. Lo importante es aprender a convivir, y para ello hay que dar el paso de lo ‘racional’ a lo ‘cordial’ o ‘fiducial’. Cuando queremos racionalizarlo todo en la convivencia cotidiana, entonces hacemos dramas donde no los hay. Y madurar en la vida es aprender a relativizar los accidentes de la vida cotidiana. Para ello hay que comenzar a ‘ver’ la vida con los ojos del corazón, y ver así también a los demás, con la mirada y con los ojos de Dios. De ahí el referente final teresiana al ‘buen Jesús’”²²³. Así lo vive el hombre liberado según la experiencia de Santa Teresa.

El tercer aspecto de la humildad verdadera es renunciar a defenderse como el Dios inerme e indefenso de la cruz: “Confusión grande me hace lo que os voy a persuadir, porque había de haber obrado siquiera algo de lo que os digo en esta virtud; es así que yo confieso haber aprovechado muy poco. Jamás me parece me falta una causa para parecerme mayor virtud dar disculpa. Como algunas veces es lícito y sería mal no lo hacer, no tengo discreción -o, por mejor decir, humildad- para hacerlo cuando conviene. Porque, verdaderamente, es de gran humildad verse condenar sin culpa y callar, y es gran imitación del Señor que nos quitó todas las culpas. Y así os ruego mucho traigáis en esto gran estudio, porque trae consigo grandes ganancias” (CV 15,1).

El cuarto aspecto de la humildad verdadera es la paz que experimenta el hombre libre. Dice la Santa: “La humildad no inquieta ni desasosiega ni alborota el alma, por grande que sea; sino viene con paz y regalo y sosiego... No alborota ni aprieta el alma, antes la dilata y hace hábil

²²¹ Ibid., 382.

²²² “Si soy más antigua”, “si he más años”, “si he trabajado más”, “si tratan a la otra mejor” (CV 12, 4).

²²³ Marcos, *Un viaje a la plenitud*, 45.

para servir más a Dios” (CV 39, 2). “Porque la humildad verdadera, aunque se conoce el alma por ruin, y da pena ver lo que somos, y pensamos grandes encarecimientos de nuestra maldad, tan grandes como los dichos, y se sienten con verdad, no viene con alboroto ni desasosiega el alma ni la oscurece ni da sequedad; antes la regala, y es todo al revés: con quietud, con suavidad, con luz” (V 30, 9). El humilde va contento por donde le llevare Dios: “La verdadera humildad está mucho en estar muy prontos en ‘contentarse’ con lo que el Señor quisiere hacer de ellos” (CV 17, 6). “Lo que significa que, sean cuales sean las circunstancias en que nos encontremos, no hay situación alguna en la que Dios no pueda estar cerca de nosotros y nosotros no podamos encontrarlo. Esto no significa que las circunstancias en que nos encontremos sean en cualquier caso ‘voluntad de Dios’. Hablar de voluntad de Dios puede ser de hecho, y no raramente, toda una blasfemia”²²⁴.

“Y el humilde, no sólo va contento, sino que suscita contento a su alrededor. Son los efectos positivos de toda experiencia mística verdadera. He aquí una prueba más de su autenticidad y verdad, su mejor etiqueta de garantía: ‘Esta casa es un cielo, si le puede haber en la tierra para quien se contenta sólo de contentar a Dios y no hace caso de contento suyo’ (CV 13,7). Esa salida del ‘ego’, en apertura radical al Otro y a los otros, no sólo no nos vacía, sino que nos plenifica, y se anticipa así, entre los hombres, el mundo de Dios. El mundo que Dios ha soñado para los hombres”²²⁵. En otro lugar lo afirma así la Santa: “La verdadera humildad está mucho en estar muy prontos en contentarse con lo que el Señor quisiere hacer de ellos, y siempre hallarse indignos de llamarse sus siervos” (CV 17, 6).

El quinto aspecto es la osadía, la audacia, la confianza del hombre humilde. Después de haber dado su parte, el hombre libre está seguro y no se siente defraudado por la parte de Dios porque conoce lo que él puede y lo que Dios puede (cfr. R 28, 1): “No hayáis miedo que quede por él [...] no entendamos cosa en que se sirve más el Señor que no presumamos salir con ella con su favor. Esta presunción querría yo en esta casa, que hace siempre crecer la humildad: tener una santa osadía, que Dios ayuda a los fuertes y no es aceptador de personas” (CV 16, 8)²²⁶. En su relación con Dios, su trato con Dios, el hombre humilde tiene mucha confianza en Dios. Con gran humildad puede “hablarle como a padre, pedirle como a padre, contarle sus trabajos, pedirle remedio para ellos, entendiendo que no es digna de ser su hija” (CV 28, 2). Es que, para

²²⁴ E. Schillebeeckx citado por Marcos, *Un viaje a la plenitud*, 46.

²²⁵ Marcos, *Un viaje a la plenitud*, 46.

²²⁶ *Ibid.*, 47.

Teresa, “es un género de humildad no fiar de sí, sino creer que para aquellos con quien conversa le ayudará Dios” (V 7, 22).

El sexto aspecto es la conciencia de gratuidad ante Dios; su “absoluta confianza de que Dios siempre nos visita (y siempre en el momento adecuado para nosotros), pero quizás no lo haga ni en la forma ni en el tiempo en que a nosotros nos gustaría”²²⁷. Esta es la consigna de Teresa: “¡Humildad, humildad!... Y lo primero en que veréis si la tenéis es en no pensar que merecéis estas mercedes y gustos del Señor ni los habéis de tener en vuestra vida” (4M 2, 9). No se preocupa de los gustos y mercedes de la contemplación. Es consciente de que es “agua de lo que llueve del cielo” (CV 19, 5), es decir, puro y gratuito don de Dios, algo “dado, y no adquirido por nuestra industria” (CV 19, 5)²²⁸. Por eso, sólo se preocupa de “tenerse por dichosa en servir” (CV 17, 1): “Miren que la verdadera humildad está mucho en estar muy prontos en contentarse con lo que el Señor quisiere hacer de ellos” (CV 17, 6), y “andar alegres sirviendo en lo que les mandan” (CV 18, 4).

3. EL HOMBRE AMOROSO

En esta sección, veremos que libre es una persona de amor, de caridad, de entrega. La libertad está hecha para amar, para ser siervos del amor (cfr. V 11, 1; 7M 4, 8). Ser libre para amar a Dios y al prójimo. El hombre libre entiende con claridad “que no es suya la fruta (libertad), comienza a repartir de ella, y no le hace falta a sí. Comienza a dar muestras de alma que guarda tesoros del cielo, y a tener deseo de repartirlos con otros, y suplicar a Dios no sea ella sola la rica. Comienza a aprovechar a los prójimos” (V 19, 3). Ya no vive en sí y para sí. Es otra vida nueva: “Es otro libro nuevo de aquí adelante, digo otra vida nueva. La de hasta aquí era mía; la que he vivido desde que comencé a declarar estas cosas de oración, es que vivía Dios en mí” (V 32, 1). El amor es la medida de la libertad del hombre. “Es libre el hombre para quien sólo cuenta servir amorosamente a sus hermanos y a Dios”, afirma el P. Maximiliano Herráiz²²⁹. A su vez, amar nos hace libres como nos dice la Santa (P 18). Todo acto de amor es un ejercicio de libertad. Dios la comparte con nosotros para que, igual que Él, seamos capaces de amar (cfr. Gal 5, 1.13). Cuanto más amamos, tanto más incrementamos la propia libertad. El amor constituye el mejor camino para aprender la libertad. Este amor “va imitando al capitán del amor, Jesús” (CV 6, 9; 7, 4).

²²⁷ Ibid., 62.

²²⁸ Ibid., 64.

²²⁹ Herráiz, *Solo Dios Basta*, 388.

3.1. Esclavos de Dios²³⁰

Hemos dicho que, en la experiencia y doctrina de Teresa, el hombre es creado a imagen y semejanza de Dios. Por lo tanto, no puede vivir sin Dios. El hombre es lo que es su ordenación a Dios. “Y esto mismo vale también en el campo de la libertad, nota constitutiva del hombre: es libre el hombre si y en la medida en que vive sometido a Dios”²³¹. Así dice la Santa: “Ni me parece vivo yo, ni hablo, ni tengo querer, sino que está en mí quien me gobierna y da fuerza, y ando como casi fuera de mí” (R 3, 10; cfr. E 17, 3-5). El hombre libre se hace siervo de Dios, es decir, siervo de amor porque “Dios es amor” (1 Jn 4, 8.16). “La libertad es ser esclavo de Dios. Someterse a Dios que es amor, es comprometerse a ser esclavos de todos. Dios está atado por amor a todos los hombres; así lo vivió el Hombre-Dios, Jesús de Nazaret, y así lo vivieron sus más calificados seguidores. Ser libres es servir, hacerse esclavo de todos en virtud de la total sumisión a Dios”²³². El amor de Dios y nuestra confianza en ese amor nos libra de la esclavitud. El amor nace en el momento en el que decide la voluntad. Es la decisión de la voluntad para entregarse totalmente como Jesús (cfr. Juan 10, 10), ser siervos, esclavos de Dios: “Desde aquel día yo quedé tan animosa para dejarlo todo por Dios como quien había querido en aquel momento -que no me parece fue más- dejar otra a su sierva” (V 24, 7; cfr. 7M 4, 9).

Ya no pertenece el hombre libre a sí mismo. Pasa a ser de Dios. “Ya no somos nuestros sino suyos” (V 11, 12). Ya no vive para sí mismo el hombre libre, sino para aquel que murió y resucitó por el (cfr. 2 Cor 5, 15) “porque si ella está mucho con Él, como es razón, poco se debe de acordar de sí; toda la memoria se le va en cómo más contentarle, y en qué o por dónde mostrará el amor que le tiene” (7M 4, 6). ¿Cuáles son las implicaciones de esta pertenencia? Primero, el hombre libre se deja llevar por Dios donde quiera Dios. Pone en las manos de Dios su persona y, por consiguiente, el camino concreto por donde quiera conducirlo. “Guíe su Majestad por donde quisiere” (V 11, 12), dice la Santa. Esta es la suprema liberación²³³. Y porque ya los hombres libres le han dado su libertad a Dios, “los pueda vender por esclavos de todo el mundo, como Él lo fue; que no les hace ningún agravio ni pequeña merced” (7M 4, 8). Segundo, el hombre está total y siempre disponible para hacer la voluntad de Dios, es decir, lo que Dios quiera; lo que a Dios le agrada. Existe un extremo deseo “en estas almas de que se

²³⁰ Cfr. Herráiz, *Solo Dios Basta*, 355-362.

²³¹ Ibid., 355. Cfr. Juan Antonio Marcos, *Teresa de Jesús. La transparencia del Misterio*, (Madrid: San Pablo, 2015), 47-51.

²³² Ibid., 356.

²³³ Ibid., 384.

haga la voluntad de Dios en ellas” (7M 3, 4). Se entrega su voluntad propia para llevar a cabo la voluntad de Dios pase lo que pase, cueste lo que cueste, hasta la muerte siguiendo el ejemplo del Señor Jesús. Con tal disponibilidad y deseo ferviente, ora a Dios: “Cúmplase, Señor, en mí vuestra voluntad de todos los modos y maneras que Vos, Señor mío, quisieréis. Si queréis con trabajos, dadme esfuerzo y vengan; si con persecuciones y enfermedades y deshonras y necesidades, aquí estoy, no volveré el rostro, Padre mío, ni es razón vuelva las espaldas. Pues vuestro Hijo dio en nombre de todos esta mi voluntad, no es razón falte por mi parte; sino que me hagáis Vos merced de darme vuestro reino para que yo lo pueda hacer, pues él me le pidió, y disponed en mí como en cosa vuestra, conforme a vuestra voluntad” (CV 32, 10; cfr. 12, 2; 32, 4; 7M 3, 4). Todo esto significa que “ser libres es vivenciar con hondura y extremosidad la dependencia absoluta de Dios. Hacer amorosa, consciente y responsable, por elección y vocación, lo que ontológicamente se es: criatura, necesitada y dependiente de Dios para vivir”²³⁴. Lo dice así santa Teresa cuando habla de tercer grado de oración: “Aquí me parece viene bien, como a vuestra merced se dijo, dejarse del todo en los brazos de Dios. Si quiere llevarla al cielo, vaya; si al infierno, no tiene pena, como vaya con su Bien; si acabar del todo la vida, eso quiere; si que viva mil años, también. Haga Su Majestad como de cosa propia; ya no es suya el alma de sí misma; dada está del todo al Señor; descúidese del todo” (V 17, 2).

Tercero, el hombre libre ya no se preocupa de sí mismo. Ya no busca su provecho, su propio interés, su honra, sino que se preocupa de la gloria de Dios, busca construir el reino de Dios: “Toda está de tal manera que no se conoce ni se acuerda que para ella ha de haber cielo ni vida ni honra, porque toda está empleada en procurar la de Dios” (7M 3, 2; cfr. 4M 1, 7). El amor crecido nunca permanece estéril. Lo vemos claramente en la vida de Teresa, mujer liberada. “Andaba con mezclas de períodos de noche y de deleite, arrastrando la pena sabrosa, preguntándose qué podría hacer ella por ayudar al Esposo, ‘pensaba qué podría hacer por Dios’ (V 32, 9)”²³⁵. Primero, decidió cumplir con perfección las exigencias de sus votos. Luego, se decidió a fundar monasterios para que “vaya siempre adelante la honra y gloria de su Hijo y el aumento de la Iglesia Católica” (4M 1, 7). Para esto, el hombre libre “deja de tener cuenta con comer y dormir” y “en todo lo que puede y entiende que es servicio de nuestro Señor, no lo dejaría de hacer por cosa de la tierra” (7M 3, 3). Con este celo por la gloria de Dios, “le viene una pena grande de ver que es ofendido” (5M 2, 7). Sin embargo, Teresa sabe y entiende muy bien lo que dice San Ireneo que tantas veces se ha citado: “La gloria de Dios es el hombre vivo;

²³⁴ Ibid., 356.

²³⁵ Mas, *Acercar el cielo*, 239.

la vida del hombre es contemplar a Dios”²³⁶. Para ella, “lo que importa para esto el amor del prójimo” (5M 3, tít.). Lo veremos en la siguiente sección.

3.2. Al servicio del otro

Hemos visto arriba que la libertad es para ser esclavo de Dios. Someterse a Dios es someterse al amor. Esto también significa comprometerse a ser esclavos de los demás, esclavos de todos porque el amor a Dios y el amor al prójimo no se puede separar. Son como dos caras de la misma moneda. La libertad es vivir para el otro. El amor al otro es la señal más cierta del hombre libre según nuestra Santa (cfr. 5M 3, 8; 1Jn 4, 19-20). El hombre se libera radicalmente desposeyéndose y dándose totalmente al servicio amoroso a Dios y al prójimo sin prestar atención a su propio provecho. La libertad se mide por el nivel de donación de sí. Por eso, hay que darse y darse desde las raíces del propio ser (cfr. V 11, 1-4). Así lo comenta el P. Antonio Mas: “La entrada del ser amado en nuestra vida descentra nuestro yo, introduciéndolo en una pequeña comunidad. El amor humano y el divino consisten en una relación de dar y recibir. En el trasfondo de ese juego amoroso late una voluntad libremente entregada”²³⁷. Por eso, para nuestra Santa, toda la libertad o gran parte de ella “está en perder cuidado de nosotros mismos y de nuestro regalo” (CV 11, 2). Se trata de pasar del amor posesivo a un amor en libertad, que no ata el corazón y da vida. Con respecto a las personas es amar sin caer en la cárcel del amor. “No solo con respecto a las personas con quienes se convive o con las que naturalmente se tiene amistad, sino también con respecto a los familiares o deudos, amigos y bienhechores”²³⁸. En esta sección, vamos a ver cómo se expresa concretamente este amor verdadero teresiano en la vida del hombre libre. ¿Cuáles son sus características? Según Juan Antonio Marcos, hay una serie de notas que le sirven a nuestra Santa para caracterizar dicho amor verdadero²³⁹. Vamos a aprovechar de su estudio lo que es relevante para nuestro trabajo.

La primera nota, de carácter negativo, es que el amor verdadero no hace acepción de personas, no crea bandillos: “guárdense de estas particularidades” (CV 4, 7); “en atajar estas parcialidades es menester gran cuidado” (CV 4, 9). Frente a las amistades particulares, nuestra Santa nos da su particular receta positiva: “En esta casa, que no son más de trece ni lo han de ser, aquí todas han de ser amigas, todas se han de amar, todas se han de querer, todas se han de ayudar; y guárdense de estas particularidades, por amor del Señor, por santas que sean” (CV 4,

²³⁶ Cfr. Del Tratado contra las herejías, IV, 20, 7.

²³⁷ Más, *Acercar el cielo*, 144.

²³⁸ Rómulo, “Pobreza liberadora”, 282-283.

²³⁹ Marcos, *Un viaje a la plenitud*, 31-37.

7). Es un amor inclusivo que tiene origen en el amor divino del Padre “que hace salir su sol sobre malos y buenos, y llover sobre justos e injustos” (Mt 5, 45) “porque Dios es imparcial” (Rom 2, 11).

La segunda nota nos dice que el amor verdadero es donación. Es oblativo y sacrificado. Consiste en dar más que en recibir (cfr. CV 6, 7) y “crece la caridad con ser comunicada” (V 7, 22). Para ello, el hombre libre se olvida todo lo suyo, a sí mismo (cfr. R 6, 1). Se preocupa sólo del otro y “no deja de poner todo lo que puede porque se aproveche. Esto implica la búsqueda del bien del otro, especialmente el bien espiritual (cfr. CV 7, 1.8)²⁴⁰ “mirando cómo o por dónde las podáis hacer placer y servir” (7M 4, 8), incluso el bien del enemigo, del que le hace mal. El hombre libre se preocupa de la salvación de su prójimo, especialmente de los que todavía viven en la esclavitud y está dispuesto a sufrir el dolor, hasta aceptar la muerte que conlleva la donación de sí. Perdería mil vidas por un pequeño bien del otro (cfr. CV 6, 9). Así lo dice la Santa: “Mostróme también cómo está el alma que está en pecado, sin ningún poder, sino como una persona que estuviese del todo atada y liada y tapados los ojos, que aunque quiere ver, no puede, ni andar, ni oír y en gran obscuridad. Hiciéronme tanta lástima las almas que están así que cualquier trabajo me parece ligero por librar una” (R 20, 1). “Sin ninguna enemistad con los que las hacen mal o desean hacer; antes les cobran amor particular, de manera que si los ven en algún trabajo lo sienten tiernamente, y cualquiera tomarían por librarlos de él, y encomiéndanlos a Dios muy de gana, y de las mercedes que les hace Su Majestad holgarían perder por que se las hiciese a ellos” (7M 3, 5; cfr. 5M 3, 11). Frente este amor, exclama la Santa: “Es cosa extraña qué apasionado amor es éste, qué de lágrimas cuesta” (CV 7, 1). Lo pone en práctica el hombre libre siempre en imitación del hombre libre por excelencia que es Cristo Jesús. Es que “nosotros, los seres humanos, no sabemos amar como seres humanos, y entonces queda abierta la puerta a que el mismo Dios, a través de Jesús, nos enseñe a amar como seres humanos, a vivir en toda su plenitud y anchura”²⁴¹:

“Forzar vuestra voluntad para que se haga en todo la de las hermanas, aunque perdáis de vuestro derecho, y olvidar vuestro bien por el suyo, aunque más contradicción os haga el natural; y

²⁴⁰ Para el papa Benedicto XVI, la preocupación de los bienes espirituales del prójimo es más importante que la de los bienes materiales y, por lo tanto, merece nuestra atención y práctica. Así lo dice en su mensaje para la cuaresma del 2012: “El «fijarse» en el hermano comprende además la solicitud por su bien espiritual... Hoy somos generalmente muy sensibles al aspecto del cuidado y la caridad en relación al bien físico y material de los demás, pero callamos casi por completo respecto a la responsabilidad espiritual para con los hermanos. No era así en la Iglesia de los primeros tiempos y en las comunidades verdaderamente maduras en la fe, en las que las personas no sólo se interesaban por la salud corporal del hermano, sino también por la de su alma, por su destino último”, tomado de http://w2.vatican.va/content/benedict-xvi/es/messages/lent/documents/hf_ben-xvi_mes_20111103_lent-2012.html

²⁴¹ Marcos, *Un viaje a la plenitud*, 37.

procurar tomar trabajo por quitarle al prójimo, cuando se ofreciere. No penséis que no ha de costar algo y que os lo habéis de hallar hecho. Mirad lo que costó a nuestro Esposo el amor que nos tuvo, que, por librarnos de la muerte, la murió tan penosa como muerte de cruz” (5M 3, 12); “¡oh precioso amor, que va imitando al capitán del amor, Jesús, nuestro bien!” (CV 6, 9).

Vemos que la libertad que hace al hombre es la que le permite vencer todos los obstáculos que le impiden darse a los demás sin limitaciones²⁴². La libertad le hace capaz de relativizar, desdramatizar para no dar demasiada importancia a los accidentes de la convivencia diaria: “No hay cosa enojosa que no se pase con facilidad en los que se aman” (CV 4, 5). Sin embargo, esta donación de sí, este servicio del hombre libre al otro “no significa que el que ama no tenga sus recompensas. Es algo que Teresa, hija de las mentalidades de su época, quizás no acaba de comprender o de expresar adecuadamente, como aparece de manifiesto cuando escribe: ‘cuán gran ceguedad se trae en este querer que nos quieran’ (C 6,5), para añadir más adelante: ‘siempre se pretende algún interés de provecho o contento nuestro’ (C 6,6). Hoy, todos sabemos que la verdadera maduración afectiva pasa por ‘querer y ser querido’, y que esto es lo más sano y lo más humano”²⁴³.

“La tercera nota es que el amor verdadero no es voluble, ni se deja llevar por pasajeras emociones o estímulos externos (cf. C 6, 8). Va siempre más allá de las apariencias, va al corazón. Es como si estuviera dotado de una mirada que volviera transparente la realidad toda. En la relación con los otros, el amor verdadero es todo un ‘mayeuta’, un mediador que hace descubrir a los demás la realidad en la que ya están metidos. Aquí Teresa remite a la imagen de la persona como una mina con inmensos tesoros por descubrir o desvelar. Sólo hace falta que aparezca en escena el verdadero amor, los verdaderos amadores, los que ‘ponen los ojos en las almas y miran si hay qué amar; y si no lo hay y ven algún principio o disposición para que, si cavan, hallarán oro en esta mina, si la tienen amor, no les duele el trabajo’ (C 6, 8). El amor verdadero hace crecer al otro. Optimiza la vida del otro, la llena de sentido”.

“Otra nota del amor verdadero es la capacidad para la compasión y la congratulación. En compadecerse del dolor ajeno, insiste varias veces Teresa: ‘Es muy bien las unas se apiaden de las necesidades de las otras’ (C 7,7). E insiste en ‘sabemos condoler de los trabajos de los otros, por pequeños que sean’ (C 7,6). Primacia pues, de una ética de las necesidades frente a la ética de los deberes, en la línea del ‘buen samaritano’. Y junto a la compasión, la otra cara de la moneda es la congratulación: el verdadero amor ‘todo lo que desea y quiere es ver rica a aquella

²⁴² Herráiz, *Solo Dios Basta*, 388.

²⁴³ Marcos, *Un viaje a la plenitud*, 33.

alma de bienes del cielo' (C 7,1); y así 'antes se alegra' (C 7,3) del bien del otro. E invita Teresa a sus primeras destinatarias: 'Procurar siempre holgaros con las hermanas ..., aunque no sea a vuestro gusto' (C 7,7). Pues bien, aunque parezca mentira, es más fácil compadecerse que congratularse (a esto último nos invita la parábola de los obreros contratados a la viña de Mt 20). Este no alegrarse del bien ajeno sigue siendo una de las grandes mezquindades de la condición humana"²⁴⁴. Aquí vemos el influjo de la lectura de los Evangelios y las cartas de San Pablo de Santa Teresa: "La caridad es paciente y bondadosa; la caridad no es envidiosa, no es jactanciosa ni orgullosa; es decorosa; no busca su interés; no se irrita; no toma en cuenta el mal; no se alegra de la injusticia; se alegra con la verdad. Todo lo excusa. Todo lo cree. Todo lo espera. Todo lo soporta" (1Cor 13, 4-7).

Otra nota quizá más significativa del amor al otro es el perdón, a saber, la capacidad para perdonar y la capacidad para recibir y aceptar el perdón del otro. El hombre libre no guarda rencores hacia el otro. El hombre "lo pone por obra de perdonar cualquier injuria, por grave que sea" (CV 36, 8). El hombre libre ya no hace caso "de unas cositas que llaman agravios, que parece hacemos casas de pajitas, como los niños" (Cfr. CV 36, 3). Todo esto es el fruto de la experiencia mística del perdón, de la misericordia de Dios del hombre libre. El hombre libre se hace perdón y misericordia para los demás: Perdono porque soy perdonado, así como amo porque soy amado (cfr. Mt 18, 21-35). Lo expresa así el papa Francisco: "La misericordia tiene dos aspectos: es dar, ayudar, servir a los otros, y también perdonar, comprender... Dar y perdonar es intentar reproducir en nuestras vidas un pequeño reflejo de la perfección de Dios, que da y perdona sobreabundantemente" (GE 80-81). De ahí dice la Santa: "No puedo yo creer que alma que tan junto llega de la misma misericordia, adonde conoce la que es y lo mucho que le ha perdonado Dios, deje de perdonar luego con toda facilidad y quede allanada en quedar muy bien con quien la injurió. Porque tiene presente el regalo y merced que le ha hecho, adonde vio señales de grande amor, y alégrase se le ofrezca en qué le mostrar alguno" (CV 36, 12)²⁴⁵.

4. CONCLUSIÓN

Acabamos de ver en este capítulo a través de la exposición teresiana que la liberación que persigue nuestra Santa está en la línea del amor. "La libertad es un vivir para el otro. Sin persona enfrente para quién vivir, la libertad se ahoga, como se extingue y sofoca el amor cuando no se tiene a quién amar. La libertad requiere al Otro y a los otros, porque es vida ante Él y para Él,

²⁴⁴ Ibid., 33-34.

²⁴⁵ Cfr. Marcos, *Santa Teresa de Jesús. La transparencia del Misterio*, 111-113; 158-159.

ante ellos y para ellos”²⁴⁶. El hombre libre se preocupa por el bien del Otro y el de los otros. Hemos visto que es un proceso de “desplazamiento de una actitud y asentamiento egoísta, interesado, fundamentado en una rabiosa auscultación amplificadora de las avaras demandas del yo, verdadero y omnímodo epicentro del hombre esclavo y egoísta, a una presencia de escucha y servicio a los otros, de amor que conlleva el silenciar las primeras voces y el olvido de sí mismo. El esclavo es el hombre cerrado en sí mismo, solitario. El libre, en cambio, es un hombre de comunión”²⁴⁷. Por eso, la cúspide de la pirámide de la libertad se señala con esta asombrosa enajenación del propio yo que produce el amor. Es cuando no hay memoria de sí, cuando se silencian las propias, múltiples demandas de atención, cuando el mundo exterior y el demonio ya no tienen control sobre el hombre y se ha encontrado que Dios y los hombres son la única razón de nuestra condición de seres libres. Vivir para ellos desde las raíces. Porque la traducción del “ser esclavos de Dios” la acerca y extiende Teresa a los hombres sin solución de continuidad, con extrema y escalofriante naturalidad²⁴⁸.

²⁴⁶ Herráiz, *Solo Dios Basta*, 357.

²⁴⁷ *Ibid.*, 373.

²⁴⁸ *Ibid.*, 393-394.

CONCLUSIÓN GENERAL

Al comienzo de nuestro trabajo, hemos propuesto algunos objetivos en forma de las preguntas tales como: ¿cuáles son las causas de nuestra esclavitud? ¿cómo podemos alcanzar la libertad verdadera? ¿cómo vive el hombre libre? ¿cuáles son sus características? En esta conclusión vamos a dar respuesta a estas preguntas recogiendo los resultados de nuestra investigación. Según la experiencia y la enseñanza de santa Teresa de Jesús que hemos estudiado, hay dos razones o dos causas de nuestra esclavitud que nos impiden alcanzar la plenitud de lo humano y vivir una vida auténtica, auténticamente humana. La primera razón es nuestra ignorancia de las verdades de la Escritura: “Todo el daño que viene al mundo es no conocer las verdades de la Escritura con clara verdad” (V 40, 1). La segunda es nuestra alienación de Dios, nuestro Creador y Criador: “¿Cómo será libre el que del Sumo estuviere ajeno? ¿Qué mayor ni más miserable cautiverio que estar el alma suelta de la mano de su Criador?” (E 17, 3).

De ahí que, en la experiencia de la Santa para liberarnos de nuestra esclavitud, primero tenemos que conocer las verdades de la Escritura con clara verdad, aceptarlas y vivirlas. Segundo, tenemos que someternos y vivir bajo la escucha de Dios. Esto significa que nuestra manera de pensar, de sentir y de actuar debe dirigirse por Dios y por su voluntad. Esta es la experiencia y convicción de la Santa: “¿Sabéis qué es ser espirituales de veras? Hacerse esclavos de Dios, a quien, señalados con su hierro que es el de la cruz, porque ya ellos le han dado su libertad, los pueda vender por esclavos de todo el mundo, como Él lo fue” (7M 4, 8). Así lo exclama la Santa: “¡Oh libre albedrío, tan esclavo de tu libertad, si no vives enclavado con el temor y amor de quien te crió! ¡Oh, cuándo será aquel dichoso día que te has de ver ahogado en aquel mar infinito de la suma Verdad, donde ya no serás libre para pecar ni lo querrás ser, porque estarás seguro de toda miseria, naturalizado con la vida de tu Dios!” (E 17, 4). De ahí que el papa Francisco diga en su recién exhortación apostólica *Gaudete et Exultate*: “Depender de Él nos libera de las esclavitudes y nos lleva a reconocer nuestra propia dignidad” (número 32). Lo expresa Juan Antonio en otras palabras así: “Es el vínculo divino el único que no solo no esclaviza, sino que potencia lo mejor de la libertad humana”²⁴⁹. En las palabras del P. Maximiliano, “la libertad de todo es una consecuencia de la “entrada” de Dios en nuestra vida”²⁵⁰. Por lo tanto, la Santa exhorta a sus monjas carmelitas y también a nosotros: “No

²⁴⁹ Marcos, *Teresa de Jesús. La transparencia del Misterio*, 27.

²⁵⁰ Herráiz, *Solo Dios Basta*, 391.

consintamos, oh hermanas, que sea esclava de nadie nuestra voluntad, sino del que la compró por su sangre” (CV 4, 8) y que seáis “asidas a sólo El” (Cta. 451, 8).

Según la vivencia de santa Teresa, no podemos lograr las verdades de la Escritura por nuestra propia cuenta, por nuestros propios esfuerzos. Necesitamos muchos tipos de ayuda. Primero la verdad se puede hallar mediante la lectura: la de la Escritura, la de los escritos de los Padres de la Iglesia, de los autores de espiritualidad de nuestro tiempo. Son auxilios generales que a todos nos da Dios. Son los remedios que deja Dios en su Iglesia. Tenemos que aprovecharlos (cfr. 5M 2, 3; V 8, 12). Mediante la lectura, especialmente la de la Escritura, ella vio (y nosotros podemos ver) “las verdades y el ruin camino que llevaba” (V 19, 12). En la experiencia de la Santa, la lectura de determinados textos de la Escritura y de espiritualidad le causa a Teresa un impacto fuerte: me ayudó mucho, me consoló mucho, me aprovechó mucho, etc. (cfr. V 13, 3; 23, 15). Para nuestra Santa, las lecturas son el mantenimiento para el alma, como el comer para el cuerpo. Por eso, en los conventos del Carmelo, es imprescindible tener una buena biblioteca. Además, siempre en el horario de las actividades de vida diaria, se dedica un tiempo para la lectura divina. Respecto a esto, Teresa nos ayuda a reavivar la cultura de leer que hoy en día se está perdiendo con la llegada de la cultura digital, tecnologías de la información y redes sociales. Con tantas distracciones, parece que perdemos ganas de leer.

Sin embargo, muchas veces las lecturas quedan oscuras a nuestro entendimiento. No podemos lograr entender lo que leemos. Así pues, las lecturas no sirven para nada sin la explicación. Por lo tanto, hace falta la ayuda de un maestro experimentado, de un “letrado”, de un guía espiritual. Mediante el trato personal, las conversaciones y los diálogos con las personas a nuestro alrededor, especialmente con los “amigos de Dios” como dice la Santa, también diálogos con nosotros mismos, podemos alcanzar la verdad y nos liberamos de nuestras ignorancias y ataduras. Es la capacidad de abrirnos al otro, de dialogar con el otro y con nosotros mismos para buscar, aceptar y vivir la verdad. El fundamento para esto es que Dios que es la Suma Verdad vive en los demás y habla por medio de ellos.

No obstante, en la experiencia de Teresa, no nos basta la lectura y la ayuda de los demás. No podemos lograr toda la verdad sin la ayuda divina. Sólo podemos alcanzar la verdad en su totalidad con la luz que nos viene de arriba, que experimentamos en la oración y contemplación, es decir, el trato personal e íntimo con Dios por medio de Jesucristo que está presente, que vive dentro de nosotros. En la oración, en la contemplación, Dios nos revela sus secretos y todas las verdades (cfr. V 28, 9, CV 6, 3). Para Santa Teresa, no hay mejor camino para alcanzar las verdades que Jesucristo porque Él es el camino, la verdad y la vida (cfr. Jn 14, 6). Jesucristo es

el maestro por excelencia porque es Dios y Hombre a la vez: “Su Majestad fue siempre mi Maestro” (V 12, 2), “mi Maestro celestial” (V 39, 8). Toda la verdad de Dios, de otras realidades se nos comunica por el Verbo, la Palabra hecha carne en el Espíritu Santo (cfr. Col 2, 3). Jesucristo es nuestra luz y nuestra salvación como nos dice el salmista (cfr. Sal 26, 1). “Por eso, la figura singular de Jesús de Nazaret es el lugar donde la libertad humana alcanza su plenitud y la persona alcanza su verdadera estatura... La hondura de su proceso de configuración con Cristo y de su vivencia del misterio de Dios nos muestra claramente que la libertad es parte constitutiva de nuestra condición de imagen y semejanza de Dios, de nuestra identidad de hijos”.²⁵¹ ¿Cuáles son las verdades de la Escritura que logramos mediante las lecturas, las conversaciones con los demás, y más importante mediante nuestro trato personal con Dios por medio de Jesucristo en el Espíritu Santo? Son la verdad de Dios, la mentira del mundo, la dignidad del hombre y la realidad del demonio.

En el pensamiento y vivencia de santa Teresa el hombre está creado por amor gratuito de Dios a su imagen y semejanza. Está dotado con multitud de riquezas y hermosuras. Por eso, posee una gran dignidad y tiene una altísima vocación. Está constantemente llamado a la comunión íntima con Dios. Sin embargo, a causa del pecado, es débil, flaco y naturalmente pronto al mal. En la experiencia de Teresa, los hombres somos “todos unos palillos de romero seco, y que asiéndose a ellos no hay seguridad, que en habiendo algún peso de contradicciones o murmuraciones se quiebran” (R 3, 1). Pero, su belleza, hermosura y dignidad nunca se pierden por el pecado. Porque Dios sigue sustentándole con su ayuda y gracia.

Para Teresa este hombre que es un ser espiritual pero encarnado en un cuerpo limitado y frágil vive en un mundo que consiste en la honra y dinero. En la vivencia de la Santa, estas dos cosas del mundo nos hablan “de tierra, de tiempo, de goces efímeros, de lo superficial, de lo periférico, es decir, de lo contingente, de lo limitado, de lo que tiene fin. En última instancia, el mundo se constituye por el deseo de afirmación personal, por un egoísmo casi absoluto”²⁵². El mundo es mentira y falsedad en la vivencia de Teresa. El constitutivo de la mundanidad se halla en el ansia de prestigio y de bienes económicos. En un sentido más profundo, “el mundo no son las cosas ni el espacio en el que se mueve el hombre. Sino los criterios y los valores que informan nuestra existencia [...] No son las cosas, sino la postura que el hombre adopta ante

²⁵¹ Rómulo Cuartas Londoño, “Libertad y liberación en la experiencia mística de san Pablo y de santa Teresa”, 126.

²⁵² Castro, “Teología teresiana del mundo”, 396.

ellas lo que hay que cuidar para que sea evangélica”²⁵³. El mundo se caracteriza por su precariedad. Lleva en sí la carcoma de lo finito, lo contingente.

En cuanto al demonio, es el enemigo, el adversario del hombre en su vida espiritual, en su camino hacia la comunión íntima con Dios. Siempre hace surgir dudas y miedos en el hombre, especialmente miedos de los pecados de uno mismo (cfr. MC 3, 7) con el fin de perder la confianza en Dios, en su misericordia y de desviar al hombre del camino de Dios. Siempre, por dondequiera que puede, procura dañar al hombre con sus mentiras y engaños, con sus sutilizas, ardidés, mañas para crear división, aversión, animosidad y para enfriar y apagar el amor de Dios y al prójimo.

El hombre se da cuenta de estas verdades con la luz que le regala Dios como hemos dicho. Estas realidades de uno mismo, del mundo, del demonio se ven sólo en las verdades de Dios. El Dios de Teresa es el Dios de misericordia y compasión, de entrega y de donación de sí. Él siempre sale a nuestro encuentro. Siempre toma la iniciativa de salir de sí mismo para compartir sus riquezas divinas con el hombre. Su misericordia nunca se agota. Siempre le perdona al hombre y le da su mano para levantarse de sus caídas. Por lo tanto, el hombre puede presumir de la misericordia de Dios (cfr. 3M 1, 3). Puede poner toda su confianza en Él, no en los hombres (incluido uno mismo): “No confiar mucho en nadie, porque no le hay que sea estable sino Dios” (V 39, 19).

¿Cómo se ve el hombre libre después de lograr las verdades de la Escritura y poner su vida bajo la autoridad de Dios y liberarse de todas las ataduras? Reconocemos al hombre libre por los efectos de después, es decir su comportamiento ético: “En los efectos y obras de después se conocen estas verdades de oración, que no hay mejor crisol para probarse” (4M 2, 8; cfr. 7M 2, 6). La fundamentación bíblica de este principio es de sobra conocida: “Por sus frutos los conoceréis” (Mt 7, 16). Los frutos son las virtudes de desasimiento, humildad y amor fraterno. Hemos visto que la liberación que persigue nuestra Santa está en la línea del amor. El hombre libre se preocupa por el bien del Otro y el de los otros manifestado en las pequeñas cosas. Es que “el Señor no mira tanto la grandeza de las obras como el amor con que se hacen” (7M 4, 15; cfr. MC 1, 6).

Para ello, el hombre se desplaza “de una actitud y asentamiento egoísta, interesado, fundamentado en una rabiosa auscultación amplificadas de las avaras demandas del yo, verdadero y omnímodo epicentro del hombre esclavo y egoísta, a una presencia de escucha y

²⁵³ Herráiz, *Solo Dios Basta*, 237.

servicio a los otros, de amor que conlleva el silenciar las primeras voces y el olvido de sí mismo. El esclavo es el hombre cerrado en sí mismo, solitario. El libre, en cambio, es un hombre de comunión”²⁵⁴. Por eso, la cúspide de la pirámide de la libertad se señala con esta asombrosa enajenación del propio yo que produce el amor. Es cuando no hay memoria de sí, cuando se silencian las propias, múltiples demandas de atención, cuando el mundo exterior y el demonio ya no tienen control sobre el hombre y se ha descubierto que Dios y los hombres son la única razón de nuestra condición de seres libres. Vivir para ellos desde las raíces. Porque la traducción del “ser esclavos de Dios” la acerca y extiende Teresa a los hombres sin solución de continuidad, con extrema y escalofriante naturalidad²⁵⁵. Es la muerte del yo viejo y el nacimiento del yo nuevo: “Muera ya este yo, y viva en mí otro que es más que yo y para mí mejor que yo, para que yo le pueda servir. Él viva y me dé vida; Él reine, y sea yo cautiva, que no quiere mi alma otra libertad” (E 17, 3).

Después de todo, hemos de tener en cuenta que la libertad es un don de Dios²⁵⁶. Dios es el protagonista en este proceso de liberación, en este proceso de despertarse utilizando el lenguaje de Teresa (cfr. V 9, 9). El hombre no puede librarse por sí mismo de las múltiples cadenas que le atan. Dios lo hace libre con su gracia como nos dice Jesús: “Si el Hijo os liberta, seréis verdaderamente libres” (Jn 8, 36). Así lo testimonia la Santa: “Sea Dios bendito por siempre, que en un punto me dio la libertad que yo, con todas cuantas diligencias había hecho muchos años había, no pude alcanzar conmigo, haciendo hartas veces tan gran fuerza, que me costaba harto de mi salud. Como fue hecho de quien es poderoso y Señor verdadero de todo, ninguna pena me dio” (V 24, 8). Exclama en otro lugar la Santa: “¡Dichosos los que con fuertes grillos y cadenas de los beneficios de la misericordia de Dios se vieren presos e inhabilitados para ser poderosos para soltarse!” (E 17, 3).

Para poner cierre a nuestro trabajo, nos gustaría dejar abierto nuestro estudio al papel de la psicología y su apoyo en el proceso de liberación interior del hombre. En particular creemos que el counselling o el asesoramiento psicológico ayudan al hombre a alcanzar la verdad de uno mismo, del mundo y de Dios.

²⁵⁴ Ibid., 373.

²⁵⁵ Ibid., 393-394.

²⁵⁶ Cfr. cfr. V 9, 9; 21, 6; 24, 8; 21, 6; 23, 3; 24, 7.8; 34, 3; R 1, 15; 2, 6; 3, 1; Cta. 230, 2.

BIBLIOGRAFIA

FUENTES PRIMARIAS Y SUSIDARIAS

Diccionario de Santa Teresa de Jesús. Dirigido por Tomás Álvarez. Burgos: Monte Carmelo, 2000.

Diccionario de Espiritualidad. Dirigido por Ermanno Ancilli, Tomo III. Barcelona: Editorial Herder, 1987.

Nuevas Concordancias de Santa Teresa de Jesús. Burgos: Monte Carmelo, 2002.

Sánchez, Manuel Diego. *Bibliografía sistemática de Santa Teresa de Jesús*. Madrid: Editorial de Espiritualidad, 2008.

Teresa de Jesus (Santa). *Obras Completas*. 15ª ed. Burgos: Monte Carmelo, 2009.

LIBROS

Álvarez de Cánovas, Josefina. *Psicopedagogía de Santa Teresa (ensayo)*. Madrid: Ediciones Studium, 1961.

Álvarez, Gómez Mariano. *El problema de la libertad ante la nueva escisión de la cultura*. Madrid: 2007.

Álvarez, Tomás. *Estudios Teresianos*, 3 vols.: I. *Biografía e historia*; II. *Estudios de los textos*; III. *Doctrina espiritual*. Burgos: Editorial Monte Carmelo, 1995-1996.

Arintero, Juan. *Unidad y grados de la vida espiritual según las Moradas de Santa Teresa*. Salamanca, 1923.

Castellano, Jesús. *Guiones de doctrina Teresiana*. Castellón: Bernes, 1981.

Castro, Secundino. *Cristología teresiana*. 2ª ed. Madrid: Editorial de Espiritualidad, 2009.

Castro, Secundino. *Ser cristiano según Santa Teresa*. Madrid: EDE, 1985.

De Pablo Maroto, Daniel. *Lecturas y maestros de santa Teresa*. Madrid: Editorial de Espiritualidad, 2009.

De Pablo Maroto, Daniel. *Teresa en oración*. Madrid: Editorial de Espiritualidad, 2004.

García, C. *Santa Teresa de Jesús. Nuevas claves de lectura*. Burgos: Monte Carmelo, 1998.

Herráis García, Maximiliano. *La oración, historia de amistad*. 5ª ed. Madrid: Editorial de Espiritualidad, 1995.

- Herráis García, Maximiliano. *Solo Dios basta. Claves de la espiritualidad teresiana*. 5ª ed. Madrid: Editorial de Espiritualidad, 2000.
- Herráiz, Maximiliano García. *A zaga de tu huella. Estudios teresianos-sanjuanistas y de espiritualidad*. Burgos: Monte Carmelo, 2004.
- Herráiz, Maximiliano García. *La oración, experiencia liberadora: espiritualidad de la liberación y experiencia mística teresiana*. Madrid: Sígueme, 1989.
- Herráiz, Maximiliano García. *Solo dios basta*. Madrid: Editorial de Espiritualidad, 1980.
- Laurier, Jean-Marie. *Andar en humildad. Teresa de Jesús y la teología de la justificación*. Burgos: Monte Carmelo, 2011.
- Llamas, Román. *Biblia en Santa Teresa*. Madrid: Editorial de Espiritualidad, 2007.
- López Díaz-Otazu, Ana María. *Amor y libertad en Teresa de Jesús*. Madrid: Nancea, 1986.
- Marcos, Juan Antonio. *Teresa de Jesús. La transparencia del misterio*. Madrid: San Pablo, 2015.
- Marcos, Juan Antonio. *Un viaje a la plenitud. El Camino de Perfección de Teresa de Jesús*. Madrid: Editorial de Espiritualidad, 2010.
- María Eugenio del Niño Jesús. *Quiero ver a Dios*. 4º ed. Madrid: Editorial de Espiritualidad, 2002.
- Martínez Larios, Martín. *Raíz bíblica de la mística teresiana. Presencia de la Biblia en la obra teresiana*. Tesis doctoral, Universidad de Comillas, 2015: (Tesis doctoral inédita).
- Mas Arrondo, Antonio. *Acercar el cielo. Itinerario espiritual con Teresa de Jesús*. Santander: Sal Terrae, 2004.
- Pablo Maroto, Daniel de. *Lecturas y maestros de santa Teresa*. Madrid: Editorial de Espiritualidad, 2009.
- Pacho, Eulogio. *Estudios Carmelitanos*. Burgos: Editorial Monte Carmelo, 1998.
- Pérez-Romero, Antonio. *Subversion and Liberation in the writings of St. Teresa of Avila*. Amsterdam: Editions Rodopi B.V., 1996.
- Poveda Ariño, José María. *La psicología de Santa Teresa de Jesús*. Madrid: Rialp, 1984.
- Rocchetti, Antonella. *Antropología teresiana. Acercamiento humano a Teresa de Ávila*. Oviedo: Universidad de Oviedo, 1999.

Romero, Pedro. *Nada te turbe: Un camino de liberación interior*. Madrid: San Pablo, 1998.

Sánchez, Barrena J. *El rostro humano de Teresa de Ávila*. Salamanca: Sígueme, 1982.

Steggink, Otger. *Sin amor... todo es nada. afectividad y vida espiritual en Santa Teresa de Jesús*. Madrid: Editorial de Espiritualidad, 1987.

OBRAS COLECTIVAS

Castellano, Jesús. “Espiritualidad teresiana. Experiencia y doctrina”. En *Introducción a la lectura de santa Teresa*, editado por A. Barrientos, 157-281. Madrid: Editorial de Espiritualidad, 2002.

Cuartas Londoño, Rómulo H. “La pobreza libertadora en Camino”. En *El libro del Camino de Perfección de Santa Teresa de Jesús: Actas del II Congreso internacional Teresiano*. Coordinado por Francisco Javier Sancho Fermín y Rómulo H. Cuartas Londoño, 273-292. Ávila: CITEs, 2012.

Cuartas Londoño, Rómulo H. “Libertad y liberación en la experiencia mística de san Pablo y de santa Teresa”. En *Libertad y liberación en la experiencia mística*, editado por R. H. Cuartas Londoño, 123-176. Ávila: CITEs, 2010.

Egido, Teófanos. “Ambiente histórico”. En *Introducción a la lectura de santa Teresa*, editado por A. Barrientos, 63-155. Madrid: Editorial de Espiritualidad, 2002.

González Faus, José Ignacio. “Libertad conquistada y Jesucristo libertador. Una teología sapiencial de la liberación”. En *El libro de la Vida de Santa Teresa de Jesús: Actas del I Congreso internacional Teresiano*. coordinado por Francisco Javier Sancho Fermín y Rómulo H. Cuartas Londoño, 505-537. Ávila: CITEs, 2010.

Llamas, Enrique. “Libro de la Vida”. En *Introducción a la lectura de santa Teresa*, editado por A. Barrientos, 333-374. Madrid: Editorial de Espiritualidad, 2002.

Marcos, Juan Antonio. “La prosa teresiana. Lengua y literatura”. En *Introducción a la lectura de santa Teresa*, editado por A. Barrientos, 283-329. Madrid: Editorial de Espiritualidad, 2002.

O. Steggink, *Afectividad y vida espiritual, en Experiencia y realismo en Santa Teresa de Jesús y San Juan de la Cruz*, Madrid, 1974, pp. 131-162;

O. Steggink, *Experiencia de Dios y afectividad, en Actas del Congreso Internacional Teresiano, vol. II, Salamanca*, 1983, pp. 1057-1073

Peroutka, David. “El centro del alma y la liberación interior según Santa Teresa de Ávila”. En *Las moradas del Castillo Interior de Santa Teresa de Jesús: Actas del IV Congreso Internacional Teresiano en preparación del V Centenario de su nacimiento (1515-2015)*. coordinado por Francisco Javier Sancho Fermín y Rómulo H. Cuartas Londoño, 401-410. Ávila: CITEs, 2014.

Sancho Fermín, Francisco Javier. “El conocimiento de sí en la meditación teresiana”. En *La meditación teresiana*, editado por F.J. Sancho Fermín, 51-90. Ávila: CITEs, 2012.

ARTÍCULOS DE REVISTAS

Blas de Jesús. “Verdadera humildad en los fundamentos de la ascética teresiana”. *Revista de Espiritualidad* 22 (1963): 681-722.

Castellano, Jesús. “El entramado bíblico del Castillo interior”. *Revista de Espiritualidad* 56 (1997): 119-142.

Castro Toledo, Leónides. “La oración como camino hacia la libertad: los cuatro grados de oración en Santa Teresa de Jesús”. *El Monte Carmelo* 116 (2008): 241-265.

Castro, Secundino. “Teología teresiana del mundo”. *Revista de Espiritualidad* 40 (1981): 381-405.

De Burgo Naranjo, Lucio. “Obediencia y libertad en la vida religiosa”. *Revista de Espiritualidad* 41 (1982): 351-366.

Gaitán, José Damián. “Obediencia y libertad en la espiritualidad cristiana”. *Revista de Espiritualidad* 41 (1982): 367-389.

García Rojo, Ezequiel. “La interioridad en Santa Teresa de Jesús”. *Revista de Espiritualidad* 75 (2016): 189-217.

Llamas Martínez, Román. “Santa Teresa de Jesús y su experiencia de la Sagrada Escritura”. *Teresianum* 33 (1982): 447-513.

Llamas, Enrique. “Santa Teresa de Jesús y la religiosidad popular”. *Revista de Espiritualidad* 40 (1981): 215-252.

Marcos, Juan Antonio. “En el vínculo está la libertad (Hacia ‘otro amor mejor’)”. *Revista de Espiritualidad* 306 (2018): 117-139.

Monsalve, Carlos. “Teología de la liberación y espiritualidad carmelitana. Dos realidades, un reto evangelizador”. *Vida Espiritual* 138-141 (2001): 285-298.

- Ochoa, Ernesto. “Espiritualidad teresiana y liberación”. *Vida Espiritual* 54 (1977): 69-81.
- Pablo Maroto, Daniel. “Alma, pecado, y mundo”. *Revista de Espiritualidad* 41 (1982): 181-198.
- Pacho, Eulogio. “La espiritualidad teresiano-sanjuanista y la liberación”. *Vida Espiritual* 47-49 (1975): 200-234.
- Pacho, Eulogio. “La iluminación divina y el itinerario espiritual según Santa Teresa”. *El Monte Carmelo* 78 (1970): 365-375.
- Ros García, Salvador. “Amor y libertad en el epistolario teresiano”. *Revista de Espiritualidad* 44 (1985): 533-571.
- Sáinz de Baranda, Eugenio. “Las Moradas y la espiritualidad de liberación. Un viaje de ida y vuelta”. *El Monte Carmelo* 121 (2013): 163-209.

RECURSOS DE WEB

Sobre Santa Teresa (literatura y espiritualidad):

<http://delaruecaalapluma.wordpress.com/>

Santa Teresa en sus textos (y mucho más):

<http://www.teresavila.com/>

Biblioteca digital teresiana:

<http://bibliotecadigital.jcyl.es/es/estaticos/contenido.cmd?pagina=estaticos/inicio>

Boff, Leonardo. “Panteísmo y panenteísmo: una distinción necesaria”. Fecha de la última modificación 20 de abril de 2012. Fecha de consulta: 18 de abril de 2018.
<https://leonardoboff.wordpress.com/2012/04/20/panteismo-y-panenteismo-una-distincion-necesaria/>.

Sobrino, Jon. “Pecado personal, perdón y liberación”.
<http://www.redicces.org.sv/jspui/bitstream/10972/1041/1/RLT-1988-013-B.pdf>.

Maccise, Camilo. “Teología espiritual y liberación”. Fecha de consulta: 24 de octubre de 2017.
http://www.teresianum.net/wp-content/uploads/2016/05/Ter_52_2001-1_2_913-920.pdf.

Papa Benedicto XVI. “Mensaje para la cuaresma 2012”. Fecha de la última modificación: 3 de noviembre de 2011. Fecha de consulta: 27 de abril de 2018.

http://w2.vatican.va/content/benedict-xvi/es/messages/lent/documents/hf_ben-xvi_mes_20111103_lent-2012.html.

Papa Francisco. “Gaudete et Exultate”. Fecha de la última modificación: 19 de marzo de 2018.

Fecha de consulta: 27 de abril de 2018.

http://w2.vatican.va/content/francesco/es/apost_exhortations/documents/papa-francesco_esortazione-ap_20180319_gaudete-et-exsultate.html.

Wikipedia. “Siete Partidas”. Última modificación 21 de feb de 2018. Fecha de consulta: 27 de abril de 2018. https://es.wikipedia.org/wiki/Siete_Partidas.